

# CLIO

ORGANO DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

COMISION DE PUBLICACIONES:

Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, Lic. Francisco E. Beras y  
Dr. Vetilio Alfau Durán

Santo Domingo, República Dominicana.

---

---

Año XXXI

Enero - Diciembre, 1963

Núm. 120

---

---

## CENTENARIO de la RESTAURACION

La República acaba de celebrar en paz, bajo un Gobierno constitucional y democrático, el primer Centenario de la Restauración, de la gloriosa gesta emprendida en Capotillo el 16 de agosto de 1863.

Iniciada por el Presidente de la República, Profesor Juan Bosch, el Congreso Nacional votó la siguiente Ley:

EL CONGRESO NACIONAL  
En nombre de la República

NUMERO: 3.

CONSIDERANDO: que los pueblos están en el deber de honrar los grandes hechos de sus antepasados, y los Gobiernos deben cuidar de que así sea;

## ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

*Nómina de los doce Miembros de Número por orden de antigüedad:*

- Sr. R. Emilio Jiménez. (16 agosto 1931).  
Lic. E. Rodríguez Demorizi. (12 octubre 1935) *Presidente*.  
Lic Manuel A. Amiama. (3 marzo 1952).  
Lic. Virgilio Díaz Ordóñez. (30 mayo 1953).  
Dr. Vetilio Alfau Durán. (25 julio 1954) *Secretario*.  
Dr. Joaquín Balaguer. (14 noviembre 1954).  
Dr. Pedro Troncoso Sánchez (12 diciembre 1954).  
Lic. Víctor Garrido. (26 enero 1956).  
Lic. Francisco Elpidio Beras. (16 julio 1957).  
Ing. Emile de Boyrie Moya. (10 diciembre 1957).  
Lic. César A. Herrera. (5 octubre 1961).  
Dr. J. Marino Incháustegui Cabral. (5 octubre 1961).

*Académicos Supernumerarios:*

- Dr. Max Henríquez Ureña.  
D. Emilio Tejera Bonetti.  
Lic. Carlos Larrazábal Blanco.  
D. Andrejulio Aybar Delgado.

*Académicos Correspondientes Nacionales:*

- Sr. Alonso Rodríguez Demorizi.  
Sr. J. Antonio Hungría.  
Dr. Rafael Matos Díaz.  
Mons. Dr. Hugo E. Polanco, Obispo de Santiago.  
Lic. Federico C. Alvarez.  
Dr. Porfirio Herrera Báez.  
Mons. Dr. Juan F. Pepén, Obispo de Higüey.  
Dr. Jovino A. Espínola.  
Sr. Sócrates Nolasco.

CONSIDERANDO: que el acontecimiento histórico de la Restauración fué, además de una epopeya libertadora, el agente que reafirmó de manera definitiva nuestra nacionalidad;

HA DADO LA SIGUIENTE LEY:

Art. 1.—Se declara el presente año de 1963, AÑO CENTENARIO DE LA RESTAURACION NACIONAL.

Art. 2.—Se faculta al Poder Ejecutivo para disponer la erección de un monumento en Capotillo, destinado a honrar la memoria de los Héroes y los Mártires de la Restauración Nacional.

Art. 3.—El Presidente de la República dictará las disposiciones de lugar para proveer los fondos necesarios para la erección del monumento indicado en el artículo anterior, los demás gastos ocasionados por las celebraciones del Centenario de la Restauración y todo lo concerniente al programa que regirá las mencionadas celebraciones.

DADA en la Sala de Sesiones del Senado, Palacio del Congreso Nacional, en Santo Domingo, Capital de la República Dominicana, a los trece días del mes de marzo del año mil novecientos sesenta y tres; años 120 de la Independencia y 100 de la Restauración.— (Firmados) Dr. Juan Casanovas Garrido, Presidente; Antonio Jaime Tatem Mejía, Secretario; Tomás Bobadilla, Secretario.

DADA en la Sala de Sesiones de la Cámara de Diputados, Palacio del Congreso Nacional, en Santo Domingo, Distrito Nacional, Capital de la República Dominicana, a los catorce días del mes de marzo del año mil novecientos sesenta y tres; años 120 de la Independencia y 100 de la Restauración.— Miguel Angel McCabe Aristy, Presidente; Antera Peralta de Aybar, Secretaria; Francisco Manuel Valdez Dalmasí, Secretario.

JUAN BOSCH

Presidente de la República Dominicana

En ejercicio de la atribución que me confiere el artículo 55, inciso 2 de la Constitución de la República,

PROMULGO la presente Ley, y mando que sea publicada en la Gaceta Oficial para su conocimiento y cumplimiento, y en un periódico de amplia circulación en el territorio nacional.

DADA en Santo Domingo, Distrito Nacional, Capital de la República Dominicana, a los quince días del mes de marzo, del año mil novecientos sesentitrés, años 120 de la Independencia y 100 de la Restauración.

JUAN BOSCH

II

Como era de lugar, el Presidente de la República creó, por Decreto Núm. 95, la COMISION NACIONAL DEL CENTENARIO DE LA RESTAURACION:

Decreto Nº 95, que constituye la Comisión Nacional para la celebración del Centenario de la Restauración de la República.

JUAN BOSCH

Presidente de la República Dominicana

NUMERO: 95.

CONSIDERANDO: que el próximo 16 de agosto del presente año se cumplirá el Primer Centenario de la Restauración de la República, y que esta fecha gloriosa en que el pueblo dominicano ratificó su voluntad inquebrantable de ser libre e independiente, deberá conmemorarse solemnemente;

En ejercicio de las atribuciones que me confiere el artículo 55 de la Constitución de la República, dicto el siguiente

D E C R E T O :

Art. 1.—Queda constituida la Comisión Nacional para la celebración del Centenario de la Restauración de la República de la manera siguiente: por el Secretario de Estado de Educa-

ción, Bellas Artes y Cultos, el Arzobispo de Santo Domingo, el Presidente de la Academia Dominicana de la Historia, el Gobernador Civil de la Provincia de Santiago, el Director del Archivo Histórico de Santiago, el Director del Archivo General de la Nación, quien actuará como Secretario, y el Dr. Max Henríquez Ureña, quien la presidirá.

Art. 2.—Dicha Comisión deberá formular los proyectos de programas de los actos conmemorativos del Primer Centenario de la Restauración y hacer al Poder Ejecutivo cuantas recomendaciones estime pertinentes para dar a los mismos el mayor esplendor y solemnidad.

Art. 3.—El presente decreto deberá publicarse también en un periódico de amplia circulación en el territorio nacional, para su conocimiento y cumplimiento.

Art. 4.—Queda derogado el Decreto N° 8979, del 19 de diciembre de 1962.

DADO en Santo Domingo, Distrito Nacional, Capital de la República Dominicana, a los veintinueve días del mes de marzo de mil novecientos sesenta y tres, años 120° de la Independencia y 100° de la Restauración.

JUAN BOSCH

Las personas a que se refiere el Decreto son: Buenaventura Sánchez Féliz, Secretario de Estado de Educación y Bellas Artes; Monseñor Octavio A. Beras, Arzobispo de Santo Domingo; Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, Presidente de la Academia Dominicana de la Historia; Dr. Virgilio Mainardi Reyna, Gobernador de la Provincia de Santiago; Román Franco Fondeur, Director del Archivo Histórico de Santiago; Dr. Vetilio Alfau Durán, Director del Archivo General de la Nación; y Dr. Max Henríquez Ureña, Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia, Presidente de la Comisión. Como Secretario Auxiliar de la Comisión figuró el Dr. Fabio T. Rodríguez Castellanos.

La Comisión actuó en el local de la Academia de la Historia, y celebró diversos actos y reuniones, además, en Santiago, Puerto Plata y Barahona.

Realizó un Certamen histórico, literario y musical, en el que obtuvieron los primeros premios de historia el Dr. Hugo Tolentino Dip y el Profesor Rufino Martínez; y de Música el Prof. Manuel Simó y doña Ninón Lapeiretta de Brouwer.

Con los auspicios de la Comisión y con fondos suministrados por el Gobierno, se publicaron las siguientes obras:

Dr. Max Henríquez Ureña, ORACION DEL CENTENARIO. Pronunciada en Santiago el 16 de agosto de 1963.

Lic. Pedro Troncoso Sánchez, LA RESTAURACION Y SUS ENLACES CON LA HISTORIA DE OCCIDENTE. Discurso en la sesión solemne de la Academia Dominicana de la Historia, el 17 de agosto de 1963.

Dr. F. A. Mota y E. Rodríguez Demorizi, CANCIONERO DE LA RESTAURACION. Edición de la Academia Dominicana de la Lengua.

Emilio Rodríguez Demorizi, PROCERES DE LA RESTAURACION, y ACTOS Y DOCTRINA DEL GOBIERNO DE LA RESTAURACION. Ediciones de la Academia Dominicana de la Historia.

E. Rodríguez Demorizi, DIARIOS DE LA GUERRA DOMINICO-ESPAÑOLA DE 1863-1865. Edición del Ministerio de las Fuerzas Armadas de la República.

C. A. Herrera, DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE LA ANEXION Y LA RESTAURACION. Edición del Archivo General de la Nación. (10 vols. en prensa).

Román Franco Fondeur, COPIADOR DE OFICIOS DE LA GOBERNACION DE SANTIAGO EN 1863-1865 (en prensa).

Lic. Francisco Elpidio Beras, LA BATALLA DEL 6 DE SEPTIEMBRE DE 1863. Edición de la Academia Dominicana de la Historia (en prensa).

La Comisión del Centenario contó en su labor con el concurso de la Iglesia y de la ciudadanía en general; distribuyó miles de banderas nacionales por todo el país; dedicó diversos bustos a los principales próceres restauradores, obra del escul-

tor Priego, en Santiago, y erigió sendos monumentos conmemorativos de la Restauración en Capotillo, Sabaneta y Guayubín. A varios de los actos asistió el Presidente de la República, cuyo discurso central, del 16 de agosto, ante el Congreso Nacional, se inserta en esta edición de CLIO.

También se insertan aquí el Programa de los actos del Centenario y los trabajos históricos galardonados.

Entre las contribuciones particulares a la citada celebración se cuenta la de la Biblioteca Espaillat, de Santiago: y la obra PAPELES DE ESPAILLAT, importante recopilación de escritos de este ilustre restaurador, grande figura civil de la República.

También merece especial mención el Hon. Ayuntamiento de Puerto Plata así como su distinguido munícipe, el Dr. José Augusto Puig, por su entusiasta participación en los festejos del Centenario. Allí se erigirá, costado por la citada Comisión, un busto en bronce del prócer Espaillat, obra del escultor italiano Licari.

La Comisión Nacional del Centenario y la Academia Dominicana de la Historia han de agradecer al Presidente de la República, Prof. Juan Bosch, su personal empeño en la digna celebración del Centenario de la Restauración.

A la Academia de la Historia le ha honrado y complacido por demás que uno de sus más distinguidos miembros, el académico Dr. Max Henríquez Ureña, fuera el escogido para presidir la Comisión del Centenario, y que él cumpliera su cometido, como era de esperarse, con singular brillantez y acierto.

## PROGRAMA

(Comisión Nacional del Centenario de la Restauración  
de la República)

*Miércoles, 14 de agosto de 1963*

Alborada y Diana en toda la República.

9 a. m.—En Santo Domingo. Alocución del ciudadano Presidente de la República al Pueblo Dominicano, retransmitida a todo el país por las estaciones de radio.

9:30 a. m.—En Santo Domingo. Desfile y maniobras militares conforme al Programa, de las Fuerzas Armadas.

7 p. m.—En Dajabón. Recepción a la Comitiva oficial que asiste a las ceremonias de Capotillo.

*Jueves, 15 de agosto*

8 a. m.—En Capotillo. Salva de 101 cañonazos. Himno Nacional. Misa de Campaña. Discurso del ciudadano Presidente de la República. Escenificación simbólica de los grupos de jinetes restauradores que iniciaron la jornada de Capotillo. Inauguración del monumento conmemorativo. Himno de Capotillo, letra del restaurador Manuel Rodríguez Objío y música de Ignacio Marty.

10:40 a. m.—En Loma de Cabrera. Acto cultural en el Ayuntamiento.

12:30 p. m.—En Santiago Rodríguez (Sabaneta). Disertación histórica por Alejandro Bueno, hijo del restaurador

del mismo nombre, acerca de los primeros episodios de la epopeya restauradora. Inauguración del Monumento dedicado a los Próceres de Sabaneta.

12 a. m.—Repique general de campanas en las Iglesias de la República.

*Viernes, 16 de agosto*

Te-Déum en todas las Iglesias de la República.

En Santiago:

12:05 a. m.—Misa seguida de Te-Déum en el Estadio Cibao.

9 a. m.—En la Gobernación. Salutación a los Poderes Públicos y al Cuerpo Diplomático por el Gobernador Doctor Virgilio Mainardi Reyna.

9:15 a. m.—Sesión solemne del Congreso Nacional en pleno. Discurso por el Ciudadano Presidente de la República. Ejecución del Himno Nacional por cinco bandas de música, al inicio del acto. Desfile militar.

Ceremonia de adjudicación y entrega de títulos del Instituto de la Vivienda en Barrio Libertad, Santiago.

3:30 p. m.—Siembra, por el ciudadano Presidente de la República, del roble simbólico de la Restauración, en el Parque Restauración, del Instituto Superior de Agricultura, en La Herradura, Santiago. (Discurso del Presidente Bosch, y del Ing. D. Tomás A. Pastoriza Espailat a nombre del Instituto).

5 p. m.—Inauguración de los bustos de los restauradores Gaspar Polanco, Gregorio Luperón y Benito Monción en la Avenida de los Restauradores, ante el Monumento de la Restauración.

8 p. m.—Sesión solemne de la Comisión Nacional del Centenario de la Restauración, en el Instituto Politécnico de Santiago, conforme al siguiente Programa:

- a) Discurso del Presidente de la Comisión, Dr. Max Henríquez Ureña.
- b) Lectura de los trabajos, prosa y verso, premiados en el Certamen convocado por la Comisión (1).
- c) Ejecución, por la Orquesta Sinfónica Nacional, de las obras musicales premiadas en el mismo Certamen (2).
- d) Entrega al ciudadano Presidente de la República de ejemplares de libros conmemorativos de la Restauración. Clausura del acto por el Primer Magistrado.

4 p. m.—En Guayubín. Inauguración del monumento dedicado a los Próceres restauradores de Guayubín.

4 p. m.—En Castillo, Provincia Duarte. Acto de colocación de la primera piedra para el emplazamiento del busto del Prócer Olegario Tenares.

En toda la República, actos culturales y fiestas populares, organizados por los Ministerios de Interior y Policía, y Educación, Bellas Artes y Cultos, y por las Gubernaciones y los Ayuntamientos.

*Sábado, 17 de agosto*

8 p. m.—En Santo Domingo. Sesión solemne de la Academia Dominicana de la Historia. Discurso del académico Lic. Pedro Troncoso Sánchez.

- 
- (1) Primer Premio, Dr. Hugo Tolentino Dip. Segundo Premio, don Rufino Martínez. (Jurado: Lic. Pedro Troncoso S., Lic. Federico C. Alvarez y Dr. V. Alfau Durán).
  - (2) Primer Premio, Prof. Manuel Simó. Segundo Premio, doña Ninón Lapeyretta de Brouwer.

*Lunes, 19 de agosto*

- 8 p. m.—En Santo Domingo. Palacio de Bellas Artes. Exposición de Pintura dominicana, del 19 al 31 de agosto.

*Martes, 20 de agosto*

- 8 p. m.—En Santo Domingo. Sesión solemne del Ateneo Dominicano.

*Miércoles, 21 de agosto*

- 8 p. m.—En Santo Domingo. Palacio de Bellas Artes. Concierto por la Orquesta Sinfónica Nacional, dirigida por el Maestro don Manuel Simó. Ejecución de las obras premiadas en el Certamen de la Comisión. En la segunda parte participación del violinista Carlos Piantini.

*Jueves, 22 de agosto*

- 8 p. m.—En Santo Domingo. Palacio de Bellas Artes. Inicio del Festival de Teatro con la presentación de diversas obras de autores nacionales, durante cuatro días, con programas diferentes.

*Martes, 27 de agosto*

- 9 a. m.—En Puerto Plata. Escenificación, por las Fuerzas Armadas, del primer desembarco de las fuerzas españolas que venían a combatir el movimiento restaurador.

*Viernes, 6 de septiembre*

- 8 a. m.—En Santiago. Misa pontifical de réquiem por los caídos durante la guerra restauradora.

- 9:30 a. m.—Escenificación, por las Fuerzas Armadas, de la batalla de Santiago del 6 de septiembre de 1863.

*Domingo, 8 de septiembre*

5 p. m.—En Puerto Plata. Inauguración de un busto del Prócer Gregorio Luperón y otros actos en su homenaje.

*Sábado, 14 de septiembre*

5 p. m.—En Santiago. Conmemoración del Centenario de la instalación del Gobierno de la Restauración y homenaje al Prócer Ulises Francisco Espaillat. (Discurso del Presidente de la Academia Dominicana de la Historia, Lic. Emilio Rodríguez Demorizi).

6 p. m.—Sesión solemne del Ateneo Amantes de la Luz, de Santiago. Develamiento de los retratos de los próceres Benigno Filomeno de Rojas y Pedro Francisco Bonó.

---

Nota adicional: otros actos culturales y patrióticos y otros festejos populares, en diversas fechas, en otras poblaciones, con carácter local, dentro del mes de la Conmemoración del Centenario de la Restauración, del 14 de agosto —día en que empezaron a reunirse los patriotas de Capotillo— hasta el 14 de septiembre, fecha en la cual quedó constituido, en Santiago, el primer Gobierno restaurador.

## CENTENARIO DE LA RESTAURACION

MONSEÑOR HUGO E. POLANCO,  
Obispo de Santiago.

(Misa de medianoche, en el Estadio Cibao, del 15 al 16  
de agosto de 1963)

Honorable Señor Presidente de la República;  
Excelentísimos Señores Nuncio Apostólico y Arzobispo Primado;  
Miembros del Gobierno Nacional;  
Dominicanos todos.

Un siglo ha transcurrido desde el momento memorable en que un grupo de aguerridos patriotas lanzó la primera acometida en busca de la libertad y la patria se vió "vivificada por el nuevo sol de independendencia que se alzó radiante en Capotillo". (Meriño, disc. del 27-II-1867).

La llama restauradora se extendió rápida y segura por el territorio nacional, la bandera tricolor volvió a flotar con gallardía en las sabanas del noroeste y pronto el incendio patriótico de Santiago acabó de iluminar el cielo dominicano y se dió como seguro el triunfo.

Largas han sido las vicisitudes sufridas por nuestro pueblo al través de tan largos años, pero al fin y al cabo somos libres e independientes.

Los héroes gloriosos, Cabrera, Monción, Rodríguez y Pimentel, acechaban en una noche como ésta, esperando el salir del sol para lanzar el toque de diana glorioso e inolvidable, que habría de conducir a que la patria recobrara otra vez su perdida libertad.

Estamos congregados en nombre de toda la nación para recordar aquella noche angustiosa de los patriotas, que no sabían si el país había de secundar su empuje de titanes.

Y no estaban solos. Montecristi y Guayubín cayeron en poder de los patriotas. Sabaneta pasa a las filas de la insurrección. Se combate en Puerto Plata y La Vega. Y Moca, San Francisco de Macorís y Cotuí se suman a los pueblos que han izado la bandera nacional.

Santiago, en un acto de heroísmo legendario, quema sus propias casas, llegando a sacrificar sus propios hijos en aras de la libertad. En cenizas, pero libre, Santiago quedó en poder de los patriotas y fué el asiento del primer gobierno provisional restaurador.

Yamasá se levanta en armas. Samaná, San Cristóbal y El Maniel inician la lucha de la libertad. Hato Mayor es atacada y el Este se incendia con los mismos colores de las llamas que destruyen a la heroica Puerto Plata. Baní y Azua, Neiba y Barahona irradian el ardor de la lucha por los calcinados caminos del Sur.

En fin, toda la patria está en pie de guerra y sus hijos no descansarán hasta verla redimida el 11 de Julio de 1865, día en que terminó el embarco de las tropas españolas destacadas en Santo Domingo.

Haciendo el recuento de este siglo restaurador, y de los años pasados desde la independencia hasta la anexión, deberíamos esta noche mirar nuestra actitud para corregir los defectos en que incurrieron nuestros mayores, y poder contemplar el porvenir con esperanza y seguridad, como el viajero fija sus ojos en el puerto después de sufrir las angustias de la tormenta.

Nuestro país tiene todavía mucho camino por delante, y sólo nosotros, los hijos de la tierra, tenemos la obligación de luchar y de sacrificarnos para alcanzar la plenitud de vida, de bienestar y de justicia que todos anhelamos.

Inútil será la celebración de este Centenario, si los dominicanos, que somos herederos de los héroes cuya memoria jubilosos recordamos en esta noche, no hacemos un esfuerzo para superar todas las dificultades, para conservar el patrimonio espiritual de la patria, basado en su ideal cristiano del escudo na-

cional, y para hacer que el sol de todos los beneficios sociales de hombres libres sea una realidad en cada hogar.

Es urgente que aquellos en cuyas manos puso la Providencia el poder de gobernar, dirigir y orientar a nuestro pueblo, sientan el peso de sus respectivos cargos y sepan que están allí para servir y sacrificarse por el bien de los hermanos; que cada ciudadano se dé cuenta perfecta que el Gobierno no está obligado a hacerlo todo, sino que es absolutamente necesario la cooperación y el trabajo decidido de cada uno.

Reunidos junto al altar de Dios, Dador Supremo de todo bien, celebramos este acto religioso como un homenaje de la Patria toda al Supremo Señor, de quien depende la suerte de las naciones.

El Santo Sacrificio de la misa acaba de ser ofrecido por el representante de Su Santidad Paulo VI, como supremo acto de adoración al Padre Celestial, en unión de Jesucristo Redentor, para agradecer los inmensos beneficios otorgados a nuestra nación, y para guía y luz en el futuro.

Honorable Señor Presidente de la República: Agradeced a Dios el haberos concedido el privilegio de presidir estos actos centenarios.

Pensad en la bandera gloriosa que los hombres de la Restauración ponen hoy en vuestras manos. Que el porvenir de la Patria no se empañe jamás mientras tengáis en ella la enseña tricolor!!

Pueblo dominicano que me escuchas. Considera que no puedes defraudar lo que por ti hicieron tus hombres hace un siglo. Hoy debes luchar por tu bienestar espiritual y material y construir una patria grande y próspera, que mientras pronuncia las palabras del Te-Déum, "A Ti, oh Dios, alabamos", sepa mirar su bandera "más arriba, mucho más".

## EN EL CENTENARIO DE LA RESTAURACION

JUAN BOSCH  
Presidente de la República

(Discurso ante el Congreso Nacional, en Santiago de los Caballeros, el  
16 de agosto de 1963)

Estamos aquí, legisladores, ciudadanos, prelados, militares, niños y jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, pueblo y Gobierno y representantes de naciones extranjeras conmemorando un hecho que comenzó hace hoy un siglo: la guerra de los dominicanos para restaurar su República.

Si hemos de ser justos, la lucha conocida en nuestra historia con el nombre de Restauración comenzó desde el momento mismo en que el general Pedro Santana proclamó la anexión de nuestro país a la Corona española. Los mártires que dieron la sustancia de sus vidas para alimentar el coraje dominicano antes del 16 de agosto, van desde el ciego José Contreras hasta el eponimo Francisco del Rosario Sánchez; son gentes humildes de nombres desconocidos o Padres de la Patria; los hay que apenas se hacen entender en la lengua elemental de los campos cibaños y los que al morir musitan sentencias en latín.

*Pero el turbión de la lucha reventó de verdad en Capotillo Español el 16 de agosto de 1863 al empuje del pueblo. Entre los héroes de ese día hay uno cuyo nombre no recuerda nadie; y hay también un español, el corneta Angulo, como para que no fallara esa curiosa matemática del heroísmo que ha colocado en todo país de América a un hijo de España en cada combate por la libertad.*

Hay leyes, todavía misteriosas porque el ser humano no ha alcanzado a estudiarlas, que parecen identificar de una manera constante a las criaturas de Dios con el lugar en que han nacido. Digo criaturas de Dios y no me refiero sólo a los hombres. Algo

difícil de conocer obliga a la alegre foca que recorre los mares del Japón a retornar a las frías costas de Alaska para tener allí sus crías; una fuerza incontenible hace que los salmones retornen, cruzando el Atlántico y trepando por las cascadas de los ríos del Canadá, a desovar en los sitios donde nacieron; un mandato que no pueden desobedecer trae a las anguilas de los ríos de Europa a dejar sus huevos en el Mar de los Sargazos; igual mandato conduce las bandadas de golondrinas y de palomas que desafían la distancia de millares de kilómetros y van sin un desvío a tener sus crías en el sitio donde las madres las tuvieron a ellas.

Si el instinto conduce a los animales, para renovar la especie, al punto donde comenzaron su vida, resulta lógico que el apego del hombre al pedazo de tierra que le vió nacer sea tan fuerte, y sea tan ciego, que le lleve a sacrificar su existencia, si es necesario, para vivir ahí, para tener ahí sus hijos, para que ahí esté su sepultura.

Nadie puede explicar dónde está el origen de ese amor delirante que la humanidad ha llamado patriotismo. Pero es un hecho que el ser humano prefiere su patria, aún cuando sea pobre y desdichada, a la patria de otros hombres, aunque ésta sea rica y venturosa, como es un hecho real que la foca y el salmón y la anguila y el ave migratoria prefieren para perpetuar la especie y quizá para morir el sitio donde nacieron.

¿Tiene tal vez cada pedazo de tierra una frecuencia magnética oculta que conforma al que nace en ella sin que él se dé cuenta? ¿Qué relación desconocida hay entre el grosor del aire, la dulzura del agua, el color de los árboles de un lugar determinado y los sentimientos de la criatura de Dios que nace allí?

No lo sabemos, y acaso la humanidad tarde mucho en saberlo. Pero la historia, que es el espejo de los actos colectivos, nos enseña que el amor a la patria es un valor constante en todos los pueblos; que el esquimal ama su rudo paisaje de nieves eternas, que el tibetano ama la extraordinaria soledad de sus montañas, que el africano ama sus selvas pobladas de leones, de culebras y caimanes, que el norteamericano ama su continente de rascacielos y automóviles. Nosotros los dominicanos amamos,

hasta la muerte este pedazo de isla en el cual nos tocó nacer, en el cual hemos luchado y en el cual esperamos morir.

*Fueron mucho más*

Los dominicanos de hace un siglo no podían ser menos que nosotros. Fueron mucho más, y por eso estamos hoy en esta ciudad de Santiago de los Caballeros rindiéndoles el homenaje de nuestra gratitud, de nuestra admiración. Nos toca a nosotros, por voluntad del destino, mirarlos a una distancia de cien años, verlos penetrar con valor de suicidas por el Capotillo Español para iniciar una guerra que terminaría dieciséis meses después con la Restauración de la República; y al verlos así, con los ojos de la imaginación, ir de combate en combate hasta el incendio de Santiago, hasta Guanuma, hasta La Canela, no podemos evitar que esa sucesión de luchas, de sacrificios y de heroísmos deje en todos nosotros el valor de una lección.

Hay guerras justas y hay guerras injustas. De las últimas no podemos extraer lección alguna, y ojalá que en los anales de nuestro pueblo no hubiera ninguna de ellas para que ningún dominicano se sintiera tentado de imitarla.

Entre las guerras justas, la que se hace para defender la patria es la de más alta categoría histórica. Los dominicanos conocemos dos, pues la Reconquista no fue una guerra de independencia sino una reacción contra las ideas liberales de la Revolución Francesa disfrazada con la apariencia de una lucha de los dominicanos por su tierra.

Toda guerra por la libertad tiene en su seno el germen de una revolución. La lucha contra Haití comenzó a organizarse para crear la República, pero se hizo bajo el signo de la Reforma, que era una revolución; y si bien de esa revolución quedó como balance positivo la creación de la República, la verdad es que la voluntad revolucionaria fracasó, y en fin de cuentas siguió en el poder la sombra de don Juan Sánchez Ramírez con el nombre de Pedro Santana, quien al igual que el vencedor de Palo Hincado terminó su historia y su vida bajo el amparo de la bandera española.

La revolución que se malogró en el 1844 se inició de nuevo el 16 de agosto de 1863. En esta última ocasión fue también una

guerra por la libertad, pero, más afortunada, terminó restaurando la libertad nacional y a la vez con un nuevo grupo social en el comando de la República. En un sentido estrictamente histórico, a pesar de los veintiún años transcurridos entre febrero de 1844 y los inicios de 1865, la victoria de los restauradores es en verdad la victoria de los trinitarios. La Trinitaria fue la siembra de una pequeña clase media que dió frutos para esa clase sólo cuando los restauradores pudieron tomar el poder a partir de 1865. En la perspectiva histórica no tiene ninguna significación real el hecho de que Buenaventura Báez y muchas figuras políticas de la primera República retornaran ocasionalmente a los puestos de mando de los gobiernos que tuvo el país a partir de 1865. Lo importante es que las ideas no escritas, nunca dichas de manera clara pero evidentemente perseguidas a través de su conducta por los fundadores de La Trinitaria, lograron convertirse en realidad sólo a través de los hombres de la Restauración. Por esa causa la Restauración es el movimiento político dominicano más fecundo y más cabal. A él le tocó coger en plena sazón los frutos del árbol que sembraron Juan Pablo Duarte y sus compañeros en 1838.

Esta no es la ocasión apropiada para hacer un estudio en detalle de la revolución que llevaba por dentro la guerra restauradora. Es la ocasión de señalar algunos puntos importantes que saltan a la vista como lección que todo dominicano consciente debe aprender para no olvidar jamás.

Un escritor alemán dijo que toda guerra es la continuación de una política determinada. Nosotros podemos asegurar que la acción política es una forma de la guerra cuando la guerra es justa y cuando la acción política se lleva a cabo con el único propósito de salvar el país. El jefe de armas que batalla para hacer libre a su tierra no busca popularidad ni esconde el pecho al plomo que puede quitarle la vida; no ve la acción libertadora como una asociación de batallas victoriosas, sino como un combate incesante en el cual la victoria de hoy puede ser seguida por la derrota de mañana. Para ese jefe de armas lo importante es que su pueblo logre la libertad aunque él haya caído en la acción; lo importante es, como en frase feliz dijo el más grande de los franceses de este siglo, ganar la guerra, no ganar

una batalla. En el acaecer político de cada día, el líder opositor desde la calle y el gobernante desde el poder deben luchar por el país, por la libertad del pueblo. Las armas de la política no son las armas de la guerra, pero la conquista de la libertad del pueblo requiere tanto tesón en el campo político como en el campo de batalla.

En el fragor de los combates el caudillo no puede detenerse a lamentar la pérdida de uno de sus tenientes, porque su objetivo es conquistar la posición enemiga y no puede pensar en los caídos sino después que el aire haya levantado sobre el campo de sangre el humo de los cañones y cuando al tronar de los fusiles haya sucedido el toque de la corneta que canta la victoria. Como el caudillo de la guerra, el gobernante de la paz, y el líder político, si tienen que crear una vida de libertad sobre escombros de tiranías, deben trabajar por la victoria final, y sólo alcanzada la victoria llegará el momento de recordar a los caídos y de condecorar los pechos de los héroes.

Hoy, cien años después del 16 de agosto de 1863, se reanuda la historia dominicana en el punto en que quedó trunca cuando el ideario de los restauradores se precipitó hacia el abismo de la tiranía bajo el mando de Ulises Heureaux. Si a esta generación nuestra le hubiera tocado realizar lo que hoy está haciendo en el año 1890 y no en el 1963, otro sería el espectáculo de la República Dominicana; pues todo el tiempo perdido entre la tiranía de Heureaux, al comenzar, y la tiranía de Trujillo, al terminar, ha sido de hecho una derrota de los restauradores así como el triunfo de los restauradores fue una victoria de los trinitarios y así como el predominio de Santana fue una continuación del predominio de Juan Sánchez Ramírez.

Desde el 1808 hasta ahora la República ha venido debatiéndose entre avances de una revolución a veces oculta y a veces expresada, y los triunfos de una reacción siempre prepotente que no quiso abandonar el castillo de su poder ni con Sánchez Ramírez, ni con Santana, ni con Heureaux, ni con Trujillo.

#### *Democracia en las manos*

Al cabo de más de siglo y medio nos encontramos hoy con la democracia en las manos como un instrumento con el cual

podemos edificar la patria justa y libre y hacer la revolución necesaria que iniciaron en el siglo dieciocho los Borbones españoles, la que el Gobierno de Ferrand puso en rápido movimiento, la que quiso realizar la generación de la Trinitaria, sin que pudiera hacerlo, la que la voluntad de los restauradores impulsó profundamente; la revolución democrática por la cual, sabiéndolo o sin saberlo, miles de hombres han muerto en esta tierra dominicana, unos conducidos por ese sentimiento ciego y tenaz del patriotismo que da de su propio corazón la tierra en que se nace, otros conducidos por la voluntad firme y resuelta de ser ellos y sus hijos los dueños de su destino.

A través de nuestra historia podemos distinguir hoy a los dominicanos divididos en revolucionarios y contrarrevolucionarios; a Duarte y a Santiago Rodríguez encabezando a los primeros; a Pedro Santana, que entregó la República, a Ulises Heureaux, que trató de entregarla, y a Trujillo, que la cambió por dinero, encabezando a los últimos. A esta altura del tiempo, cien años después del día en que comenzó la guerra restauradora en Capotillo Español, podemos estar seguros de que no volveremos a tener Santanas, ni Heureaux, ni Trujillos, pero no podemos estar tan seguros de que la revolución democrática avance con la rapidez con que tiene que hacerlo si es que de verdad queremos evitar a nuestro pueblo días más negros que los que padeció bajo Santana, bajo Heureaux y bajo Trujillo.

Los dominicanos conocemos dos guerras justas, la de 1844 y la de 1863; y conocemos guerras injustas a montones. En las primeras el pueblo estuvo unido; se unieron las masas y los líderes; en las segundas el pueblo estuvo dividido: masa contra masa, líderes contra líderes, caudillos contra caudillos.

### *Política justa*

La política justa es como la guerra justa y requiere, como ésta, la unidad de los líderes y la unidad del pueblo. Si hemos de volver a las divisiones sangrientas que hicieron de los dominicanos baecistas y santanistas entregados al furor de la matanza, bolos y rabuses disputándose el poder día y noche a filo de

mechete y a boca de fusil, no somos dignos de estar conmemorando el centenario de la Restauración.

Para ser dignos de ese acto y de este momento histórico, debemos luchar juntos con el propósito inquebrantable de dar a los dominicanos no sólo la libertad nacional que conquistaron los trinitarios y consagraron los restauradores, sino la profunda y real libertad que tal vez de manera inconsciente alentaba en el seno de la revolución que era el alma del movimiento trinitario y de la revolución que fue el alma del movimiento restaurador.

En la lengua actual esa revolución quiere decir reforma agraria, quiere decir justicia social, quiere decir cultura para todos, quiere decir salud para el pueblo, quiere decir presencia de la masa dominicana en el escenario de la República como actora del drama colectivo y no como espectadora que lo ve a distancia.

El patriotismo es un instinto pero su ejercicio sólo se justifica cuando conduce al bienestar de las mayorías. La guerra restauradora hubiera sido un fracaso, si nos hubiera hecho saltar un siglo atrás. La democracia de 1963, que es la heredera directa de esa hazaña, y que está por tanto en la obligación de justificarla superándola, será un fracaso si nos conduce a la división armada de sesenta años atrás.

En cierto sentido esta democracia de hoy es obra de los restauradores. Sin duda fueron muy importantes los jefes de esa guerra, los Santiago Rodríguez, los Gregorio Luperón, los Gaspar Polanco, los Pedro Antonio Pimentel. Pero la verdadera importancia de ese movimiento estuvo en que el pueblo lo inició, lo mantuvo y lo llevó no sólo hasta el final de la etapa armada sino mucho más allá, hasta el establecimiento de ferrocarriles, de comunicaciones cablegráficas, de la luz eléctrica, de centrales azucareros, de escuelas, de periódicos y bibliotecas, pues todo eso fue obra de la revolución que llevaba por dentro la guerra restauradora.

A cien años del 16 de agosto de 1863, el pueblo tiene más categoría, más importancia, más valor histórico. Al pueblo nos debemos todos. Y así como al pueblo de un siglo atrás se consagraron los héroes de la Restauración, todos unidos en un mis-

mo propósito de libertad primero, y de progreso después, así a este pueblo de hoy nos debemos todos y todos le debemos la unión para afirmar las libertades públicas y la justicia social.

Es ley de la naturaleza que no haya nada tan bueno que no deje un sedimento de algo malo, ni algo tan malo que no produzca algún resultado bueno. En el orden político, esto es más cierto cuando se vive bajo un gobierno democrático. La libertad sirve para edificar, pero también sirve para destruir; y en medio de la libertad los hombres que han nacido para destruir destruyen libremente mientras que los que han nacido para edificar edifican con trabajo, con lentitud y cercado por las pasiones, a veces por las pasiones más bajas. Un pueblo que no está hecho a la vida democrática puede ser confundido hasta el punto de que sólo vea de la democracia el lado malo.

En una guerra libertadora, como fue la de la Restauración, también había un lado malo y feo: el de los combates en que los hombres morían, el de los incendios en que desaparecían Guayubín y Santiago y Moca y Puerto Plata, el de la justicia de hierro de los campesinos e incluso las luchas que terminaban en el patíbulo.

Toda obra digna pasa a menudo bajo las sombras de la infamia; el que combate, sin embargo, no puede detenerse ante la infamia. Hay un camino a seguir, en la guerra como en la política: el camino que desembocará un día en la unión de todos para asegurar el bienestar de todos bajo un sol de libertad.

Seguir ese camino, en el taller, ante el altar, en el conuco, en la escuela, en el cuartel, en la oficina pública, es el único homenaje real, el verdadero homenaje digno que los dominicanos de hoy pueden rendir a los que iniciaron la restauración de la patria, hace ahora cien años.

Rindamos ese homenaje con pasión dominicana y humildad democrática. Desde su cielo de gloria, los héroes están esperando que lo hagamos.

## PERFIL NACIONALISTA de GREGORIO LUPERON

Por el Dr. Hugo Tolentino Dip (\*)

### I

#### *Contexto Histórico*

Al través de las intrincadas leyes del decurso histórico, paso a paso y dolor a dolor, en hondo proceso de transformaciones sociales, germinaba la personalidad nacional desgastando las estructuras coloniales.

Múltiples, sin embargo, fueron los desaires de la historia para con nuestro pueblo, para con su ambición de ser independiente.

Largo embarazo. Dolorosa gestación la que alumbró el 27 de Febrero de 1844 la ansiada libertad. Duarte, Sánchez y Mella fueron los más altos nombres de la gloriosa efemérides.

La angosta vida impuesta a los dominicanos por la dictadura de Boyer, no pudo resistir la explosión de la nacionalidad. Los jalones de una evolución propiciaron el cambio. Y flotó una bandera: simbólico jirón de aquel trabajo de años en consciente e inconsciente hilvanar la independencia.

En la dura lucha que fraguó el triunfo, tan tropezado por desventuras y traiciones, se dieron cita las necesidades de los hombres de ser independientes y el pensamiento filosófico de los racionalistas franceses del siglo XVIII.

En esa gran ebullición del patriotismo, en 1839, junto casi al nacimiento de la Trinitaria, vió la luz Gregorio Luperón. La independencia continuaría, por más de medio siglo, siendo la historia de su vida y, sobre todo, su vida.

---

(\*) Primer Premio del Certamen Literario organizado por la Comisión Nacional del Centenario de la Restauración de la República.

San Felipe de Puerto Plata le vió nacer. Rancia ciudad del Norte, sosegadamente recostada a la montaña, fronteriza al Océano, al Atlántico: mar de pródigas corrientes por donde Europa, su sabiduría, mantiene un lazo directo con las costas de su primera aventura descubridora.

Sus padres, Pedro Castellanos y Nicolasa Duperron, lo concibieron sin otro vínculo que el del amor. La madre era de muy modesto linaje y condición. Hijo sólo de su madre, por la inhumana ley, el vástago llevaba el apellido Duperrón. Más tarde la fuerza de las cosas, ¡cuántas! y, ante todo, la de nuestra cultura, españolizó la sonoridad del apellido convirtiéndolo en Luperón.

En el ventorrillo de su madre dió los primeros pasos y conoció la estrechez y los largos sudores por el escaso pan. Por bondad y por el afán del niño, un inspector de Instrucción Pública le enseñó a leer.

Mozalbete, en 1851, fue encargado por Don Pedro E. Duboq, súbdito francés de alma más que generosa, de los cortes de madera que el rico propietario tenía en los bosques de Jamao. Allí, bajo la lozanía de los inmensos árboles, en el rudo trabajo, va forjando su carácter y su fuerza física. Tal era su agilidad y destreza, que muy pronto la leyenda local se enriquecía con sus primeras hazañas. Alcanzó, en medio de los hombres que guiaba en el trabajo, "consideración prematura", según relata uno de sus biógrafos.

La triste realidad de su tierra, de sus conciudadanos, fué repasada en muchas noches de paz campesina al través de hondas críticas.

Entre otras lecturas, en un febril deseo de cultivarse, de abrirse horizontes, leyó las "Vidas Paralelas" de Plutarco. Con qué hondura debió penetrar el pensamiento del historiador y moralista griego en el espíritu de Luperón. "La maldad, decía Plutarco comparando a Lisandro y a Sila, aún con nobleza es digna de desprecio, y si a la virtud se tributan honores, no es por su nobleza, sino por sí misma". (1)

---

(1) Plutarco — Vidas Paralelas.

En el humilde capataz, aquella frase debió nutrir su vocación al mando y a la gloria honesta.

Temple de hombre y dolor de simple dominicano, iban también profundizando en él. No podía ser menos ante el penoso e irritante espectáculo de su pueblo, frágilmente independiente, caminando adolorido por las traiciones de los hombres que, antes y después de ser libre, lo querían esclavo.



Aquel pueblo, todo intrepidez y arrojo, sacrificio y martirio, batallaba en Azua, en Santiago el 30 de Marzo, para defender su soberanía en peligro.

La nacionalidad la fué galvanizando el brazo popular en dura guerra contra el testarudo invasor.

Desgraciadamente, no sólo era exterior el peligro. Dentro de la patria misma, los oscuros intereses y las malhadadas ambiciones se agrupaban en nefando contubernio antinacional.

La institucionalidad republicana inaugurada por la primera Constitución, la de San Cristóbal, tan hija de los esfuerzos democráticos de las Constituciones de Cádiz, de Norteamérica y de Francia, fue víctima de los grupos retrógados que con la fuerza apoyaron a Santana a atribuirse los poderes absolutos que el Artículo 210 de esa Carta Fundamental le otorgó.

Santana, como si quisiera mostrar que su valentía y su lucha en los campos de batalla eran tan sólo los riesgos obligados de su desmedida ambición, pisoteaba los hombres y las leyes.

El 27 de Febrero de 1845, un año día tras día, después de la independencia, pagó al pueblo sus largos sacrificios, fusilando a María Trinidad Sánchez, Heroína y mártir. Y, sobre todo, mujer. Muy oscuras había que tener las entrañas para asesinar a la mujer que bordara, en afanes domésticos clandestinos, la primera bandera dominicana.

Ya entonces no hubo tregua para la desesperanza. La madre de Duarte fué expulsada el 19 de Marzo. La irrespetuosa actitud ante las fechas gloriosas ayuda a describir al hombre.

Ahora bien, aquellos gestos no eran el producto de iras momentáneas o caprichoso desequilibrio. Esbozaban toda una

actitud política proyectada, como sombrío augurio, hacia el porvenir nacional.

La patria independiente, tan llena de frustraciones para el pueblo, se convirtió en botín de bastardas aspiraciones. Hasta las luchas heroicas contra Haití, fueron muchas veces usadas en el juego político interno para apoyar banderías que por su arrojo e intrepidez en la lucha, se creían con el derecho de atribuirse, como si fuera un premio, el dominio traicionero de la patria.



Por los caminos de Estrelleta, Beler, Las Carreras, Cachimán, Santomé, Cambronal, Sabana Larga, seguía el pueblo sembrando su resuelto e inveterado amor a la independencia.

Taimadas y oscuras ambiciones burlaban todo ese continuado empeño. En 1850, en el primer gobierno de Báez, se hablaba ya de protectorado norteamericano. Antes, antes mismo de la independencia y poco después, se negociaba con Francia la mutilación de la soberanía.

Entre Santana y Báez, anexionar a los dominicanos, quebrarle su albedrío, fué casi un vértigo.



Ya en 1857 Luperón había abandonado los cortes de madera en Jamao, para desempeñar el cargo de Comandante Auxiliar del Puesto Cantonal de Rincón, nombrado por el gobierno del General Valverde.

No duró largo tiempo el intento de Valverde de romper con aquella desleal dualidad encarnada por Santana y Báez. En junio de 1858 el primero asumía de nuevo la dirección de la República.

## II

### *La Nacionalidad Oscurecida*

El 18 de Marzo de 1861, un nublado cielo cubrió la patria: la Anexión a España. Obseso, Pedro Santana, desde el balcón del

Senado, hizo proclamar la pérdida de la soberanía. El lugarteniente del Capitán General leía:

“Numerosas y espontáneas manifestaciones populares han llegado a mis manos; y si ayer me habéis investido de facultades extraordinarias, hoy vosotros mismos anheláis que sea una verdad lo que vuestra lealtad siempre deseó”.

Santana mentía y mentían los hombres que junto a él querían hacer creer al mundo que el pueblo dominicano deseaba la Anexión. Al pueblo se traicionó, así es de simple decirlo y comprenderlo.

Un testigo ocular de la proclamación de la Anexión, el Cónsul inglés en Santo Domingo, Martín T. Hood, describe la escena a Lord Russell, Ministro del Foreign Office, de la siguiente manera:

“El lugarteniente de Santana se adelantó entonces hacia el balcón y leyó la Proclama, de la cual yo le envió una copia y traducción, declarando que Santo Domingo fué reincorporada a los dominios españoles”.

“Hubo unos pocos, muy pocos, vivas en el balcón, los cuales fueron respondidos por los españoles presentes en la plaza. Pero ninguno de los dominicanos, ni siquiera los soldados, ni los extranjeros, tomaron parte en ellos”. (2)

Triste, pero alentadora verdad. En otros sitios, en Moca, Puerto Plata, Santiago, cuando no protestas, hubo dolor y llanto nacidos en lo más recóndito del amor a la patria.

Para el gobierno español, la Anexión tuvo razones varias: el temor a los intentos norteamericanos de hacer de las Antillas su propiedad, amenazando así las colonias españolas de Cuba y Puerto Rico; la ambición de agrandar sus dominios coloniales y la necesidad de distraer la atención del pueblo ibérico hacia una nueva conquista, para hacerle olvidar la alocada y costosa

---

(2) Public Record Office — F. O. 23 — vol. 43 — N° 12 — Carta fechada el 12 de marzo de 1861. Documento copiado por el autor en Londres.

política que frente al Africa del Norte había auspiciado. En resumen, razones viles e infecundas.



Desde el vértice del patriotismo, desde el corazón de Francisco del Rosario Sánchez, se avalanzó la nacionalidad en defensa de la independencia. La "Regeneración Dominicana", como llamó al movimiento revolucionario que encabezaba, iba dirigido contra la Anexión sobre todo, pero también contra las pesadas herencias que la habían prohijado.

Mal herido en la refriega, preso, Sánchez moría fusilado el 4 de Julio de 1861 en San Juan. Y en el pecho también herido del pueblo dominicano, el eco engrandecía la frase venturosa: "Yo soy la bandera nacional".



Luperón se irguió frente a la Anexión y se juró muy fuerte libertar su tierra y recobrar la nacionalidad. Su lucha se alimentaría de toda la historia: pasado y presente. Su misión era el porvenir. Nadie encarnaría, tan cabalmente como él, la ansiedad y la lucha seculares del pueblo dominicano por su libertad.

Desde Yásica, donde vivía de un pequeño comercio, se dirigió a Puerto Plata dispuesto a oponerse a la Anexión. Cuando llega, la felonía había sido consumada. A la invitación que se le hace para firmar el Acta de Anexión, opone una rotunda negativa.

Valiente hasta las últimas consecuencias, comenzó a aglutinar las voluntades tristes o desesperadas y a unificarlas para el gran combate. Cuando el Inspector de Jamao convoca al pueblo y le hace conocer que, mediante Reales Ordenes, todos los dominicanos debían entregar sus armas, Luperón, que allí se encontraba, expresó: "No, no entreguen Uds. esas armas: ellas deben servirnos para ser libres".

Ya entonces no se dió reposo. Conspira. Va y viene en ajetreos de insurrección. Cae prisionero y luego se fuga de la cárcel en gesto de bravura y osadía.

Tenazmente perseguido por las autoridades españolas sale del país. Parte a Cabo Haitiano, luego a los Estados Unidos, México, Jamaica. La idea era única en su mente: liberar su pueblo, encender la llama restauradora.

De vuelta clandestinamente a Santo Domingo, se oculta bajo el nombre de Doctor Eugenio. "Apóstol ya consagrado de la causa revolucionaria", como lo llama Rodríguez Objío, recomienza, desde Sabaneta, a nudar los espíritus nacionalistas en vista a la revuelta.

Santiago Rodríguez, Ignacio Reyes, Norberto Torres, Benito Monción, Antonio Batista, Juan Antonio Polanco, Lucas de Peña, Manuel Jiménez, Bartolo Mejía y otros, se suman al afán libertador y suman sus comarcas. Representaban el anhelo de sus pueblos, lo aglutinaban.

La faena patriótica era exaltante, febril. En ella buscaban los hombres entera comunión con los principios de libertad e iban al reencuentro de su razón de ser dominicanos, herederos de una lejana historia de luchas, ampliamente florecida en 1844.

Ante la fuerza española y el ánimo guerrero de Santana, cualquiera pensaba que era vana temeridad e irreflexivo empeño, la actitud de aquel puñado de soldados.

Pero David era más que un hombre, era todo un pueblo.



Lucas de Peña fué escogido como General en Jefe de la Revolución. Luperón, con apenas veintidós años, fué designado, junto a Norberto Torres e Ignacio Reyes, miembro del Consejo de Jefatura con el rango de General de Brigada.

El 21 de Febrero de 1863, el pequeño ejército restaurador ocupa Guayubín. Luego Montecristi. En San José de las Matas y en Santiago, un clima de insurrección testimoniaba el patriotismo.

La reacción española fué violenta. En la persecución de los patriotas surgen las figuras espeluznantes de Buceta, Gobernador de Santiago, y de Campillo, ayudante de aquel. Un torrente de sangre dejaron tras sus crueldades los feroces defensores de la España colonialista. Sin embargo, feraz será la tierra fecundada con sangre libertadora!

Luperón, perseguido, se oculta. España pone a precio su cabeza. Ante el primer fracaso, conociendo el temple de su pueblo, ni un desmayo, ni un temor, ni una duda cupieron en su espíritu.

Subrepticamente reinicia de inmediato el peregrinaje hacia la liberación nacional. Las Lagunas, Puerto Plata, Jamao, La Vega, prestan oídos a su propaganda revolucionaria. Desde La Vega se mantiene en contacto estrecho con los nacionalistas de todo el Cibao.



En los primeros meses de 1863, un agitado espíritu de rebeldía aventaba los campos del Cibao y la línea Noroeste.

Sabaneta, fértil suelo para el impulso revolucionario se subordina la primera.

Y el 16 de Agosto, Guayubín se alumbró del fuego restaurador. La revolución regaba su caluroso grito hasta las puertas mismas de Santiago.

En lucha singular, bizarría y esfuerzo compitiéndose la gloria, se pone cerco a Santiago. Los intentos para tomar el fuerte, bastión y refugio español, llenan la historia de audacias y valentías. En la batalla del 6 de Septiembre, Luperón se jugó la vida como si el hecho de batirse por la libertad lo hiciera invulnerable.

Entre los soldados y frente al pueblo su fama crecía, un justo renombre le iba coronando.

Los españoles, arrinconados en el fuerte, piden negociar. Luperón, desde su cuartel general en Marilópez, cerrando el paso a todo compromiso que pudiera desvirtuar el triunfo, escribe a los Generales Gaspar Polanco, Benito Monción y José A. Salcedo: "Bajo cualquier punto de vista que se considere la situación, y a despecho del orgullo tradicional español, esos hombres son nuestros prisioneros y somos nosotros quienes debemos dictar las condiciones. Tal es mi sentir: si no se rinden a discreción deponiendo las armas, que perezcan todos en el castillo; pues en cuanto a mí no les permitiré ni comer ni beber sin que jueguen la vida a cada paso. Refuercen sus campamentos y no descuiden ninguna avenida para no dejarles brecha por

donde escaparse y mantener con honra el derecho de la guerra y de nuestra independencia". (3)

Tras varios intentos, los españoles logran salir del fuerte. Luperón los persigue y les causa bajas sensibles. De regreso a Santiago da su aprobación a las iniciativas de José Antonio Salcedo para la creación de un ejecutivo provisorio. El 14 de Septiembre de 1863 quedó instalado el gobierno con Salcedo como Presidente y Benigno Filomeno de Rojas en la Vicepresidencia.

Antes del nombramiento de Salcedo, los miembros del gobierno escogieron a Luperón para presidirlo pero éste declinó el ofrecimiento. Tenía apenas 24 años cuando ya podía ostentar el más alto cargo de gobierno. No quiso aceptarlo, porque no era su ambición ser Presidente, sino simple soldado al servicio de la causa independentista.

El Gobierno Provisorio le nombró entonces Comandante de Armas y Gobernador de Santiago. Tampoco aceptó, dando como razones de su actitud los siguientes argumentos:

"Siento infinitamente no poder desempeñar ni el uno ni el otro encargo, porque ambos destinos se hallan en abierta oposición con mis deseos. Al lanzarme en la arena de la revolución sólo he tenido por móvil el ansia de ver restaurada la República Dominicana, sus leyes y libertades".

Y agregaba: "Además, son las circunstancias excepcionales de una revolución, las que me han decorado con el título de General; nunca he sido militar y prefiero ante todo el dictado de Ciudadano".

El porvenir, ancho y abierto del gran restaurador, se encargaría de demostrar, más de una vez, que en aquellas palabras no había trasfondo de retenidas ambiciones. El gesto de hoy, sería el de siempre.

La libertad de la patria, la independencia, sin condiciones capaces de mediatizarla, total, ésa era la ambición del líder nacionalista y él la defendía como el primero.

Pocos días después de la famosa batalla del 6 de Septiembre, Salcedo propuso a Luperón hacer llamado a Buenaventura

---

(3) Manuel Rodríguez Objío — Gregorio Luperón e Historia de la Restauración — Santiago, 1939 — T. I — págs. 70-71.

Báez, a la sazón en Europa y quien no tardaría en vestir el traje de Mariscal de Campo español. Luperón rechazó de plano y con entereza semejante proposición.

El mismo día de la instalación del Gobierno Provisorio se redactó el Acta de Independencia. El documento exhortaba a España a comprender el error en que había incurrido anexionando la República Dominicana: "... nuestra anexión a la Corona no fué la obra de nuestra espontánea voluntad, sino el querer fementido del General Santana y de sus secuaces..."



Ante las dificultades encontradas en La Vega, donde un grupo de pro-anexionistas mantenía una propaganda dañina a la causa restauradora, fué necesario designar un hombre capaz de poner límite a tan funesta situación.

La elección fué simple, no podía ser otra: Luperón se encargaría de la defensa del Cibao. Para facilitarle la misión se le otorgaban plenos poderes y el rango militar de General en Jefe de las Líneas Sur y Este.

A su llegada a La Vega, sintió de inmediato la cargada atmósfera. El rumor persistente de la presencia de Santana en el Cibao aumentaba el desarreglo.

Dice Rodríguez Objío, relatando la situación: "Los reaccionarios eran conocidos y sus manejos casi visibles; era preciso amedrentarles rápidamente o dejar perder la revolución; pero esos reaccionarios eran por desgracia dominicanos y Luperón no osaba herirlos: su corazón se negaba al sacrificio de sus conciudadanos". (4)

El profundo conocimiento que tenía de la sicología de sus compatriotas le hizo sentir la delicada coyuntura en que se encontraban La Vega y los pueblos aledaños. El ambiente se deterioraba día tras día.

Comprendió entonces, que frente al problema de enajenación que ciertos grupos habían creado en la masa de esos pueblos, tenía necesidad de golpear rudamente la conciencia colec-

---

(4) Rodríguez Objío — op. cit. — T. I — pág. 86.

tiva con un hecho que la hiciese recapacitar, primero, y ya luego volcarse libremente por el sendero de sus conveniencias nacionales.

Afortunadamente, el hecho aconteció. Tomado prisionero el Coronel español Galdeano, mientras se dirigía por escabrosos caminos rumbo a La Vega, pudo comprobarse que su misión era la de espiar y hacer contactos con los elementos anexionistas de la villa. Sin ninguna vacilación y aplicando la justicia de la guerra, Luperón ordenó su ejecución. Dice la historia, que Galdeano fué fusilado a las diez de la mañana y que ya a las tres de la tarde del mismo día el Acta de Independencia, que La Vega no había acogido con entusiasmo, contenía más de dos mil firmas.

Aquella actitud y las que cotidianamente tenía ante los mil problemas de la guerra, conjugaron en torno a Luperón las grandes mayorías de la región.

Resuelto aquel grave problema se dió de lleno a la organización del ejército para afrontar al Mariscal Pedro Santana. Ya para este entonces, Salcedo manifestaba abiertamente la ojeriza que tenía contra Luperón, entrabándole la libertad de mando tan necesaria en aquel momento.

Con su cuartel general en Cotuí, el caudillo restaurador trataba de obviar todas las dificultades. El 30 de septiembre apareció Santana en Bermejo. Luperón le salió al paso, teniendo antes que arengar a la tropa un poco indecisa frente a la fuerza del ejército español y al reputado nombre militar de quien lo comandaba.

El ejército libertador inicia el ataque desde la montaña. Su empuje irresistible hace que el enemigo retroceda. Baja al llano a perseguirle, redobla la violencia de su ataque y no detiene su impulso hasta no ver la desbandada del enemigo.

Gregorio Luperón, su patriotismo y su bizarría, alzaba triunfante la bandera nacional.

No había mayor altura para colocar su estrella.



Subyacentes, las debilidades y las ambiciones humanas carcomían el espíritu de Salcedo. Sin excusas, sin razones aparen-

tes, el Presidente del Provisorio destituye a Luperón de su cargo de General en Jefe del Ejército Libertador en las líneas del Este y del Sur.

Abrumado de pesar se encaminó a Santiago. A su paso salían los pueblos a pedirle que no abandonase la lucha por la libertad. Como si en algún momento hubiese transitado en su mente semejante idea. Para la patria su ánimo no tenía fisuras, no cabía en él el menor desaliento. El hombre podía estar lastimado, pero los dolores eran parte de la lucha por los grandes ideales y, más bien, aceraban su voluntad.

En Santiago, pidió permiso para ir a Jamao a ver su familia. Cada alto en su camino lo llevaba, vieja querencia de la tierra que encerraba sus recuerdos remotos, a Jamao, a Puerto Plata.

De regreso a Santiago es nombrado General en Jefe de las Fuerzas del Sur. Una vez en su destino, inicia con ardor la organización de las fuerzas de esa región. Ya el 7 de Noviembre de 1863, tras mucho batallar, entra triunfante a San Cristóbal.

Mientras el pueblo dominicano aunaba sus esperanzas en Luperón, un pequeño grupo, encabezado por el mismo Presidente Salcedo, atizaba pasiones y discordias contra el glorioso soldado. Vanas excusas servían a los juicios contra su persona. El agravio llegó a límites insospechados. En Baní, el General Pedro Florentino recibe la orden, firmada por Salcedo, de "sumariarlo y ejecutarlo". El laconismo de los términos no se debía a razones de estilo militar, sino a la falta absoluta de argumentos para fundamentar tan grande injusticia.

Florentino no cumplió la orden y lo dejó en libertad diciéndole: "Vaya Ud. al Cibao para que el gobierno ejecute por sí mismo lo que me ha encomendado". No se le escapaba al astuto general el fondo de las intrigas fraguadas contra Luperón.

En Baní la Junta de Gobierno certifica, en defensa del soldado los beneficios que su actuación aportó a la causa restauradora en aquellas comarcas. Los hombres más representativos de Ocoa hicieron igual.

Su llegada al Cibao produjo emoción. La gente le salía al encuentro para reclamarle que actuara. Pero él era incapaz de un gesto que pudiera dañar la independencia o manchar su nombre.

Una vez en presencia del Gobierno Provisorio expresó, que “venía para que ellos lo ejecutaran, ya que Florentino no tuvo valor para hacerlo”.

El Ejecutivo lo envió entonces a Sabaneta, en calidad de prisionero, bajo el cuidado de Santiago Rodríguez.

No podían algunos levantados espíritus del Gobierno Provisorio mostrarse indiferentes ante las calumnias que querían deshonar al gran patriota. Ramón Mella y Ulises F. Espaillat, pugnando por restablecer el honor y la entereza del restaurador, le aconsejaron, en carta firmada por Mella, de exponer ante la Secretaría de Guerra del Provisorio las etapas de su última campaña. Luperón lo hizo con lujo de detalles.

La leal y caballerosa alianza de Mella y Espaillat dió feliz resultado.



Luperón fué destinado a Montecristi, bajo las órdenes de Benito Monción.

A pesar de todas las ambiciones y del desequilibrio que aquella dura lucha creaba en algunos hombres, la historia se fue ordenando. Los acontecimientos mismos sirvieron para que aparecieran en su justo lugar los verdaderos valores.

Al iniciarse la Segunda Campaña del Este, Luperón fué llamado a Santiago y enviado a la vanguardia de la lucha. El 20 de Enero es nombrado Segundo Jefe del Ejército Libertador.

Los días subsiguientes fueron de ruda refriega. En el combate de la Sabana del Vigía, la lucha se trabó cuerpo a cuerpo. Para ambos ejércitos las pérdidas fueron dolorosas.

En la batalla, Luperón se cubrió de gloria. El relato histórico de su lucha en medio de las tropas españolas alcanza lo sublime.

Las implicaciones políticas de esta campaña fueron importantes. El gobierno español tomó conciencia de la fuerza de sus adversarios y del invariable propósito de los dominicanos de ser independientes. Decidió entonces entablar negociaciones para una suspensión de armas. La entrevista entre los representantes de ambas partes tuvo lugar en Bermejo, el 3 de Febrero de 1864. Frente a la inclinación de Salcedo a aceptar la tregua, Lu-

perón, apoyado por el General Eusebio Manzueta, mantuvo la tesis de continuar la guerra sin ningún paréntesis que pudiera desorganizar y hasta mediatizar el clima alcanzado por las armas restauradoras. Dice Rodríguez Objío que de haberse aceptado la tregua, "... ya la fuerza o ya el soborno habrían aniquilado pues radicalmente la Revolución Restauradora". (5)

La negativa de Luperón tenía legítimas razones: el temor de que el descanso de la guerra, la pérdida del ritmo que la contienda imponía a los hombres, diera lugar a que las apasionadas ambiciones, a la sombra de dudosas transacciones políticas, pudieran deformar o impedir el triunfo de la causa nacional.

Se rumoraba que el Gobierno español preparaba una formidable invasión al Cibao al mando del temido General Juan Suero, apodado el Cid Negro en honor a su valentía. Luperón, seguro de que nada estimula y nutre con más fuerza el valor que lo honesto y lo justo del ideal que se defiende, respondió a Salcedo en los días en que se hablaba de tregua: "... si continúa la guerra, sin municiones, sin armas y con pocos hombres, yo aseguro que el enemigo no pasará de aquí". (6)

El Gobierno Provisorio confió en sus argumentos y le ascendió a General de Brigada.

En los primeros días de marzo se reinició la lucha. Después de haber derrotado al enemigo en Monte Plata y ya luego en Yerba Buena, el día 24 de ese mes, en reñido encuentro con los españoles, en el célebre combate de Paso del Muerto, cae mortalmente herido el Cid Negro.



Cada triunfo de Luperón redoblaba las intrigas y azuzaba las envidias. En mayo del mismo año, enfermo, toma el rumbo de Puerto Plata buscando calma y reposo junto al solar nativo.

Con todo y sus éxitos, la causa nacional peligraba. La invasión española a Montecristi, lograda tras feroz combate librado contra Pimentel, Polanco y Monción, comprometía la unidad

---

(5) Rodríguez Objío — op. cit. — T. I — pág. 152.

(6) Rodríguez Objío — op. cit. — T. I — pág. 152.

alcanzaba en todo el Cibao y la línea Noroeste por las armas restauradoras.

Las ambiciones de Salcedo, al margen totalmente de los ideales nacionales, contribuían poderosamente al menoscabo de aquella unidad.

Frente a este estado de cosas, el Gobierno Provisorio llama a Luperón y le nombra Jefe Superior de Operaciones de la línea Noroeste y Delegado del Gobierno. El líder restaurador se dedica de inmediato a cohesionar los ánimos, muy abatidos y dispersos por ese entonces. "Las autoridades todas, locales y generales, declinaron su poder en aquel joven soldado, que resumía todo el prestigio y toda la fuerza de aquella época". (7)

A pesar de la valentía que como soldado mostraba, muchas quejas fueron acumulándose contra Salcedo. El General Gaspar Polanco, mediante un hábil movimiento militar derroca al gobierno, y más tarde ordena la muerte de Salcedo. Gesto, en realidad, desafortunado. Luperón, aunque conociendo los enturbados manejos de Salcedo y sabiendo las tantas intrigas que tejó contra su persona, protestó por su ejecución, considerando la actitud de Polanco contraria a la entereza de un soldado de la restauración.



Polanco fué proclamado Presidente del Provisorio el 10 de octubre de 1864. El gobierno que se inauguraba iba a tener como misión cardinal la integración en la lucha contra España de todos los intereses nacionales. La conformación humana misma del nuevo gobierno lo hacía altamente representativo de los ideales populares independentistas.

Vislumbrándose el triunfo, la administración de Polanco fué creando las estructuras administrativas en las que se iban a sedimentar y actuar las instituciones políticas de la República.

Luperón fué llamado para ocupar el cargo de Gobernador de La Vega.

En su nuevo destino, se desvivió por dar a aquella ciudad una administración sólida. Y así lo hizo.

---

(7) Rodríguez Objío — op. cit. — T. I — pág. 181.

Desde mayo de 1864 hasta enero de 1865 el Gobierno de Polanco mantuvo una política altamente benéfica para el triunfo de la causa nacional. Su fuerza, su entereza, fueron rasgos necesarios para marginar las oscuras corrientes que, alimentadas por intereses políticos extemporáneos y bastardos, arriesgaban desviar los objetivos de las clases afanosas de ganar la independencia. El fin inmediato que se propuso alcanzar el Gobierno fué la restauración de la soberanía. El proceso de la lucha y la firmeza con que lo orientara, dan sobradas razones para juzgarlo positivamente.

Ahora bien, a medida que el triunfo se hacía realidad, una parte de las fuerzas hasta ayer aglutinadas en el ideal nacional, iniciaron un movimiento político que prefiguraba las futuras contiendas intestinas. Frente a esa actitud, el 25 de noviembre de 1864, el Gobierno del General Polanco lanzó una célebre proclama, en la que ponía al descubierto las ambiciones de las diferentes banderías políticas que en el seno mismo de la guerra orientaban sus intereses futuros, y trazaban en líneas generales la orientación que dentro de la problemática nacional se proponía seguir el Partido Nacional, fundado en los inicios de la Restauración.

La intrincada situación y el riesgo de que una guerra civil comprometieran pesadamente la independencia nacional, hizo que los miembros del Gobierno Provisorio, con Ulises Francisco Espaillat a la cabeza, decidieran dar su dimisión.

El General Polanco tuvo que someterse ante la fuerza de los acontecimientos. Luperón fué encargado del Poder Ejecutivo.

Los Generales Pedro Antonio Pimentel, Benito Monción y Federico García, jefes del movimiento contra Polanco, nombraron el 24 de enero de 1865 una Junta Superior Gubernativa, designando a Benigno Filomeno de Rojas como Presidente y a Luperón, en calidad de Vicepresidente. Al gran soldado se le había ofrecido anteriormente la Presidencia, pero no quiso aceptarla.

Convocada la Asamblea Nacional se reunió para la elección del Presidente y de los Diputados. El General Pedro Antonio Pimentel resultó electo para presidir el Ejecutivo

La guerra contra España había terminado, prácticamente, a principios del año 1865. El 11 de julio de 1865 las tropas españolas abandonaban el territorio de la República Dominicana.)

Más tarde escribía Luperón sobre la Anexión a España y resumía en algunos párrafos, la heroicidad del pueblo dominicano en su lucha por conquistar la libertad: "En aquella grandiosa batalla de la independencia, que será eternamente la mayor gloria y honra de la nación dominicana, cada pueblo y cada lugar era un inmenso campo de combate, y cada dominicano se convirtió en un soldado de la libertad!" (8)

La magnífica epopeya restauradora fué la prueba más contundente de la madurez del espíritu nacional. Frente a la Anexión, obra de obsecados intereses políticos, el pueblo dominicano, ampliamente, con toda la amplitud de las clases que lo componían, luchó hasta alcanzar la victoria y realizar políticamente sus ambiciones de conglomerado con características propias.

### III

#### *Por la Integridad Nacional*

Lograda la independencia y encauzada libremente la nacionalidad, Luperón regresó a Puerto Plata.

Al triunfo de la revolución contra Pimentel, encabezada por el General José María Cabral, éste le pidió que viniese a verle a Santiago a fin de que cambiasen impresiones. Como resultado del encuentro Luperón prometió apoyar al gobierno, aceptando el cargo de Gobernador de Santiago.

Contra Cabral se levantaron en armas los representantes del baecismo y una facción del Partido Nacional. El General M. Rodríguez, quien encabezaba el grupo disidente del Partido Nacional, escribió al patriota restaurador, diciéndole que su movimiento nombraba "Protector de la República al General Luperón". Su respuesta fue definitiva: "Ud. invoca en sus propósitos, decía a Rodríguez, como el tutelar apoyo de su empresa, el

---

(8) Emilio Rodríguez Demorizi — Escritos de Luperón — Santo Domingo, 1941 — págs. 230-231.

nombre del pueblo dominicano y al pronunciar ese nombre no dudo comprenderá Ud. y los individuos que lo rodean, que el gran pueblo lo compone la masa nacional, la familia toda que constituye la República: y esa misma masa, sin coacción alguna fué la que, sin amenaza de fuerza y voluntariamente, se adhirió en el mes de agosto al santo grito dado en la capital. Esa misma masa, que no la compone un individuo, ni una sola población, fué la que estando en el pleno goce de su autonomía, creó sus autoridades, su Gobierno Provisional, que apresurándose a cumplimentar fiel y religiosamente el encargo de su corta y transitoria misión, ha convocado y dejado instalar un Congreso que hoy representa en Santo Domingo lo que se llama pueblo dominicano”.

Su amor a la democracia, su profundo respeto a las instituciones libremente surgidas de la voluntad popular, no pueden tener mejores ejemplos que esos agudos pensamientos, hijos de su profundo espíritu cívico.

Los cantos de sirena del poder lo dejaban indiferente: “Paso en silencio el risible ofrecimiento que se me hace de la Protectoría...” Termina su carta ofreciendo garantías para los insurrectos, pero advirtiendo severamente: “. . . desde que se dispare un sólo tiro, quedará sin efecto mi promesa, y todos correrán la suerte de la guerra”. (9)

La conspiración baecista triunfó, y el mismo Presidente de la República, a quien el Partido Nacional reprochaba su debilidad y tolerancia frente a las maniobras de Báez, se adhirió al nuevo estado de cosas. Al llamado que le hiciera Cabral para que sumara su voluntad en favor de Báez, Luperón contestó: “Vistos los oficios del General Cabral, Protector de la República, y el Manifiesto que los acompaña, por el cual se proclama a Buenaventura Báez Presidente de la República, figurando el citado General José María Cabral, como el primer firmante, ordenándoseme al mismo tiempo que pronuncie esta provincia de mi mando a nombre de esos principios antinacionales; y no siéndome posible como soldado de Capotillo y prohombre de la gloriosa Restauración dominicana, llenar ese cometido sin traicio-

---

(9) Rodríguez Objío — op. cit. — T. I — pág. 295.

nar mi conciencia y la santa causa de la independencia dominicana, vengo por la presente a deponer el mando..." (10)



El mismo día de la juramentación de Báez, el 8 de diciembre de 1865, Luperón empuñaba las armas para defender los fueros nacionales.

Puerto Plata fué el centro de este primer movimiento contra el gobierno. En un manifiesto, los revolucionarios señalaban las múltiples tentativas de Báez para comprometer la soberanía.

Tantas fueron las causas adversas al triunfo inmediato de la revolución y al establecimiento de una firme unidad entre las fuerzas del Partido Nacional, que Báez pudo asentarse, con dureza dictatorial, en el poder usurpado.

Luperón partió para las Islas Turcas.

Amargas son, en verdad, las vicisitudes que hace correr a los hombres la amorosa dedicación a la causa de los intereses nacionales. Sólo seis meses habían transcurrido desde el triunfo restaurador y ya Luperón, el más conspicuo jefe de aquella gloriosa jornada, sufría las desventuras del ostracismo.

Ahora bien, el Gobierno de Báez no contaba con la fuerza capaz de apuntalarlo y permitirle imponer al pueblo sus sombríos propósitos.

Unificados los criterios de la resistencia interna en torno al ideal del gran restaurador, se reinició la revolución contra Báez. El 28 de abril de 1866 desembarca en Puerto Plata. Al ofrecimiento que le hicieran los generales del movimiento para que asumiera la dictadura absoluta, rehusa oponiéndole su respeto a las instituciones democráticas.

Se formó un triunvirato compuesto por Luperón, Federico García y Pimentel.

Temeroso de que dentro de las filas nacionales se iniciaran rivalidades por el poder y para evitar confusiones acerca del motivo que lo llevaba a la lucha, escribe al General Pimen-

---

(10) Gregorio Luperón — Notas Autobiográficas y Apuntes Históricos — Santiago, 1939 — T. I — pág. 362.

tel una carta, en fecha 15 de julio de 1866, en la que externa: "Soy entusiasta y ardoroso campeón, cuando se trata de combatir al extranjero o a sus representantes, pero tiemblo ante la perspectiva de una lucha de hermanos, movida por rivalidades o personales sentimientos". (11)

Al término victorioso de la revolución, presentó renuncia de su cargo de Triunviro y de su rango de General en Jefe, para retornar de inmediato a las Islas Turcas. En su carta de renuncia puntualiza: "Antes de concluir, permítanme Uds. reiterarles otro propósito que por mi manifiesto tengo expresado: "soldado de la Restauración no pertenezco a ningún partido y nunca serviré intereses extranjeros, los que antes bien estoy siempre resuelto a combatir. Téngase eso bien en cuenta". (12)

El desarrollo del proceso revolucionario corría el riesgo de ser trastocado por la aparición de intereses contrarios al bienestar nacional. La urdimbre de ambiciones personales amenazaba la estabilidad alcanzada. La nueva situación obligó a Luperón a posponer su decisión. En una alocución explicaba al pueblo las razones de su vuelta al seno del gobierno: "... los acontecimientos que en el corto espacio de diez días se desarrollaron en el suelo dominicano, y las circunstancias de haber descubierto en el extranjero una intriga tendiente a relajar el principio de nuestra nacionalidad, me movieron a abandonar aquellas playas y unirme nuevamente a mis demás colegas, a fin de salvar a todo trance el orden perturbado y la patria amenazada". (13)



El 22 de agosto de 1866 el General José María Cabral asume la Presidencia de la República.

No queriendo aceptar ningún cargo público, Luperón instala una casa de comercio en Puerto Plata.

(11) Rodríguez Objío — op. cit. — T. I — pág. 345.

(12) Rodríguez Objío — op. cit. — T. I — pág. 344.

(13) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — pág. 28.

La elección de Cabral significaba, en principio, el triunfo del Partido Nacional. Pese a los constantes esfuerzos del baecismo para fomentar la revuelta, el apoyo dado a Cabral por parte de los prohombres de la Restauración, sobre todo por Luperón, contribuyó a la estabilización del gobierno.

Desde el extranjero Báez no cesaba en su empeño de comprometer la soberanía a fin de alcanzar el poder.

Desgraciadamente, Cabral, con propósito ambicioso y buscando neutralizar a Báez, empleaba procedimientos similares a los de éste. Luperón le escribía desde Puerto Plata, diciéndole entre otras cosas: "Hoy se acusa a su Gobierno de proyectos antinacionales, y se asegura, que pretende negociar la Bahía de Samaná con el gobierno americano. Ilústreme sobre este particular, porque en semejante caso, no estoy dispuesto a sostener su administración, antes bien, sería el primero en combatirla". (14)

La revolución baecista, apoyada por el dictador y antipatriota haitiano Salnave, irrumpió apoderándose de Montecristi.

Luperón no podía vacilar. El equilibrio de la soberanía nacional estaba quebrantado. Quienes antes de 1844 habían tratado mil veces de venderla al extranjero, amenazaban otra vez con ponerla en pública almoneda. El caudillo restaurador alzó la voz y desnudó la brillante espada: "Dominicanos: la historia de Báez os es bastante conocida para que yo trate de bosquejarosla. El siempre ha sido enemigo de la patria, y hoy, para colmo de su infamia, trata de vendernos por dos millones a los Estados Unidos de América... ¿Qué le importa a él nuestra independencia cuando no sabe lo que cuesta?". (15)

Cabral no apoyó de inmediato los pronunciamientos nacionalistas de Luperón. Subyacentes, las maniobras de Báez continuaban royendo el gobierno. Luperón expresó a Cabral que con la ayuda inmediata de los líderes nacionalistas, podía darle el frente a Báez y vencerlo. El Presidente vaciló otra vez.

Comprendiendo las dobleces de Cabral, partió de nuevo hacia las Islas Turcas. Desde allí le escribió con ánimo conturba-

---

(14) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — pág. 67.

(15) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — pág. 89.

do, aunque lleno de iracundo patriotismo: "Después, para mi mayor sorpresa, supe por vía de San Tomas, que Ud. negociaba con el yanquee parte de nuestro territorio, y este hecho me ña parecido el más horrible de su carrera pública". (16) Acusación terrible, pero cierta. La historia confirma, más de una vez, las razones del líder restaurador para quejarse, tan amargamente, frente a un hombre que ayer nacionalista, hoy caía en un inaudito oportunismo.



En enero de 1868 Cabral capitulaba en las manos del General Hungría, quien asumió la presidencia provisionalmente. El mes de mayo Buenaventura Báez, "Gran Ciudadano", prestaba juramento como Presidente.

Un largo período de reiterados atentados a la soberanía y a la nacionalidad se abría con este nuevo Gobierno de Báez. La política gubernamental estaría dirigida, paulatina y sistemáticamente, a mermar la integridad nacional.

"Aún antes de prestar juramento, Báez manifestó su deseo de negociar inmediatamente para el arrendamiento del territorio de Samaná..." (17) Sin detenerse en esas negociaciones, propuso luego la venta de Samaná por un millón de dólares en oro, más cien mil en armamentos, y dejaría para más tarde, no mucho tiempo después, la oferta de anexión del país a los Estados Unidos.



Las ambiciones de Báez encontrarían un gran incentivo en las declaraciones francamente imperialistas del Presidente Johnson, hechas en un mensaje extraordinario dirigido al Congreso a fines del año 1868. El jefe del Ejecutivo norteamericano trazaba en este documento las líneas generales de una política in-

(16) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — pág. 102.

(17) Sumner Welles — La Viña de Naboth — Santiago, 1939 — T. I — págs. 327-28.

ternacional expansionista, ya conocida, pero raramente puesta en claro con tanta falta de pudor. Al tiempo que declaraba la incapacidad de la República Dominicana y de Haití para edificarse sobre bases institucionales republicanas, traía a colación, a título de argumento efectista, la Doctrina de Monroe: "Si bien los Estados Unidos han profesado siempre una falta de inclinación a permitir que cualquiera porción de este Continente o de sus islas adyacentes se conviertan en teatro de un nuevo intento para el establecimiento de los poderes monárquicos, hemos hecho muy poco por añadir las comunidades que nos rodean a propio país..." Continuaba Johnson más adelante: "Esta cuestión es sometida a vuestra consideración con fervor, porque estoy convencido de que ha llegado el momento en que un procedimiento directo, como lo es la proposición de la anexión de las dos Repúblicas de la isla de Santo Domingo, no sólo tendría el consentimiento del pueblo interesado, sino que también será motivo de satisfacción para todas las demás naciones extranjeras". (18)

El gran cinismo de Johnson encontró eco favorable en el Gobierno de Báez. Sin tardanza el Presidente dominicano y su Gabinete escribieron una carta insólita al mandatario norteamericano expresándole en uno de sus párrafos: "Vuestra idea es preferible a cualquier otra política, en lo que se relaciona con nuestro país, puesto que es altamente honorable y muy aceptable a todo nuestro pueblo, cuyas esperanzas y deseos son de colocarse bajo la protección de esa poderosa República hermana".

En el año 1869 el Gobierno norteamericano, presidido por el General Grant, dará calor a la idea y pondrá en marcha todo el engranaje imperialista para tratar de anexar la República Dominicana. (19)



Por encima de todas las divisiones que entre los diferentes líderes se manifestaban en el exilio, Luperón aparecía como el

---

(18) Welles — op. cit. — T. I — págs. 327-28.

(19) Welles — op. cit. — T. I — pág. 329.

símbolo de las fuerzas patrióticas. Contra Báez no había mejor bandera que la del nacionalismo. Junto a ella todo el pueblo dominicano se aglomeraba en fervido abrazo. Y para defenderla sin demora ni cálculo, un nombre atravezaba el ámbito nacional: Luperón.

En toda la República y en el extranjero, el caudillo era aclamado como el máximo defensor de los valores nacionales.

El 29 de abril, desde San Tomas, escribía el General Pimentel: "Yo también tengo recibidas varias cartas de los amigos que están en el país, por las cuales me llaman a organizar y encabezar un movimiento contra el Mariscal: parece que ellos lo creen posible y fácil. Con tal motivo he venido a esta plaza para unificar a todos los dominicanos amantes de su patria, y verdaderos enemigos del Gobierno antinacional de Báez, a fin de que apersonados y sin espíritu de extranjerismo, echemos las bases de una revolución vigorosa y nacional". (20)

Pimentel ambicionaba la dirección del movimiento contra Báez, pero ante la amplitud de la solidaridad popular con Luperón le escribe reconociéndole la calidad y el mérito para ejercer la jefatura del movimiento: "Cualquier otro hombre que así se hubiese interpuesto en mi camino me habría condenado a la indiferencia, o a continuar mi marcha sin reparar en él; pero Ud. mi querido compañero, significa para mí la idea nacional..." (21)

Y era que Luperón, oponiéndose a los interesados propósitos con que algunos defendían la causa nacional, se entregaba a ella, en cuerpo y alma, con un despego hacia lo material difícilmente igualado en la historia dominicana.

Los meses subsiguientes serían de gran tráfigo en los preparativos de la revolución. Luperón, General de División y Jefe del Poder Ejecutivo de la Revolución Dominicana, viajaría constantemente por todas las pequeñas islas antillanas y Haití, en un afanoso empeño de atar cabos, de apretar voluntades y exaltar el espíritu patriótico en pro de la faena nacionalista.

---

(20) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — pág. 128.

(21) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — pág. 133.

El Arzobispo Meriño, a la sazón en Barcelona, escribe a Luperón lleno de júbilo por la decisión del caudillo de aceptar la dirección de la revolución. “¡Muy bien! amigo mío, yo le felicito de corazón! Ud. no desenvainará inútilmente su espada siempre vencedora, y su nombre que otras veces ha hecho estremecer los eternos enemigos de la patria, bastará ahora para confundirles”.

En la misma carta, Meriño señalaba que tenía plena confianza en él para la creación de un gobierno “patriótico, nacional, liberal y enérgico”, cuyos líderes fueran dedicados y “fieles servidores de la Ley”. (22)

Luperón respondió a Meriño con prístinos conceptos: “Para nuestro país, antes que todo, deseo la paz, y yo quiero que ella se establezca basada en instituciones liberales, que sean practicable entre nosotros”.

Esta creencia, sobre lo que debía ser la República Dominicana, sus instituciones, era algo enraizado de manera reflexiva en el espíritu del gran patriota. Jamás, y así lo mostraría al correr de los años, tuvo la debilidad de improvisar sobre las conveniencias de su patria. Sus largos viajes por el extranjero, sus conocimientos, los virtió en función de las necesidades dominicanas, los orientó al través de las características de su pueblo. En él no hubo, nunca, bastardo y acomplejado intento de extranjerizar las instituciones nacionales. A título de conclusión, expresaba al prelado su gran ambición: “. . . radicar en nuestra patria el verdadero sentimiento de nacionalidad”. (23)

Ese era su empeño más alto: troquelar el sendero de la nacionalidad, hacer que en él germinaran los sacrificios que el pueblo había pagado en las cruentas luchas por el logro de su independencia.



Acelerando su desbocada carrera hacia la intervención norteamericana y desirviendo constantemente el sentimiento nacionalista del pueblo dominicano, Báez atizaba todas las discordias e imponía su dictadura.

---

(22) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — pág. 151.

(23) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — pág. 160.

Luperón protestaba ante el mundo por el compromiso con que se quería ligar la nación en perjuicio de su soberanía. Luego de poner al descubierto las diligencias de Báez y de los agentes norteamericanos, proclamaba: "Nuestras instituciones están muy claras, muy terminantes. Ellas prohíben, en cualquier forma, la enajenación de todo o parte del territorio de la República. Esto quiere decir, que constitucionalmente, la enajenación de Samaná es irrealizable; y lo es aún más cuando la mayoría del pueblo dominicano no presta ni prestará jamás su conformidad a semejante sacrificio, porque la venta de Samaná a una potencia extranjera, será un peligro para la independencia de la República Dominicana". Y en las conclusiones de este histórico documento, decía con encendimiento: "Protesto de la manera más solemne contra toda negociación que tenga por objeto la venta de Samaná a cualquier potencia extranjera, sea en la forma que fuera, por creerla inconveniente a los intereses y a la seguridad del país y contraria a la Constitución del Estado". (24)

Desde Kingston se dirige a bordo del vapor Carabela, hacia San Tomas. A su paso por Santiago de Cuba vinieron a verle algunos exilados dominicanos que allí se encontraban. Al invitarlo a bajar a tierra, contestó diciendo que no amaba pisar en suelo esclavizado.

Ya por estos años los contactos de Luperón con los revolucionarios cubanos y puertorriqueños eran íntimos y sostenidos. Su fervor por la causa independentista de los dos pueblos hermanos constituirá una de sus más caras preocupaciones. A su fe nacionalista era consubstancial el ideal antillano. La altura humana alcanzada por Luperón no podía ser indiferente al doloroso drama que en Puerto Rico y Cuba se desarrollaba.

El 23 de septiembre de 1868 Puerto Rico se irguió armado tras el Grito de Lares. Al través del Dr. Ramón Emeterio Betances, Luperón dió calor a la gloriosa hazaña.

El fracaso de Lares no desanimó al patriota, ni aminoró su pasión por la independencia de aquella isla hermana. Más tar-

---

(24) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — págs. 166-67.

de, junto a Hostos, encontrará los mejores argumentos para alentar el ideal de Confederación de las Antillas. (25)



El Gobierno de Báez, no pudiendo enajenar la República, atentaba a su soberanía mediante empréstitos costosos. Mientras esto ocurría, las distintas fuerzas políticas revolucionarias experimentaban profundas divisiones, colisiones de intereses de grupos y hasta de personas.

Atento sólo al bienestar de su patria y frente a la inminencia del peligro a que estaba expuesta la soberanía dominicana por las últimas actuaciones del gobierno baecista, Luperón escribe una carta al Secretario de Estado de Asuntos Exteriores norteamericano, en la que le envía adjunta una copia de la proclama hecha en Kingston. En uno de sus párrafos dice al Secretario de Estado Seward: "Como esa protesta la comuniqué también a los diferentes gobiernos de América y Europa, y la generalidad de esos gobiernos oportunamente me han acusado el correspondiente recibo, mientras V. E., acaso por sus numerosas atenciones, no lo ha hecho todavía; y como al mismo tiempo hay fundados motivos para creer que el General Báez no ha desistido en sus miras de enajenar aquel territorio, sin embargo de prohibírsele terminantemente el espíritu y la letra de la Constitución; asegurándose hoy que una asociación fundada en New York, u otro punto de los Estados Unidos, está en negocios con el mencionado Señor Báez, circunstancia que trae en completa alarma a la República Dominicana, que no quiere, ni tiene voluntad de desprenderse de ninguna porción de su territorio, aunque sí siente las mejores inclinaciones a conservar con las naciones amigas, y especialmente con los Estados Unidos, sus más íntimas relaciones de amistad y de comercio..." (26)

Entre tanto, Luperón se lanzaba de lleno en la revolución contra Báez, en el barco El Telégrafo, perteneciente a la causa

---

(25) E. Rodríguez Demorizi — Luperón y Hostos — Santo Domingo, 1939 — págs. 14 y 15.

(26) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — pág. 211.

revolucionaria. A su llegada a Haití, a San Marcos, donde podía fácilmente establecer contacto con los patriotas del Sur, redacta una proclama A LOS DOMINICANOS, en la cual señala las actividades baecistas contra la soberanía dominicana, "ayer queriendo volver a españolizar el país, y hoy tratando de americanizarlo con la venta de Samaná, como lo confirman los documentos oficiales, los discursos producidos en el Congreso de los Estados Unidos..." (27)

Después de establecer los contactos con las fuerzas revolucionarias y encontrar solución a mil delicados problemas, zarpa de San Marcos el 29 de mayo en dirección a Puerto Plata. Bombardea El Castillo y pone proa hacia Samaná, donde desembarca y toma la ciudad. Desde el cuartel de Santa Bárbara de Samaná dirige una alocución a sus conciudadanos señalándoles que "el hecho Restaurador que se produjo ayer en vuestro recinto, es un hecho nacional..."

En Samaná inició de inmediato la estructuración de los organismos del Estado revolucionario, al través de una Junta de Gobierno, en la que él asumía la Presidencia. Y para dotar a este gobierno de proyecciones y de normas públicas, puso en vigencia el Manifiesto hecho el 17 de abril de 1869 a bordo del vapor El Telégrafo y firmado por la mayoría de los líderes del movimiento, en el cual se asentaba: "... la Nación procederá a reconstruir su modo de ser político, por los medios de costumbre, llevando por lema la unión de todas las comuniones políticas que tengan cabida bajo el girón de su bandera nacional, pues que, en lo adelante, todos los dominicanos, sin excepción, tendrán el imprescriptible derecho de sentarse a su albedrío en el regazo de la patria, para cuyo logro se abolirá para siempre la pena de expulsión". (28)

En Luperón no había odios. Demasiado grande y generosa era la causa que defendía para permitir que en ella encontraran caldo de cultivo los rencores personales. Los principios de libertad, de soberanía, de independencia poblaban sus ideales democráticos. Sólo los que trataran de mancillar la patria eran sus enemigos, porque lo eran del pueblo, de la nacionalidad.

---

(27) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — pág. 241.

(28) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — pág. 269.

A la indiferencia con que eran escuchadas sus continuadas protestas dirigidas al Gobierno de Báez y al Gobierno norteamericano, respondió tomando a Samaná por las armas en gesto simbólico de su decisión de defender la soberanía, de su afán de oponerse, con su persona de por medio, a los intentos de vender esta porción del territorio de la República. Interponía su pecho entre el pueblo dominicano y sus tiranos. ¡Vigorosa e inexpugnable armadura para resguardar la integridad nacional!

Luperón parte de Samaná a la Saona y de allí, pasando por Baní y Azua, llega a Barahona. La expedición de El Telégrafo no dió los beneficios deseados, pero creó un serio impacto en la conciencia dominicana.

El vapor fué declarado fuera de ley cuando el régimen de Báez lo calificara de pirata. El gobierno norteamericano dió todo su apoyo para destruir El Telégrafo, enviando barcos a perseguirlo por todo el mar Caribe. Poco tiempo después la embarcación era secuestrada por los ingleses. Luperón hizo una larga exposición a la Reina Victoria, demostrándole la falsedad de la acusación de pirata y su profundo respeto a las leyes internacionales.



Terminado el año de 1869, escribe una carta al Presidente norteamericano Grant, en la que con juicio clarividente protesta por las actitudes imperialistas e intervencionistas del Gobierno norteamericano. En uno de sus párrafos más relevantes, decía el gran estadista dominicano al General Grant: "Si apeláramos ambos a un juicio imparcial de las naciones cultas, y preguntáramos cuál es el verdadero pirata: entre el General Luperón, que montaba el vapor "Telégrafo" y procuraba salvar la integridad territorial del suelo que le vió nacer, o el Presidente Grant que envía sus vapores a ampararse de Samaná, sin previa autorización del Congreso Americano la solución sería a mi ver difícil. Señor Presidente: S. E. ha abusado de la fuerza para proteger la más baja corrupción. Y si es cierto que es humillante para el pueblo dominicano tener mandatarios tan traidores, no es menos indecoroso para el gran pueblo americano el que su Gobierno consienta en tan ruines achicamientos. Para ambas naciones el hecho es afrentoso".

Preciso es señalar, que el nacionalismo de Luperón, con todo lo intransigente que era, no tuvo nunca recurso al vilipendio contra los pueblos cuyos gobiernos trataban de anexar el país. Frente al pueblo norteamericano jamás tuvo un desliz. El razonado y profundo análisis que hacía de todas las circunstancias que rodeaban una situación política, nacional e internacional, lo llevaba a comprender el sitio preciso en que se colocaban las responsabilidades. Frente a los gobiernos norteamericanos imperialistas, era firme y tajante. Frente al pueblo norteamericano demostró comprender su gran sensibilidad democrática. Inspirada su lucha en los afanes populares, conocía el espontáneo amor de los pueblos por las causas justas. Ya en carta a José Joaquín Delmonte, Luperón expresaba: "La Gran Nación Americana es bastante sabia y prudente para seguir a sabiendas una falsa política en nuestra tierra..." Cuando así hablaba las negociaciones por Samaná no alcanzaban aún la gravedad presente. Pensaba, que la fuerza de la opinión pública nacional de los Estados Unidos se opondría de lleno a la anexión, tal vez sin querer creer que las dobleces de la política de aquel país la mantendrían al margen, ignorante de los inescrupulosos desig-nios de sus gobernantes.

En la carta dirigida a Grant, prevenía al gobierno norteamericano del error que podía cometer anexando una porción o la totalidad del territorio dominicano: "En esta tarea degradante, decía el líder nacionalista, los traidores pierden el tiempo, el trabajo y el honor; más tarde o más temprano los hechos se restablecen. Las estafas de este género no tienen porvenir, no se borra una Nación por pequeña que sea, como una huella estampada sobre arenas. El Gobierno Americano notificó a los franceses el año 66, que su permanencia en Méjico era una amenaza para la América; el pueblo dominicano pensaba lo mismo, y nuestro Congreso discernió al invicto Juárez el título de "Benemérito de América". Ahora bien, no serán una amenaza para la América las usurpaciones de vuestro Gobierno?" Y luego continuaba más adelante: "La repetida doctrina de Monroe tiene sus vicios y sus delirios, nosotros creemos que la América debe pertenecer a sí misma, alejada de toda influencia Europea, vivir como el mundo viejo, de su vino propio, local e independiente; pero no pensamos que la América deba ser yanquee. De

un hecho al otro hay una gran distancia que no se puede salvar. Nosotros conocemos la respuesta que dió Washington a los ingleses cuando éstos le pedían un puerto en el litoral Norte, para establecimiento de una escala: "Cada pulgada del territorio americano cuesta al pueblo una gota de sangre". La República Dominicana es un pedazo de tierra bien pequeño, que ha abortado grandes calamidades para las naciones que han pretendido usurparlo". (29)

El análisis de Luperón a la Doctrina de Monroe no podía ser más contundente. Situaba la política norteamericana dentro del ámbito internacional del siglo XIX, época de grandes cambios en la balanza de las fuerzas mundiales.

Los Estados Unidos, con su famosa Doctrina de Monroe, se apoyaron en la excusa de querer preservar toda América de la ambición colonialista europea. Aunque la doctrina hizo un pretendido planteamiento moral, apenas encubría las verdaderas intenciones del imperialismo norteamericano. La lucha entre las grandes potencias de la época no tuvo razón de ser filosófica ni de principios. Era, simplemente, un afrontamiento de grandes intereses económicos, pugnando por agrandar sus zonas de dominio.

De todas esas potencias, Norteamérica sería la más poderosa a partir del último cuarto del siglo XIX. La vecindad de Latinoamérica con aquella nación la situaba al alcance de los zarpazos de su imperialismo.



Grant no hizo ningún caso a los argumentos de Luperón y continuó impertérrito alimentando las miras antinacionales de los baecistas. La actitud desdeñosa del Presidente norteamericano lo decidió a dirigir una exposición al Congreso de los Estados Unidos de América, protestando por las negociaciones que contra la soberanía dominicana se estaban llevando a cabo. En

---

(29) Academia Dominicana de la Historia — Informe de la Comisión de Investigación de los E.U.A. en Santo Domingo en 1871 — Prefacio y notas de E. Rodríguez Demorizi — Santo Domingo, 1960 — págs. 18-19.

efecto, el 29 de noviembre de 1869, fueron firmados el Tratado de Anexión de Santo Domingo a los Estados Unidos y la Convención negociando el arrendamiento de la Bahía y la Península de Samaná. Considerando el Presidente Grant que, si no el Tratado, por lo menos la Convención sería ratificada por el Senado de los Estados Unidos, decidió enviar un buque de guerra y tomar posesión en nombre de su país, de aquella porción del territorio dominicano.

Haciendo un llamado a la cordura y al sentimiento democrático de los representantes de la Nación norteamericana, Luperón protestó en términos precisos y con razonamientos concienzudos, dando prueba de un fino conocimiento del Derecho Público Interno como Internacional: "La República Dominicana, es abiertamente hostil a la idea de abismarse en una extraña nacionalidad. . ." Y agregaba: "El Gobierno Dominicano carece de poder legal, para resolver, como lo ha hecho, la cesión de Samaná por ahora, y la de todo el país más adelante, pues esos actos sólo son atributivos a la nación en masa, única que puede decidir la incorporación de una parte o el todo de ella, sin que dicha potestad pueda ser transmitida a cuerpo ninguno del Estado". Y remataba sus argumentaciones jurídicas con la siguiente frase: "En casos de legal arrendamiento territorial de una nación a otra, la soberanía y la jurisdicción quedan incólumes y no declinan en favor del arrendador, como en el caso presente. La ocupación pues de Samaná, constituye un acto de violencia consumado por la fuerza que hiere la soberanía del pueblo dominicano y que la Gran Nación que V. V. S. S. representan debe rechazar como contrario a su civilización, al respeto debido al derecho y autonomía de los pueblos". (30)

Pero la codicia de las clases gobernantes dominicana y norteamericana, no prestaba oídos a juicios de derecho o a sentimientos humanos.



En el mes de febrero de 1870 Luperón se encontraba de nuevo en Cabo Haitiano. El Almirante norteamericano del bu-

---

(30) Rodríguez Objío — op. cit. — T. II — págs. 321-22.

que Severn, quien había llegado allí el mismo mes, fué a la goleta Concepción, embarcación que condujo a Luperón a ese puerto, con intenciones de hacerlo prisionero. Al enterarse de ello, el soldado nacionalista hizo una protesta formal ante el Cónsul norteamericano. De haberse consumado la trama, difícil sería saber la suerte que le hubiese cabido.

A partir de aquí la faena de Luperón sería más ardua. De Haití pasó a Capotillo a fin de fomentar la revuelta.

De regreso a territorio haitiano, el Presidente Grant, al través del Cónsul norteamericano Abraham Crowwel, trató de sobornarlo, ofreciéndole quinientos mil dólares "para que pagara todos los gastos que había hecho en la revolución y que además le daría el nombramiento de Gobernador General de la Isla de Santo Domingo, con un sueldo de cincuenta mil pesos oro americanos anual, a cambio de su adhesión a la anexión de la República Dominicana a los Estados Unidos". Frente a tal infamia, Luperón dió el encargo a Crowwel, "de decir al Presidente Grant, que las opiniones sinceras y honradas y de verdadero patriotismo ni se vendían ni se compraban. Que él, como patriota dominicano, cumplía con su deber y lucharía hasta morir en defensa de los derechos y de la independencia de su patria". (31)

La entrevista tuvo lugar en presencia de Meriño, quien apoyó sin reservas la patriótica actitud. Había que tener poco tacto y muy roída el alma para proponerle a él, a Luperón, cometer semejante deslealtad.



Grant utilizaba todos los argumentos y todos los medios a su alcance para convencer a los representantes del pueblo norteamericano de la necesidad de anexar la República Dominicana a los Estados Unidos.

Ante el fracaso de las negociaciones en el Congreso, gracias en gran parte a la oposición que hiciera el Senador Charles Sumner, Presidente del Comité de Relaciones Exteriores del

---

(31) Gregorio Luperón — op. cit. — T. II — págs. 169-70.

Senado, se dió autorización a Grant para que enviara una Comisión a la República Dominicana, compuesta de tres personas, con el encargo de investigar sobre el terreno mismo todo lo concerniente a la proyectada anexión.

En los días vecinos a la llegada de la Comisión circuló en todo el territorio de la República una hoja suelta, firmada por Luperón, en la que el gran soldado llamaba al pueblo a oponerse con las armas a las negociaciones anexionistas: "Aquí estoy yo", expresaba Luperón en la patriótica página, "no como mandatario, sino como soldado del pueblo, dispuesto a apoyar su voluntad con toda clase de recursos; y a consagrarle mi vida con la misma fe que en los días de nuestra Restauración". Terminaba el documento con la vibrante frase: "¡Amigos y Compatriotas! ¡A las armas! La lucha sólo os puede preservar de la ignominia, sea nuestra única divisa. ¡Dios, Patria, Libertad, Independencia o la muerte!" (32)

Felizmente, el informe presentado por la Comisión tampoco prosperó en los Estados Unidos. No era desconocida a los representantes norteamericanos la perenne actitud nacionalista y anti-anexionista del pueblo dominicano.

A pesar de la desazón que todos estos fracasos producían a Báez, no lograban, sin embargo, apartarlo de la idea de menoscabar la soberanía dominicana. El 28 de diciembre de 1872, llegó a un acuerdo con una asociación de financieros norteamericanos para arrendar la Bahía y Península de Samaná.



Durante todo el año 1872 Luperón no descansó en su lucha contra Báez, contra la anexión, conciliando las distintas tendencias existentes dentro del movimiento revolucionario mismo.

En el mes de mayo de 1873, desde Dajabón, donde estableció su cuartel general, se levantó en armas, viendo que en el pueblo dominicano habían madurado todas las condiciones para lanzarse a la lucha definitiva.

Desde allí dirige una proclama al pueblo pidiéndole hacer la guerra a Báez, "para que, en fin, alcancemos a ser verdadera-

---

(32) Academia Dominicana de la Historia — op. cit. — pág. 31.

mente libres, lo mismo en la conciencia que en nuestras propiedades. Sí, dominicanos, queremos vivir libres e independientes en esta tierra conquistada palmo a palmo por el esfuerzo de todos y de la que no dejaremos arrebatarnos ni una pulgada". (33)

El bizarro soldado comenzó a combatir a Báez con denodado valor y firme esfuerzo. Poco a poco el movimiento fué ampliando su frente, encontrando eco en todos los rincones dominicanos.

Ahora bien, el triunfo inminente de la revolución nacionalista, hizo tomar conciencia a las fuerzas reaccionarias del baecismo, quienes iniciaron un movimiento tendiente a perpetuarse en el poder, sacrificando a Báez. El General Ignacio María González, Gobernador de Puerto Plata, dirigió el movimiento y constituyó en aquella ciudad un Gobierno Provisorio.

Las características negativas del Gobierno de González eran evidentes, pero lo fueron más aún, cuando, mediante un Decreto, excluyó de la revolución a los Generales Luperón, Pimentel y Cabral. Queriendo asegurar su poder, González pensó que no le era conveniente en esos momentos la presencia en la República del soldado restaurador. Dado el ambiente revolucionario del país, tomó aquella medida para evitar que el liberalismo y la honestidad de Luperón pusieran demasiado al descubierto su oportunismo y su incapacidad.

Báez presentó renuncia en fecha 2 de enero de 1874 y en abril González asumió la Presidencia definitiva, luego de haber pasado algunos meses a la cabeza del Gobierno Provisorio.

Elegido Presidente y habiendo articulado el poder en su beneficio, emitió un Decreto permitiendo a los generales proscritos volver a su patria.

De regreso a Puerto Plata, Luperón reinició sus actividades comerciales, sin ambición política alguna.

Desgraciadamente, González no podía soportar la fama y la pureza del caudillo nacionalista. Más que por simple odio personal, la actitud agresiva que el Presidente le mostraba cada día con mayor encono, estaba condicionada en sus razones pro-

---

(33) Gregorio Luperón — op. cit. — T. II — pág. 191.

fundas por el lugar destacado en que la opinión pública colocaba a Luperón.

González regía la nación en contradicción con las aspiraciones del pueblo.

En toda la República, y sobre todo en Santiago, un aire de esperanzas democráticas levantaba el entusiasmo en pro de un movimiento con proyecciones revolucionarias. Para colmar ese espíritu el pueblo mantenía el mismo símbolo: Luperón.

González quiso entonces eliminar al patriota y planeó su muerte. Del episodio que ilustra la trama y el atentado, salieron engrandecidos la serenidad, el coraje y el amor a la patria que caracterizaban ya al héroe restaurador.

El atentado contra Luperón conmovió la nación. Desde Santiago, M. Grullón, Ulises Francisco Espaillat y Maximiliano Grullón, encabezando una carta al Gobernador de Puerto Plata y firmada por lo más avanzado de aquella ciudad, recriminaron el acto y expresaron enérgicamente los vicios del Gobierno de González.

Intimamente tocado por el gesto solidario del pueblo santiagués, Luperón contestó, en carta redactada por Hostos, con términos profundos y austeros. El positivismo hostosiano, con toda su feliz influencia en nuestro medio, volcó en aquel documento lo mejor de su filosofía: "Voz de los buenos, voz del pueblo..." comenzaba diciendo. Y continuaba con conceptuosos pensamientos: "Mas si no quieren, si se obstinan en no devolver al pueblo la soberanía que consintió en delegar, digámonos y repitámonos, digamos y repitamos que no es para gozar de las corruptoras delicias del poder, sino para reformar las condiciones esenciales y las jurídicas de la vida dominicana, para lo que reivindicamos la soberanía delegada". Y en uno de sus últimos párrafos, consagraba lo que en Luperón fué un espontáneo juramento y dulce obligación: "... afirmar ante Dios, ante América, y ante nuestra propia conciencia, que nunca cometeremos la insensatez, que hoy es infamia, de ser dominicanos y no ser antillanos, de conocer nuestro porvenir y divorciarlo del porvenir de las Antillas, de ser hijos de la nueva idea y de abandonarla en Cuba y Puerto Rico". (34)

---

(34) Gregorio Luperón — op. cit. — T. II — págs. 245-50.

En Puerto Plata, junto a Hostos y al través de "La Liga de la Paz", insuflaba a toda una nueva generación el espíritu patriótico y el amor a la nacionalidad. A la nacionalidad dominicana, propia, pero también a aquellas de los pueblos que como Cuba y Puerto Rico buscaban florecer por los caminos de la libertad.

Desde su llegada a la República Dominicana, donde desembarcó en 1865, Hostos trabó íntima amistad con Luperón.

Contaba el Maestro, años después, su primer encuentro en Puerto Plata: "Confieso que no dejó de parecerme extraordinario el encontrarme detrás del mostrador de una mercería al hombre que en la guerra nacional y en la civil había deslumbrado tantas fantasías". (35)

En lo adelante, estos dos campeones de la libertad lucharían unidos bajo el mismo sueño de confederar las Antillas.



El Gobierno de González no podía mantenerse largo tiempo ante el empuje de todo un pueblo ansioso de un Gobierno democrático.

El movimiento revolucionario se inició en Puerto Plata encabezado por Luperón. En Santiago, donde la revolución tenía su más encendido espíritu, los líderes proclamaron la libertad. El impulso renovador se volcó por todo el país como un mensaje bienhechor.

En documento público Luperón lanzó y apoyó la candidatura de Ulises Francisco Espaillat. La idea fué de inmediato acogida favorablemente por todos los grupos, ya que Espaillat gozaba del mayor prestigio y respeto en toda la República.

Electo Presidente de la República, pidió a Luperón que aceptara el cargo de Ministro de Guerra y Marina, a lo que éste accedió.

El Gobierno inició de inmediato una serie de medidas benéficas para el país. Sus componentes, en todos los pueblos y ciudades, representaban lo mejor y más honesto. Por desgracia,

---

(35) Rodríguez Demorizi — Luperón y Hostos — pág. 18.

la sorda conspiración de los elementos antinacionales no cesaba. El baecismo, amparado en la tolerancia de las autoridades, se daba de lleno a la labor de minar las bases democráticas del nuevo régimen.

Apenas siete meses tenía el Gobierno cuando González, apoyado por la reacción baecista, promovió una revolución y derrocó a Espaillat, obligándole a buscar asilo en el consulado inglés. Luperón, después de hacer esfuerzos desesperados por contrarrestar la revuelta antipatriótica, partió de nuevo al exilio, a San Tomas.

Las banderías políticas iniciaron una lucha estéril, que culminó con el triunfo de los baecistas, quienes llamaron al "Gran Ciudadano" a ocupar la Presidencia. El 27 de diciembre de 1876, Báez se instaló en el poder como Dictador.

Mientras prometía al pueblo un gobierno democrático, lo traicionaba expresando al agente norteamericano su deseo de anexionar el país, cosa que éste último comunicó al Secretario de Estado en un informe secreto y confidencial de la siguiente manera: "En una conversación privada con el General Báez, éste me dijo que la única salvación del país está en la anexión, y todavía tiene esperanza de que ella pueda ser llevada a cabo". (36)



Báez fué derrocado, asumiendo el poder el General Ignacio María González, quien, gobernando sin ningún sentimiento democrático, hizo comprender al pueblo la necesidad de un nuevo orden de cosas.

Desde Puerto Plata, Luperón inició el movimiento revolucionario. En agosto 3 de 1878, un amplio manifiesto fundamentaba lo justo de su causa: "Sí, la revolución a que nos lanzamos es el resultado de una lógica, de un sentimiento, de una aspiración hacia un orden mejor de Gobierno y de sociedad, de una sed de desarrollo y de perfeccionamiento en las relaciones de los ciudadanos entre sí; semejantes revoluciones son una mani-

---

(36) Welles — op. cit. — T. I — pág. 406.

festación incontrastable de la juventud y una vida que prometen largos y gloriosos períodos de crecimiento a esta comprimida sociedad". (37)

El movimiento triunfó y el grupo de patriotas que lo encabezaba pidió a Luperón que aceptara ser postulado para la Presidencia de la República en el período constitucional que se iniciaba ese año. El gran nacionalista expuso en un documento las razones que le impedían, de nuevo, aceptar aquel ofrecimiento. En uno de sus párrafos decía: "Todos deben conocerme y saber que siempre me he consagrado a servir los grandes intereses de mi patria en días de inminente peligro. Pero mi espada restauradora que es lo único de alguna valía que puedo poner al servicio de esos intereses, no debe pesar en la balanza de los destinos públicos sino para garantizar la independencia nacional e integridad del territorio patrio; y, como soldado de la democracia, para custodiar y defender las garantías y los derechos de mis conciudadanos". (38)

El argumento resumía su vida. Ambición política personal no abrigaba ninguna. Mantener la independencia y la soberanía de su patria era su más cálido y exaltado anhelo.

Cesáreo Guillermo fué electo Presidente y pocos días después partió Luperón para Europa.

El Gobierno de Guillermo no tardó en ser totalmente antipopular.



Cuando Luperón regresó de Europa y desembarcó en Puerto Plata a fines de 1879, encontró que aquel Gobierno se había convertido en una dictadura, llenando las cárceles de patriotas y persiguiendo sin tregua a todo el que se opusiera a su férrea voluntad.

Las tropelías de Cesáreo Guillermo hicieron a todos los patriotas volver los ojos hacia el recién llegado.

Encabezados por Luperón y el Padre Meriño, Puerto Plata desconoció la autoridad del Presidente y se dió un Gobierno

---

(37) Gregorio Luperón — op. cit. — T. II — pág. 383.

(38) Gregorio Luperón — op. cit. — T. III — págs. 12-13.

Provisional. A Guillermo no le quedó más recurso que renunciar.

La crítica situación en que se encontraba el país obligó a Luperón, presionado por la voluntad de todo el pueblo, a mantenerse durante un año a la cabeza del ejecutivo provisional.

Su Gobierno devolvió la confianza a sus conciudadanos y creó, en todos los órdenes, las instituciones necesarias para el progreso del país. Ni cárceles ni persecución se alzaron contra nadie. Gozó el pueblo del sistema más democrático de su historia. En el orden internacional la República se encontró con un crédito abierto y sano.

La nacionalidad, la soberanía, la independencia, jamás habían disfrutado de mejores auspicios para afirmar las bases de la personalidad dominicana.

Al finalizar su mandato, no queriendo continuar en la Presidencia, avanzó la candidatura del Padre Meriño para llenar el período constitucional.



Meriño fué electo y Luperón inició un gran peregrinaje por Europa, donde, además de ser recibido por todos los jefes de Estado, conoció e intimó con lo más avanzado y lo más liberal del mundo de las artes y de la política europeas. Víctor Hugo, Gambetta, Garibaldi, tres hombres que resumían con su obra y su vida los ideales democráticos más puros, fueron sus amigos y compartieron con él sus nobles esperanzas.

En sus funciones de Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de la República ante diversos gobiernos europeos, aportó lo mejor de su ingenio para estrechar las relaciones internacionales entre su país y aquellos gobiernos.

Para la República Dominicana no podía haber mejor embajador que aquel denodado soldado y civilista, defensor de las causas justas y de los más encumbrados ideales.

Mientras estuvo en Europa no descuidó su vida como hombre de América, de las Antillas. Los exilados cubanos y puertorriqueños, encontraron en él la mano abierta y generosa tendida hacia ellos. Flor Crombet, el nacionalista cubano, tuvo en Luperón un hombre de su causa. El Dr. Betances, ilustre puertorri-

queño, vivió junto a él, en calidad de Secretario de la Legación Dominicana en París, y recibió de su espíritu el cálido aliento para la noble lucha por la independencia de Puerto Rico.



A fines de 1882 Luperón regresa a Puerto Plata.

Para el nuevo período electoral apoya la candidatura de Heureaux, quien no mostraba aún desmedidos impulsos ni ambiciones personales. Heureaux fué electo. El Partido Nacional, cuyo jefe era Luperón y ante el cual casi la totalidad de las fuerzas antagonistas habían hecho un paréntesis en sus luchas partidistas para sumar sus esfuerzos a las arduas tareas que imponía el equilibrio social de la patria, aglutinaba las grandes mayorías.

Al finalizar el período del General Heureaux, bajo la égida de ese partido, triunfa en los comicios la candidatura Gregorio Billini-Alejandro Wos y Gil.

En las postrimerías del año 1884 Luperón parte para Europa. A su regreso, cinco meses después, encuentra la situación del país bastante confusa.

Por renuncia de Billini, Alejandro Wos y Gil asume la Presidencia de la República y Luperón, a fin de consolidar la posición del Partido Nacional, acepta el cargo de Delegado del Gobierno en el Cibao.

Al acercarse los nuevos comicios, propone la candidatura Heureaux-Moya. Infortunadamente, la unidad existente en torno al Partido Nacional venía ya, por el resurgimiento de ciertos intereses, entrando en una etapa precaria. Moya rompe sus nexos políticos con Heureaux y forma candidatura aparte con Billini.

La votación popular favoreció a Heureaux como Presidente y a Imbert como Vicepresidente.

Las frustradas esperanzas de los perdedores no tardaron en desatarse con las armas en las manos. La República Dominicana recomenzaba un doloroso trance de luchas intestinas, aguijoneadas por las pasiones y los intereses contrarios a las conveniencias nacionales. La revolución iniciada por los fanáticos de Moya, sangrienta y agotadora para todo el país, favoreció a Heureaux.

Luperón apoyó la constitucionalidad del gobierno, pero comprendió muy pronto las incontrolables ansias de poder existentes en Heureaux. Poco tiempo después de haberse juramentado éste, partió para los Estados Unidos y Europa, habiendo antes renunciado al cargo de Delegado del Gobierno en el Cibao.

En Aix les Bains, en Francia, encontró momentáneo alivio a una enfermedad que no pararía de atormentarlo hasta su muerte. De regreso a la República Dominicana, constató que sus temores frente a Heureaux tenían fundamentos reales. Las prisiones estaban llenas de presos políticos. Las persecuciones contra los oponentes de Heureaux mantenían una situación de desasosiego en todo el país.

Luperón protestó de inmediato frente al sesgo que tomaba el Gobierno e hizo manifiesta su repulsa.

El recio combate que ahora libraría tendría la misma altura patriótica de sus múltiples luchas nacionalistas. Heureaux comprometía el porvenir dominicano contratando empréstitos extranjeros lesivos a la soberanía.

El compromiso contraído con la casa Westendorp, de Holanda, se manifestó, desde el inicio, como perjudicial a las finanzas públicas y peligroso para la integridad nacional. Luperón desaprobó de inmediato el empréstito y acusó públicamente al Gobierno de encaminarse por un sendero de entreguismo.

Las negociaciones para el arrendamiento de la Bahía y Península de Samaná, aunque llevadas a cabo con cierta cautela, trascendieron públicamente, alertando e hiriendo la conciencia nacional dominicana. El Presidente norteamericano Harrison, con el apoyo de su gabinete y de múltiples congresistas, sometía a Heureaux un contrato de arrendamiento totalmente lesivo a la soberanía nacional. El dictador tomó medidas drásticas contra la alarma popular que aquel oscuro compromiso había despertado, y, por encima de todo miramiento, orientó su política de acuerdo a los intereses del imperialismo norteamericano.

Contra todas esas infidelidades a la causa nacional, escribía entonces Luperón: "Endeudada fraudulentamente la nación; dilapidada la hacienda, se ha asociado el General Heureaux con los especuladores banqueros Westendorp y Mathieu, después de haber estafado a los accionistas de los funestos empréstitos de diez millones de pesos en Europa, para negociar con el gobierno

norteamericano la venta de la Bahía de Samaná. Como se ve, la insaciable codicia de oro, impulsa al tirano a la horrible traición de la patria, mientras se aprovecha de la falta de acuerdo en los partidos para dominarlos a todos. Está preparando siniestros planes para que la nación tolere dominaciones peores que la suya..." (39)

Impelido por las ansias de su pueblo, Luperón aceptó presentar su candidatura para los próximos comicios electorales. Y para ese efecto, se funda en Santo Domingo un Centro Propagador de la Candidatura de Luperón.

Heureaux estaba convertido en un verdadero tirano. Para poder subvenir a los enormes gastos con que había recargado la administración, en pago de prebendas, no temía comprometer la economía y la soberanía del país con empréstitos de más en más onerosos y leoninos para el tesoro público.



Luperón decidió lanzarse directamente a la lucha. Viniendo desde París, encabezó de inmediato la revolución y firmó en San Tomas el Manifiesto lanzado por un grupo de patriotas desde Dajabón en el que acusaban al Gobierno de Heureaux de múltiples atentados a los derechos humanos, y, sobre todo, a la soberanía nacional. Decía el Manifiesto a este último respecto: "... apurados todos los recursos pecuniarios de la República, aumentando el tipo de los impuestos, comprometidas en absoluto las rentas, agotados los millones que en sus manos pusieron los ruinosos empréstitos de 1888 y 1890, y en la necesidad de nuevos medios para consumir la ruina de la patria; el General Ulises Heureaux ha llevado la infamia hasta el extremo de vender en secreto a una compañía americana la Bahía de Samaná; lo que apareja, tras la vergüenza de la enajenación parcial del territorio dominicano, la absorción de la Patria de febrero y agosto por el poder americano, que, con todo su progreso, su libertad y su prestigio, esterilizará los sacrificios de nuestros padres en las sagradas aras de la independencia y de la dignidad nacionales". (40)

(39) Gregorio Luperón — op. cit. — T. III — pág. 306.

(40) Gregorio Luperón — op. cit. — T. III — pág. 312.

El entusiasmo popular provocado por el anuncio de la candidatura de Luperón, endureció la tiranía de Heureaux. Todo aquel que mostraba antipatía por su régimen, pagaba con la vida como precio de la osadía.



Los años subsiguientes los pasará Luperón en el exilio. Desde allí, no cesará un sólo instante de combatir la tiranía. A cada atentado de Heureaux contra la soberanía, constantemente amenazada al través de la codiciada Samaná, su voz se alzaré en defensa de la nacionalidad.

“Nada hay imposible para el heroico pueblo dominicano...”, decía esperanzado en las postrimerías de su vida. (41)

A finales de 1896, en San Tomas, enfermo de gravedad, acepta la invitación que le hace Heureaux para que vuelva a la patria. De lo recóndito de su alma envilecida, sacaba el tirano una actitud humana, tal vez la última que le quedara, para mostrarse agradecido y respetuoso ante el hombre puro.



Agotadora había sido la faena, muy largo el tránsito en lágrimas y heroísmos. El 20 de mayo de 1897, en Puerto Plata, su vieja ciudad amada, se le ausenta el aliento: alto definitivo de Gregorio Luperón, el más grande soldado de la causa nacionalista.

Del pueblo, inagotable venero del patriotismo, abrevó sin cesar para nutrir su lucha por la causa nacional. Porque quiso el pueblo ser libre, mas amó la libertad.

Y fué su genio el de entregarse en cuerpo y alma, ignorando fatigas, a realizar la obra redentora.

Por la historia, por el infinito acaecer, su vida se proyecta en el tenaz y cotidiano batallar de un pueblo que defiende su nacionalidad.

Perdurable consejo el de Hostos a un amigo dominicano: “Es necesario que ustedes cultiven en el pueblo y en sí mismos la memoria de Luperón”.

---

(41) Gregorio Luperón — op. cit. — T. III — pág. 330.

## LUPERON EN LA HISTORIA DOMINICANA

*Por Rufino Martínez (\*)*

No se desarrolla un acontecimiento social ligado a los altos destinos de una nación, sin producir una individualidad enteramente desenvuelta o en estado de desenvolvimiento que, más adelante, como final resultado del impulso generador, ha de alcanzar la total plenitud. Tales productos o concreciones, no son, ni pueden ser, un amasijo de elementos ajenos al medio y de valor particular, sino una suma de cuantas virtudes y deficiencias constituyen la trama compleja del carácter de la sociedad, emanada naturalmente de la concurrencia de factores de orden mesológicos, étnicos y educacionales. Hay por eso en quienes surgen con dicho natural privilegio de selección, una ciega tendencia a concebir con espíritu absolutista la marcha de la cosa pública, no significando esto la falsa generalización de que los espíritus absolutistas pertenecen a aquella clase de hombres.

La Independencia y la Restauración son los acontecimientos de mayor trascendencia en nuestra vida histórica. La Independencia, de haber sido un paso único sin necesidad de consiguientes luchas guerreras para estabilizar la nacionalidad recién fundada, habría dado de entre sus creadores, los Padres de la Patria los primeros, sabe Dios qué individualidad. Pero fue la fundación de la República nada más que el acto inicial de una serie de sucesos al través de los cuales debía producirse la clase de personaje a que estoy aludiendo, llamado comunmente el hombre de una época. El de aquella lo fue Pedro Santana. No era el mejor, pero sí el primero, el de más alta estatura entre quienes se movían en el escenario, acaso porque poseía el mayor grado de aptitud para dirigir la clase de actividad en la cual se vinculaba la existencia de la República.

---

(\*) Premiado en el Certamen Literario organizado por la Comisión Nacional del Centenario de la Restauración de la República.

Termina la Primera República, y con ella el que ha sido su hombre. Mientras él lo fue, otro no pudo suplantarle, aun cuando no faltó el propósito de hacerlo y hubo acción en tal sentido. Como no era un valor cualquiera, empujado circunstancialmente, sino una unidad de valor intrínseco, pasada por el crisol de la realidad y con más de ella que ningún otro, no era sustituible ventajosamente sino cuando terminara la trayectoria de su ciclo de acción social.

Sucede la Anexión a España, y por necesidad defensiva y conservadora del organismo social se engendra un nuevo acontecimiento de proporciones y consecuencias trascendentales: la guerra libertadora de la Restauración. Se produce otra individualidad: Gregorio Luperón. No salió de esa jornada de dos años cabalmente desarrollado, pero sí en estado de desenvolvimiento activo, estimulado por la dramática vida que se vivió terminada la lucha restauradora. Se va a cumplir el 16 de agosto del corriente año el siglo del inicio formal de esa revolución, donde recibió su primera moldeación e impulso el espíritu más extraordinario nacido en el suelo dominicano. Individualidad que ofrece el mayor grado de vigor puesto al servicio de un ideal entre todos los personajes nacionales. Antes de decir cómo era y en qué sentido supera a todos los demás, procede exponer lo que fue la Restauración, y cómo está bien al carácter social de ella haber aportado la primera individualidad dominicana, hija auténtica de nuestra prevaleciente actividad.

En estado informe el sentido de la nacionalidad, a pesar de los doce años de lucha heroica que afianzaron la soberanía nacional durante la Primera República, no hubo necesidad de amordazar al pueblo para conducirlo al renunciamiento voluntario de su libertad. Indudablemente, él mismo ignoraba todavía el valor de la libertad, y la concebía como un medio de vivir sin trabas, haciendo cada cual su gusto, mientras el gobierno, mirado a manera de amo, garantizara aquella rutinaria forma de vida. El grupo de hombres dominantes en la política era la confianza del pueblo, y cuantos pasos, acertados o errados diesen, se tenían por favorables a la salud pública. Fue en ese predicamento que encontró a la colectividad el hecho trascendente de la Anexión. La realizaron los hombres en cuyas actuaciones se tenía fe ciega, y por lo mismo no había que temer a nada ni

a nadie. El movimiento lo encabezaba Pedro Santana, que era como una carta a la cual se podía jugar el valor de la vida entera, seguro de ganar. Sin embargo, no fue unánime el sentimiento colectivo; hubo protestas que, como casos aislados o de excepción, semejaron voces clamando en el desierto. Voces gloriosas pero no aceptadas en el instante. Su honra y patriotismo les fue reconocido y conferido por las generaciones siguientes, conforme éstas aprendieron a ponderar el valor de los actos del hombre en la vida colectiva y en relación con la patria. En la prueba del bien esperado, el paso dado fue un estupendo fracaso para sus fautores, y el pueblo, que tan gustosamente los había respaldado, aceptando y disfrutando también los primeros beneficios traídos por el régimen, se hizo a un lado, y los abandonó, pero no de golpe y en masa, sino al compás de un lento primero, y luego progresivo y rápido despertar de la conciencia colectiva.

Estamos en presencia de un crítico y grave momento del pueblo dominicano, acaso el primero, luego de fundada la República. Abandonado a su propia suerte, es notable el gesto varonil con que se declara dueño de su destino, y va por sí solo, sin la guía, de sus dirigentes, a la conquista de su libertad. No es sino del pueblo de donde nacen todos los valores individuales e institucionales con que la sociedad se enorgullece y tiene en concepto de prendas constitutivas de su honra. Si dichos valores se pierden, por razones variables pero siempre de interés particular, nada más glorioso que contemplar cómo van surgiendo del seno fecundo de la colectividad los factores sustitutivos de lo perdido, con la virtud necesaria para restablecer el equilibrio demandado por el desenvolvimiento racional de la vida del ser social. La lección es halagadora, pues vemos cómo hay en el seno de la masa social una fuerza inmanente a cuyo influjo no se agotan las reservas de que siempre está necesitado el patriotismo nuestro, en medio de sus fluctuaciones. A la hora de la acción hubo, pues, que improvisar valores, y para ello trocar actividades o aptitudes. La cuna del movimiento fue el asoleado y fértil suelo del Cibao, que como el más criollo, debía ser el más sensible a los motivos de reacción. El machete de talar montes sirvió de arma blanca en manos del mismo agricultor; el zapatero se levantó del banco y dejó la lezna y la chaveta; el car-

pintero guardó el martillo y el serrucho; el albañil colgó la plana y la plomada; el sastre puso en una gaveta las tijeras, prendió la aguja y no encendió más la plancha; el platero cesó de labrar sortijas; el talabartero abandonó los patrones y la aguja; el peón arrinconó en la cocina pala, pico, azada, la coa y la mocha; el labrador de madera bruta guardó la azuela y la sierra; en los tejares se dejó sin tocar la arcilla, y no se prendieron más los hornos; los alambiques no destilaron más alcohol; y el recue-ro trocó el foete, llevado como bandolera, por el afilado machete. Junto con todos ellos corrió también a la manigua el mozo a quien el bailar a los acordes del cuatro se le había vuelto una pesadilla, por la inclinación preferente de las mujeres al oficial español de vistosas y brillantes charreteras. En los iniciales atrevimientos de sublevarse contra las autoridades españolas, el elemento de arraigo, el conservador, no dispuesto a arriesgar el disfrute de sus bienes ni a perder el sosiego de ellos y su familia, comentaba desfavorablemente en conversación privada la torpeza y locura de lanzarse a una lucha tan desigual contra las fuerzas españolas. Todos esos señores, ante la evidencia de una realidad no creída posible antes, pasarían a ser de los dirigentes del gobierno nacional nacido del triunfo inicial de los dominicanos. En sus pechos prendería el patriotismo no dejado primero asomar por la prudencia y el natural espíritu de conservación. Santiago de los Caballeros, escenario donde se asistió a toda esa transformación mirada al comienzo insignificante y convertida luego en una llama inextinguible para el poder exótico, sirvió de núcleo matriz a tan grandiosa empresa libertadora, e hizo más aun, convirtiéndose en el centro social que realizó la mayor aportación en material humano, sacrificios económicos y heroísmo para sacar triunfante el punto de partida, cuyo fracaso habría echado a perder la liberación de la patria. Pasó después esa ciudad a ser como la nodriza de la revolución libertadora, reteniendo con el asiento del gobierno la difícil función directriz de toda la campaña. Una anotación que no debe quedar fuera de cuanto se ha estado puntualizando, es el hecho de que la lucha puso a fermentar todo el heroísmo latente del dominicano, hijo por esa faz, del español. Y de entre toda aquella multitud anónima en su mayoría fueron surgiendo siluetas

que por natural selección tomaron más adelante la expresión definitiva de personalidades.

Porque fue el pueblo quien se conquistó su libertad, más consciente y dueño de sí que en el nacimiento de la República, en que el impulso libertador vino a él, debía dar, como dió, un producto superior al de la etapa de la Primera República. Concurren en ese producto, Gregorio Luperón, todos los caracteres propios y predominantes del suceso de la Restauración. Es del pueblo, no así comoquiera, sino de entre las más hondas raíces o baja capa social, propia del anonimismo, pero donde más natural e íntimamente se respira el alma nacional. Es una desventaja para abrirse paso y empinarse en el plano de las cosas altas, pero virtualmente tiene el incentivo de lo heroico, por la gran potencialidad de alma requerida para ir rompiendo los cercos de obstáculos plantados por los convencionalismos sociales. Una alma grande que rebasa las proporciones de las comunes en el intercambio diario de la existencia, se sustrae, para venir al mundo, de los encasillamientos artificiales hechos por el hombre en la vida social. Pero una vez venida al mundo de lo creado no se extingue sin llenar su cometido, que es un ignoto designio en elaboración lenta y misteriosa al través de generaciones. La naturaleza misma se encarga de ponerle a su alcance *si no es garantía cierta de triunfo, si quien tiene los medios a su alcance no da de sí la potencialidad necesaria para imponerse a cuanto pueda obstar al logro de la finalidad, no siempre vista claramente, pero perseguida a estímulo de un impulso ideal conducente a la gloria, concebida vagamente primero, para luego, tras esfuerzos no comunes presentarla como un producto forjado o sacado afuera por el individuo.*

El muchacho de la calle que no puede ir a la escuela porque sólo cuenta con el amparo de su madre, una mujer pobre cargada de hijos, por inclinación natural quiere aprender a leer, y aprende, hurtándole a su ocupación de vendedor ambulante de cosas menudas, ratos que la simpatía de un institutor inglés le quiere dedicar. El ambiente picaresco respirado por el muchacho que en una bandeja ofrece piñonates, es una franca puerta para entrar en la vida por el camino del vicio; para Gollito fue el medio de adquirir el primer recurso necesario al

desenvolvimiento de su vida. Tenía catorce años y no había hecho más que trabajar duramente. Era un precioso tiempo restado a la iluminación del espíritu dada por la instrucción, pero lo sacrificaba a la vida, que también es escuela, acaso la mejor forjadora de hombre, y recibía en retribución, o le quedaba en recompensa, un lote de energía potencial, que no más aguardaba el ideal como fuerza impulsora hacia las altas finalidades de la vida. No se sabe qué motivo tendría Pedro Eduardo Dubocq, un señor francés venido de las Antillas Menores, y capitán de artillería que fue en el ejército libertador del Norte en las campañas de la Independencia, para confiarle al adolescente Gregorio Luperón la dirección de los trabajos de corte de madera en Jamao, campo de Puerto Plata. Pero lo particular es que ello fue ocasión de nacerle alas al espíritu de Luperón, y, dueño de sí, poner la mirada en las alturas para que había nacido. Nadie le insinuó lecturas. En Jamao se halló con la biblioteca de Don Pedro, y se fue a los libros con la avidez propia de su prematura fogosidad temperamental. De allí salió con el espíritu iluminado. Prendida la llama del ideal, no se le apagó jamás, y al claror de ella fue poniendo paso ante paso camino del empinado sendero de la gloria. De no haber ocurrido el eclipse de la soberanía nacional y el movimiento libertador de la Restauración, no se hubiera producido el tipo que fue Gregorio Luperón. Con un alto concepto de la libertad y la noble inquietud de empinarse hasta la gloria, el acontecimiento de la Anexión a España se le hizo el tormento de su vida, vida todavía juvenil, abierta a las gratas frivolidades. Tal manera de abrazar una causa tan noble reflejaba su carácter. No estaba en su mano proceder con la calma y la serenidad de la templanza. Y en lo que ponía el espíritu, lo hacía con fogosidad; estaba hecho para ser obedecido, no para obedecer . . .

Es un desconocido en el escenario de sus primeros actos, la Línea Noroeste, pero ello no obsta para que a poco de estar en contacto con él, quede grabada imborrable su postura gallarda, y aun más que eso, sus palabras, gestos y hazañas fascinantes. Es manera única en todo el campo de la guerra. No necesita ser el primero en un campamento para que su voluntad impere, y a donde llega no es posible dejar de tenerle en cuenta; pasa instantáneamente a ser de los dirigentes y se le confiere mando;

cuando no, él se adelanta a tomarlo a la vista de un peligro por la acción del enemigo, y se le respeta o deja en libertad de actuar. ¿Cuál es la clave de esa acción preponderante? Es su espíritu. Estamos en presencia de un caso excepcional en todos los escenarios del suelo dominicano. Espíritus vigorosos los hubo a puñados, pero en Luperón hubo algo más, que fue una como virtud mágica para atraer a sí. Quien era así, debió de estar más propenso a las torpezas del atolondrado que al acierto de la serena ponderación de los hechos. Pero no; como más poseído de la grandiosidad de la causa, tenía la más iluminada conciencia en medio de aquel alborotado teatro. Por eso, donde se agotaba la acción de la espada y eran necesarios otros recursos para evitar el fracaso, él se adelantaba a improvisarlos, ya con la pluma, ya con el gesto tribunicio. Ido a la manigua antes del grito inicial de Capotillo, tras un golpe de audacia en Sabaneta, se vió enteramente solo y tenazmente perseguido. Tuvo momentos de desesperación, propios de quien se mueve en suelo desconocido, y como determinación extrema emprendió éxodo hacia Puerto Plata. Allí no encontró asidero para la acción, y siguió hasta los campos de La Vega, que era precisamente la comarca del Cibao donde los españoles contaban con mayor simpatía. Conspira y se esfuerza en sonsacar personajes de valía para quienes él es un desconocido, sin autoridad social ni política.

Secundado el golpe de Capotillo, en campos de La Vega grupos encabezados por Dionisio Troncoso y los hermanos Abréu, ocultadores de Luperón, se pronunciaron y desconocieron la autoridad del gobernador Esteban Roca, que se retiró a Santo Domingo. Luperón no hizo más que alimentar el espíritu de insurrección. Pero dos o tres días después, cuando los patriotas tenían asediada la plaza de Santiago, se hizo acompañar de un edecán y fue a ocupar su puesto, que no era ninguno fijo sino cualquiera de vanguardia y de más peligro. Seguido ocupó la jefatura de un cantón de las afueras.

Otra vez, y la primera fue el 30 de marzo de 1844, se dan cita en el recinto urbano de Santiago de los Caballeros y sus aledaños, las huestes dominicanas de todo el Cibao, movidas al conjuro de un mismo ardor heroico. Allí están: de la Línea Noroeste, Gaspar Polanco, Benito Monción, Pedro Antonio Pimen-

tel, José Antonio Salcedo, Federico de Jesús García, Juan Antonio Polanco; de Moca, Manuel Rodríguez (a) El Chivo, Eloy Aybar, Juan de Jesús Salcedo; de La Vega, Marcos Trinidad, Francisco Suriel, Gregorio Luperón, y el norteamericano Arturo Láncaster; de Puerto Plata, Gregorio de Lora; y del mismo Santiago, José María Morel, Andrés Tolentino, Teodoro Gómez, los hermanos Fernández, de Puñal, los hermanos Almonte y Remigio Batista. . . La llegada de un tal Luperón a Arenoso es noticia que corre por los cantones. Por donde quiera se habla de su valor, lo que, unido al aire espectacular de su persona, despierta el deseo de conocerle. Alto de estatura, naturalmente garboso, jinete en caballo a gran alzada, se veía gigantesco e imponente, con algo más que los compañeros, cuando atravesaba o franqueaba los caminos. Pero aquella exterioridad se hacía realidad palpitante y viviente en cuanto alzaba la voz para dar órdenes o arengar a los patriotas, o pistola en mano se iba a la línea de fuego a ser el primero en el valor y en desafiar el peligro. Aun cuando en aquellos instantes la mayor virtud era el valor, valor brutal, él solo no podía ser prenda para colocarse un codo por encima de los compañeros. Ellos también eran valentísimos. . . Ocurrió el ataque a la fortaleza San Luis el 6 de septiembre, día el más memorable en toda la campaña del Cibao. El desenlace fue desfavorable a los dominicanos. En medio del desaliento general, se alzaba una voz alentadora y atrevida, y quien la daba inventaba motivos capaces de levantar los ánimos, arrogándose a la vez funciones directrices, puesto ciegamente el espíritu en el propósito de no dejar perder la obra. Apenas llevaba una semana de actor en aquel teatro, y los patriotas todos, y aun los españoles en parte le concedían un valor excepcional. El teniente coronel José Velasco, prisionero entre los patriotas y espectador de sus actos, en carta confidencial a sus compañeros así lo declara. Manuel Rodríguez (a) El Chivo, jefe de una guardia encargada de vigilar los heridos hospitalizados en la Iglesia Mayor, ha declarado que dentro de veinticuatro horas hará pasar a cuchillo a todos los heridos españoles, alrededor de doscientos. Un estado de consternación se apodera de los amenazados, y un oficial español, como solución desesperada, denuncia el caso por escrito a uno de los jefes patriotas, valiéndose de un expreso. De modo casual llega a manos de-

Luperón la denuncia, e inmediatamente se hace seguir de un oficial a caballo. En presencia de Manuel Rodríguez, sin previa explicación, le ordena, en su tono fuerte e imperativo, hacer entrega del mando al oficial. Obedecido sin asomo de protesta, agrega: "Manuel Rodríguez: monte ese caballo, y sígame!". Camino del cantón general iba Luperón, y a la zaga Manuel Rodríguez, que fue entregado al jefe superior de operaciones con las explicaciones del caso.

Sucedió por esos días que, aunque el relato no lo dice, tuvo que ser el 6 de septiembre, en medio de un recio combate en plena calle, un general español desplegó su columna de modo de encerrar entre dos fuegos al grupo de patriotas comandados por Luperón. Este se dió cuenta a tiempo, y operó tan hábilmente que el envuelto lo fue el general español, que, herido, se batía con la legendaria bravura de su raza, exclamando fogosamente en medio de su escuadrón: *¡Viva la Reina! ¡Adelante!* Luperón a caballo se le acercó a intimarle la rendición, y, emocionado con el gesto del heroico soldado, como un homenaje de admiración le dijo: "General, no soy yo el héroe de esta acción: ¡es usted!". El español alzó la espada para herir, pero exagüe como estaba, se desplomó. Luperón le hizo conducir al hospital, reclamando para aquel héroe los mejores cuidados. Todo fue inútil, pues no tardó en morir.

A pesar de eso, en los instantes que reclaman la postura trágica, su mano dura, sin vacilación, da el golpe, y nada escrupuloso, sigue adelante, camino del fin perseguido. No bien se había hecho cargo del cantón de Mari López, por orden suya fueron pasados por las armas unos españoles junto con el práctico dominicano que los guiaba en la huída. Al abandonar los españoles la fortaleza San Luis el día trece de septiembre, acudió Luperón de los primeros a consumir esa cruel y nada heroica hostilización que hizo al ejército español, estorbado por la pesadumbre de una creciente impedimenta, ir señalando sus pasos dolorosos hacia Puerto Plata con un reguero de sangre. Aquello fue, sin embargo, un tributo reclamado por la libertad de la patria. Ya no hubo medio de conciliación, y entre el poder dominante y el pueblo dominicano se levantaba una barrera insalvable. Tan desastrosa retirada repercutió en todos los corazones españoles y dominicanos, produciendo sentimientos opues-

tos. Hasta para el mismo Pedro Santana era aquello una como revelación, de la cual se acordaría días después en Guanuma con orgullo de dominicano. Los transgresores de la ley, "enemigos de la propiedad y del sosiego de la familia dominicana", de quienes despectivamente hablaba el periódico LA RAZON, dirigido por Manuel de Jesús Galván en Santo Domingo, pasaban a la categoría de patriotas. . .

Fue un feliz acierto el escoger a Gregorio Luperón como Jefe Superior de las Operaciones que debían desarrollarse por el centro del territorio nacional, donde ya campaba el ejército español comandado por el gran Pedro Santana, salido de la Capital el siguiente día de instalado el gobierno dominicano en Santiago. Ese era el hombre para tal empresa, considerada en los primeros y difíciles momentos. Y era el jefe adecuado en razón de su dinamismo, amor al ejercicio de la guerra, carencia de aspiración en el escenario pacífico de la ciudad, su alta comprensión de la causa, y una inextinguible ambición de superarse cada día. Cuando camino de Monte Plata pisó la provincia de La Vega, se encontró allí con brotes de reacción.

Se anunciaba la próxima llegada de Pedro Santana, y el arraigado y favorable ambiente anexionista, aplazado momentáneamente, empezaba a cobrar bríos, poniendo duda en el éxito feliz de la campaña comenzada con tan buen pie. Un español dirigía aquel solapado movimiento, y sintiéndose Luperón cohibido para actuar conforme a la gravedad de la hora, ordenó el fusilamiento del español. Hubo vacilación en cumplir la orden, y estando en un tris de ser burlada, personalmente dirigió la ejecución. Todo cambió como por encanto. Levantó tropas y franqueó a poco el camino de Sillón de la Viuda. Ya Eusebio Manzueta en Yamasá se había adherido al movimiento restaurador, y no tardó en seguirle Marcos Evangelista Adón en La Victoria. Completaron el teatro de la guerra: Monte Plata, Los Llanos y Guerra. Fue el más vasto campo de acción en toda la guerra. El grueso del ejército español en las manos expertas de Pedro Santana, y luego de Abad Alfau, secundados por Juan Contreras y Juan Suero. Era un enemigo poderoso, aguerrido y denodado, contra el que sólo podían el valor, la osadía y la improvisada estrategia empírica del guerrillero criollo, contándose también con la cooperación de la naturaleza, que tanto nos ha ayudado

a los americanos a vencer a los enemigos de la libertad. En los recursos de estrategia empírica era pródigo el espíritu extraordinario del jefe superior Gregorio Luperón. Le secundaban honrosamente, de La Vega: Dionisio Troncoso, Antonio Caba, Basilio Gavilán y Tito Santos; de San Francisco de Macorís: Olegario Tenares, Santiago Mota y Pedro Royer; de Hato Mayor: Miguel Lovera. Además, los ya aludidos Manzueta y Adón, y J. H. Brigman, de raza alemana, más tarde fogoso e intransigente guerrillero baecista.

Como era de amplio y de difícil dominio el escenario así se creció la talla de Gregorio Luperón. El pelear no tuvo tregua. Todo era movimiento y un continuo arriesgarse en alguna acción, cuando no para triunfar, para privar de sosiego al enemigo, redundando ello en el auge de la moral del improvisado soldado patriota. El espíritu que imponía aquella condición daba el ejemplo el primero, despertando emulación en sus conmillones. Era más una modalidad suya que el resultado de un plan concebido por un general. Indisciplinado, todo lo hacía por sí, olvidado del gobierno superior de Santiago, pero lograba lo único verdaderamente conveniente para restarle medios de resistencia al enemigo. Las más formales batallas campales de la guerra se libraron allí. Arroyo Bermejo, San Pedro, Sabana del Vígía, Los Llanos, fueron crudas peleas donde se aprendió a disputarle el terreno al bien equipado y disciplinado soldado español, que gradualmente se fue concentrando a los puntos cercanos a la Capital. Santana en el Seibo, contrariado ya e incapacitado para la reacción. Juan Contreras cae en Maluco, y Juan Suero, la última esperanza española en la desesperación de aquellos campos, muere a poco de recibir una herida mortal en el cruce del río Yabacao, nombrado Paso del Muerto, en choque tenido con fuerzas bajo el mando de Luperón, su compadre y admirado muchacho, a quien confiara, por recomendación de Don Pedro Dubocq, una difícil misión a Joba, siendo Suero jefe militar de Puerto Plata por el año 1862. Trillando por rutas encontradas se juntaban estos dos héroes, para caer el uno, y levantarse el otro iluminado por la gloria.

Era el séptimo mes de la campaña, y ya Luperón tenía la postura de héroe, actitud nacida en la manigua y exteriorizada desde allí para los demás días de su vida. El jefe poco respetuo-

so de las disposiciones superiores fue relevado del mando, pero siguió la guerra por cuenta propia, y, a su decir, en nombre de la patria. Tomó la ruta de San Cristóbal, Baní y el Maniel, pero encontró por allá el infranqueable obstáculo de Pedro Florentino, hombre crudo y enérgico, y poco acostumbrado a ser contrariado. Luperón tuvo que devolverse e ir a Santiago en calidad de arresto a responder de fundados cargos por desobediencia a las autoridades superiores. Su presencia en aquella ciudad no le acarreó ningún contratiempo, pues cuantos cargos se habían señalado quedaron desvanecidos.

Se le ve entonces con las manos en las cosas de gobierno, marcándole sus actos un valor de distinción como en los días cruentos del sitio de la plaza. Tenía en el momento la ciudad la importancia de capital de los patriotas. De ella irradiaban hacia todos los parajes de la República y parte del mundo, las providencias, planes y solicitudes salvadoras de la patria; y por necesidad del interés público se topaban por las calles orilladas de ruinas: hombres de la frontera noroestana, de la Línea del Sur, del Este y del resto del Cibao. Era admirable cómo por vez primera se ponían en contacto compatriotas de tan apartadas regiones, y al conjuro de un noble amor al terruño se reconocían hijos de una misma madre, sensibles al dolor de ella. Con todo, hacía falta algo: el entero abandono del interés personal en bien de la patria. Los personajes surgidos de aquella memorable empresa no estaban hechos de pasta nueva para que en ellos no tuviera asidero un vicio anterior a la nacionalidad, y en sus actos fuera de la guerra no olvidaban el interés personal, originándose de ahí la más nociva rivalidad entre ellos. En tan graves momentos infectaban con ese virus el organismo político, y los males que le sobrevendrían al pueblo dominicano desterrarían por largos años su sosiego y felicidad. Había, como era natural, excepciones, y entre ellas, y cuidado si al frente de ellas, estaba Gregorio Luperón. Vigilante y exigente, y por derecho que él se arrogara, se enteraba de todas las disposiciones gubernativas, y en teniéndolas por perjudiciales acudía a evitarlas o a enmendarlas. Reprendía a quienes mostraban el descaro de hacer abiertamente política partidarista, y sólo conservaba respeto para quienes procedían con la corrección u oficiosidad reclamada por la liberación del suelo patrio. Nadie se

atrevió a invitarle a participar en cosas ajenas a la causa común; por eso, en los cambios habidos con carácter de movimientos insurreccionales entre los patriotas, él no fue vencido ni vencedor. Gaspar Polanco derrocó al Presidente Salcedo, y la misión única aceptada por Luperón fue la de custodiar al caído Presidente hasta la frontera haitiana, donde debía entregarlo, en calidad de expatriado, a las autoridades del vecino Estado. Era el único hombre que en esas circunstancias hubiera podido garantizar la vida de Pepillo Salcedo. Pimentel y Monción cuando pretendieron arrebatárselo en el camino hubieran tenido que darle muerte junto con el prisionero. Comisión aceptada por él, no había poder humano capaz de hacer que la traicionara. Pedro Antonio Pimentel derrocó a Polanco y se formó una junta Gubernativa presidida por Benigno Filomeno de Rojas, y en la que tuvo Luperón las funciones de Vicepresidente. Este organismo actuó con entera libertad, no siéndole posible a Pimentel influir en sus decisiones. La sola presencia de Luperón en ese cuerpo, imposibilitaba la influencia personal, no sólo de Pimentel, sino de cualquiera otro personaje. Tanto fue así que, en cuanto Luperón estuvo fuera de la Junta, logró Pimentel poner las cosas en el sentido de su voluntad y aspiración, y no tardó en asumir el mando supremo del gobierno. Era el personaje de más significación de entre los surgidos de los campos noroestanos. En él se maridaban las características del político de oficio y la virtud del patriota, presto a sacrificar la vida si la libertad de la patria se lo reclama.

Meses después, el 11 de julio de 1865, se embarcaban las últimas fuerzas españolas, y a Pimentel, Presidente de la República restaurada, antes de treinta días se le caía el mando de las manos, deshecho por la impopularidad, se ha dicho, pero más propiamente fue la acción de los intereses regionalistas centrados en la ciudad de Santo Domingo de Guzmán, desasosegados mientras no volvieran a ver la sede del gobierno en aquella ciudad.

Antes de abandonar aquel escenario del pueblo dominicano, troquelador de hombres nuevos, conviene a uno de los objetivos del presente trabajo una postrera ojeada sobre el estado social.

Hecha la guerra sin recursos económicos, porque el pueblo no los tenía, la abnegación de individuos y familias, anónimos en su mayoría, suministraba el material para la lucha. La pólvora y el plomo vendidos por las tiendas como artículos corrientes, adquiridos por medios lícitos o ilícitos, se agotaron pronto, y unido ello a la destrucción de las únicas dos poblaciones comerciales, Santiago y Puerto Plata, se hizo extremosa la escasez de toda suerte de productos de la actividad comercial, inclusive las telas de vestir y de uso doméstico. El plomo de los alambiques y de cuantos artefactos y utensilios lo suministraban fueron aprovechados. Las piezas de dormitorio servían de tela para ropa de uso interior. Se requisaban catres para usar sus forros de lona en la confección de tacos. Un vaso, una pieza de cristal, veíase pocas veces, y quienes la tenían se cuidaban de conservarla en el fondo de algún viejo arcón, junto a las prendas queridas o recuerdos de familia. La ración del soldado era de doce centavos en dinero, y si había galletas de las de cuatro onzas de peso, aquel recibía seis centavos y una o dos galletas. Cuando estaba en campaña, la ración era un tasajo de carne de res vacuna o porcina, más plátanos, batatas, yautía o yuca. La hoja del tabaco y pieles de res vacuna era el único capital disponible para el pago de cuanto material de guerra se obtenía en la vecina nación haitiana.

En lo que iba de República no se había creado apreciable riqueza. Todavía no se había tenido tiempo de comprender que en el laborar aquellos fértiles campos estaba el secreto del primer paso seguro hacia la estabilidad del agregado social. Sin embargo, había la justificación de las guerras de la Independencia y el subsiguiente estado de inestabilidad político-social hasta caer en la Anexión. Las tierras vírgenes, ricas en pasto natural, servían para fomentar la crianza pero en la forma rutinaria de no gastar esfuerzo apreciable, dejando que el ganado realengó se reprodujera por sí solo, brindando a cambio de nada, como quien dice, el beneficio de manadas que un día de monteada recibían el distintivo de la señal del dueño. Debido a tal forma primitiva de subsistencia y riqueza, la región del *Macorí* no sintió los efectos de la guerra. Allí, hacia el litoral del Atlántico, no se peleó, y los vecinos ignoraron las estrecheces de sus hermanos del interior. En determinados bosques el ganado asnal se

hallaba montaraz y sin dueño. Por los caminos reales cruzaban piaras de cerdos que estorbaban el paso del viajero. Las extensas sabanas no podían ser atravesadas sin precaución, pues de entre alguna punta de ganado vacuno allí diseminado, salía un bravo toro que ponía en peligro la vida del caminante. La carne al detalle no se compraba ni se vendía; se le daba al vecino y también al forastero; y salada, se destinaba la mayor parte a los perros de la casa, lo mismo que todas las entrañas de la res matada. La manteca siempre estaba a la mano, en cántaros o calabazos. La leche se podía tomar como agua en un coco de higüero. Tal abundancia de alimento se recordaba después con el dicho popular de que fue el tiempo en que se "amarraban los perros con longanizas". Campesino rico era el que poseía grandes monterías, y contaba los mayores por decenas. Más sudaba sobre la hamaca y el lomo de su caballo, que en labores de sus terrenos. Tenía desde luego queridas y enterraba onzas de oro que nunca más podía sacar, aunque se viese en la miseria. Vendía partidas de reses vacunas o porcinas, que los mayores recolectaban en día señalado, acompañados de perros monteros y un par de peones. Cuando a causa del progreso, que empezó con el primer decenio del siglo, se acabó esa dádiva de la naturaleza, y ya no fue posible la crianza sin cerca y el cultivo de pasto, tubérculo y cereales; los tenidos por antiguos ricos, empobrecieron, pues no concebían ni aceptaban que la crianza requiriese organización y trabajo para su desarrollo.

Expuesto lo que fue la Restauración y a la vez el carácter social que tuvo, habiendo ello servido de fondo para bosquejar la figura procerca de Gregorio Luperón, se ha puesto así el basamento sobre el cual se ha de levantar la individualidad dominicana de mayor estatura y magnitud.

Cuando se trata del valor de los hombres en lo referente a su aporte a la creación, modelamiento y desarrollo de una nacionalidad, hay una escala cuyo plano primero corresponde a los fundadores o creadores. Con relación a ellos y para los fines de glorificación, la escala es descendente, porque ante todo está el dar la realidad. Pero hay otro valor que se sustrae a esa condición de pura relatividad; es netamente individual e intrínseco. Si fuera dable ponderar las almas, como las cosas materiales, ellas corresponderían a una variedad de pesas mediante las cua-

les se fijaría su peso específico. No posible tal operación en psicología, se puede, sin embargo, admitir la variedad de peso por el despliegue de la energía espiritual en el escenario de la vida. Un espíritu de ingente vigorosidad no basta por sí para dejar el hombre a su paso por la vida una estela luminosa, expresión humana de la inmortalidad; necesita poseer en dosis apreciable alguna virtud heroica; pues sólo ese generoso fermento alcanza a remover el fondo sin fin de las almas, poniéndoles alas para alzar el vuelo libre y glorioso sobre la rastrera vulgaridad. Un espíritu de esa clase en los pueblos civilizados da valores que evitables, culmina por encima de quienes como él se movieron en plano de preeminencia con justo título para ello.

Los Padres de la Patria no pertenecen a esa clase de espíritus a que me estoy refiriendo. En el grado de potencialidad de energía reclamado por la época para hacer triunfar los principios, se quedaban cortos. No fue la maldad de un grupo lo que los anuló al empezar ellos a manipular aquella realidad. El recurso para seguir adelante, encendida la antorcha de los principios, no estaba en sus manos. De ahí que puestos a un lado o arrollados para dejar paso al turbión de las fuerzas sociales triunfadoras, sin apremio alguno entrasen después a cooperar con sus opositores; no en categoría de su rango patricio, sino como cualquier personaje puesto en su verdadero sitio. Aquella actitud de los Padres de la Patria no los despojaba de su gloria, como piensan algunos; ella no más ponía de manifiesto la incompreensión en ellos de su verdadero valer. Junto con la prepotencia de espíritu para imponerse y dominar, les faltó la conciencia de la gloria. Pedro Santana, el producto de las campañas libertadoras, en vigorosidad de espíritu es lo más grande de una época; grande nada más que cuantitativamente; por eso no le fue dable la visión y comprensión de un ideal. Gregorio Luperón! He ahí el hombre que les hizo falta a los principios al culminar en la fundación de la República el 27 de febrero de 1844. Actor él en aquella memorable ocasión, no hubiera sido la hora o la época de Pedro Santana. Pero la ley que preside el evolucionar de los pueblos no se equivoca. Nadie está fuera de su época. Dentro del carácter y la deficiencia educacional del pueblo, el producto que era Luperón tenía que ser posterior a Santana, y éste y sus procedimientos, más aceptos a las multitudes

que los Padres de la Patria y sus principios. Gregorio Luperón tiene conciencia de la gloria, virtud que compromete los pasos del presente con las valorizaciones y dignificación de lo porvenir, colocado quizás más allá de la vida. Mantiene alerta el espíritu contra todos los medios capaces de contrariar o anular esa honra, tantas veces vana, pero necesaria como incentivo de los aspectos nobles de la vida. Puede ser egoísta y estrecha, y también amplia y generosa, concebida a manera de luz que ilumine a nuestros semejantes, a la humanidad. De esta clase era en Luperón. Le nació espontáneamente y a más temprana edad que a todos los personajes dominicanos. En los Padres de la Patria fue un sentimiento formado tardíamente, como un movimiento de reacción contra las durezas de la realidad social. De ahí la razón de no haber documentación auténtica sobre los trabajos preparatorios de la República, como si aquello hubiera sido una simple actividad sin importancia y en la que falta un actor consciente del valor futuro de aquellas gestiones. En las mismas campañas de la Independencia no se vió un espíritu que comprendiera la necesidad de transmitir a la posteridad la vida del momento. La documentación privada era tenida en concepto de papeles peligrosos por cuantas verdades pudieran revelar. En la Restauración, un joven que apenas cuenta veintitrés años, no deja perder una carta, y también conserva copia de cuantas escribe. Donde pisa o por donde pasa se entera de cuanto ocurre, y siendo actor de los más dinámicos, no le falta tiempo para ir tomando notas y enfocando el panorama general del escenario. De esa manera, como se vió en la acción guerrera al aparecido sin credenciales crearse puesto por sí, adquiriendo valor aceptado y respetado por todos los compañeros, en lo intelectual, donde tampoco tiene credenciales como las poseen Ulises Espaillat, Pedro Fco. Bonó, Benigno Filomeno de Rojas y otros más, hace lo conveniente y necesario, comprendido por él con más lejana mirada que los otros. Pero en esa lejana mirada piensa en ellos como nobles compañeros en el amor y sacrificio por la patria. La campaña de la Restauración tendrá para él el más alto valor y conferirá mayor preeminencia que cualquiera otra actuación del ciudadano en la vida pública. El prócer que hay en todo restaurador, él lo hará respetar como nadie. Todo ello unido a sus relevantes dotes que lo caracterizan de modo

singular, ponía de manifiesto al más eminente producto de la Restauración. Sin embargo, de haberse quedado ahí, sin rebasar el marco de restaurador, faltaría material en su vida, o más bien desarrollo, para someterlo a la prueba de comparaciones generales y definitivas.

Falta todavía acabar de considerar aspectos engendrados por la Restauración, primer crisol de su vida.

Las exigencias de la campaña barajaron a todos los patriotas en el trato personal, pero pasado el motivo que los ponía en contacto y comunicación, las relaciones personales volvían a su natural división en grupos, según tendencias, educación, actividades y comunidad de aspiraciones. Luperón quedaba ligado por los nexos de la amistad a Ulises Espaillat, Pedro Fco. Bonó, Máximo Grullón, José Manuel Glas, Belisario Curiel, Pablo Pujol, Casimiro de Moya y Alfredo Deetjen, que eran con Benigno Filomeno de Rojas, los principales hombres de entre los surgidos de la guerra libertadora, contados aparte los de armas. Más joven que todos ellos, pero los superaba como fogoso defensor de los principios. Campeón tan íntegro no lo había tenido el *febrerismo* desde creada la nacionalidad, con la virtud de coordinar la acción de la espada en una mano con la sustentación en la otra de las ideas de patria libre y sin mancilla. Será la postura dominante de su vida, y a la cual no le traicionará jamás. Baja a la arena de la política, y sudoroso y empolvado y asendereado en el tanto bregar, acepta todos los desafíos o retos, y cuando le vencen se yergue con más bríos a sustentar y a reafirmar la alteza de los principios aparejada al honor de la patria. El más alto campeón del *febrerismo* fue así el más consecuente con su orientación.

Todas las calidades asomadas en esa alma en plena floración juvenil, pero con carácter definido y original, desarrollarán en el decurso de los treinta años del pueblo dominicano siguientes a la Restauración.

Antes de seguir el curso de ese desarrollo, es oportuno decir una cosa. No labrado suficientemente por la educación aquel espíritu extraordinario, se quedó en cierto estado de crudeza que sirvió de asiento al temperamento; temperamento de pura violencia, de que se impregnaron las exteriorizaciones de sus dotes. Tal modalidad le dió un perenne gesto autoritario, como

en la pública, lo mismo en la vida privada. Y cometía actos de arbitrariedad, que no estaba en su mano evitar, pero que por tener la intención por encima de los estorbos del camino, era el primero en comprender y en adelantarse a cubrir con un manto de disimulo u olvido si se podía. A propósito de esa postura de arbitrariedad, incongruente al parecer con la de prócer, recuerdo a Eugenio Deschamps, ese gallardo justador del civismo. Por el año 1884, siendo director del periódico LA REPUBLICA, en Santiago, se hizo eco de un caso de atropello de Luperón en Puerto Plata, y lo fustigó duramente, como él sabía hacerlo. Años después estuvo a su lado, le trató íntimamente, y pasó a ser uno de sus más grandes admiradores. Ocasionalmente tuve acercamiento con un ilustrado señor que sintió odio por Luperón mientras lo combatía en ocasión de la revolución de Moya. En el ostracismo se encontraron y trataron, y reconoció seguido al gran patriota, a quien no pudo menos de admirar en lo adelante.

Y ahora seguiré las radiaciones de sus actividades para presentar el cabal desenvolvimiento de su vida en sucesivos y variados lances de acción y reacción dentro de aquel medio social.

EL GUERRILLERO. La guerra fue su oportunidad de entrar en la vida pública, y le quedó la función de los tiros como su ejercicio predilecto. Pero era éste el medio aceptado socialmente para imponerlo todo en la vida pública, inclusive los principios. Teniendo en sus manos la cosa pública los hombres de la Restauración, nació un movimiento en favor de Buenaventura Báez a los pocos meses de restaurada la República. Todas las poblaciones, unas tras otras, y con ellas la mayoría de los nuevos libertadores, se adhirieron al movimiento. Luperón, aunque solo, protestó, y puso en armas la comarca de Puerto Plata. Finalizaba el año 1865. Después de un rápido combatir, Miguel Lovera a la cabeza de los *rancheros*, campesinos puertoplateños, entró arrollador en la ciudad, y Luperón tuvo que embarcarse para las Islas Turcas. Mas, no tuvo el gobierno de Báez sosiego. La fracasada protesta de Luperón fue comprendida por los compañeros de la guerra libertadora, y en Puerto Plata precisamente, con la cooperación del gobernador Manuel Rodríguez Objío se dió el golpe inicial de la revolución, desembar-

cando allí Luperón. Pasó adelante, y con gesto de impulsión incontestable, arrolló en la Cumbre, y recibido en Santiago, quedó de frente al gobernador de Moca, que le exigía reembarcarse, o si no fusilaba al ministro de lo Interior y Policía Pedro Antonio Pimentel, a quien tenía preso junto con su estado mayor, por haber traicionado la misión que le confiara el Presidente Buenaventura Báez. Sin vacilar marchó Luperón a Moca, sabedor de que se las había con el corajudo Juan de Jesús Salcedo. Fue un duelo memorable entre los dos hombres considerados más valerosos de la República, formados en la Restauración. Se encontraron en mitad del camino real que iba de Santiago a Moca. Ambos bandos, con la concentración de dos gladiadores, forcejean por dar un paso de avance dominante, pero quedan por un rato equilibrados en empuje. Se suceden alternativas de predominio, en una de las cuales cae Heureaux prisionero, pero se escapa, gracias a su pasmosa agilidad. La tropa de Salcedo empieza a ceder el terreno, y se retira a Moca paso a paso. El jefe va herido, pero batiéndose hasta granjear las calles de la población, donde se desploma. Luperón manda al oficial Guelito Pichardo atender al herido, luego de hacer desviar la puntería de Heureaux, que iba a poner fin a la vida de Salcedo. Luperón exclama: "es un hombre que hay que salvar por su heroísmo. . ." Libertados los prisioneros, destacó tropas a San Francisco de Macorís, que no tardó en rendirse, y dispuso que Pimentel, como jefe de operaciones, marchase a la Capital, donde a poco capituló el Presidente Báez.

Este movimiento fue el creador del Triunvirato, formado por Luperón, Pimentel y Federico de Jesús García. Acabó pronto el Triunvirato para llevar, por iniciativa de Luperón, a José María Cabral a la Primera Magistratura. Ese gobierno duró hasta el año 68, y lo derrocó el bando baecista. Se iniciaba el período de los seis años, y Luperón, irreconciliable enemigo de Báez, no tenía otro camino que el destierro. En ese lapso, pasado entre conspiraciones, ataque de prensa y el pelear en campos de la Línea Noroeste y otros puntos de la República, escribió con la espada el guerrillero las más emocionantes páginas de su vida. Acaso ninguna fue como la marcha al frente de cuarenticinco hombres el año 1871, iniciada por las lomas de Capotillo. Un héroe cada hombre, atraído y dominado por el mágico poder de

un espíritu superior, sumaron una sola fuerza con un solo aliento, resuelto en un solo heroico impulso. Ocupados lugares y caminos por tropas aguerridas y bien equipadas del gobierno, estaba descartada toda finalidad de triunfo en los invasores. Moviales un gesto caballeresco de sacrificio ante la inminencia de perderse la soberanía nacional. Bajaron de la loma, serpentearon los caminos abriéndose paso entre columnas enemigas, en puro alarde de valentía. Iban cayendo, pero pesadamente como colosos que se hacían pagar cara su vida. Severo Gómez fue el primero de los paladines en el sacrificio de la vida; y la última víctima Manuel Rodríguez Objío, caído prisionero, falto de vigor físico para resistir aquella jornada. En un esfuerzo supremo pasó Luperón a la retaguardia a batirse él solo, mientras afanosamente instaba a Rodríguez Objío a correr y ponerse a salvo; pero éste, ya extenuado se abandonó al infortunio.

Ignacio María González Presidente de la República pasado el régimen de los seis años. Luperón en Puerto Plata ya es señor a quien apoyan los principales hombres de armas en el distrito. El Presidente le teme a su prestigio, y una orden de prisión suya queda sin efecto luego de ser destrozada una tropa que fue a casa de Luperón a prenderle.

Don Ulises Espaillat en la Primera Magistratura de la nación. Amenazado el gobierno por una revolución en el Cibao, se traslada el ministro de guerra Luperón a Puerto Plata, a dirigir desde allá las operaciones. Nada impide el crecimiento rápido del movimiento, y la plaza quedó cercada por más de mil hombres durante algunos meses. Se peleó día y noche, pero la plaza no pudo ser tomada por los insurrectos. Era obligatorio desalojar al enemigo cuantas veces llegaba a las afueras o entraba en las calles. Cuando no le tocaba a Heureaux ejecutar esa orden, iba el mismo Luperón. Fue tan suya la resistencia, que el fuerte temporal del trece de septiembre del 76 que asoló el Cibao entero se le llamó en Puerto Plata la *tormenta de Luperón*. De tres goletas cargadas de puertoplateños enviados en expedición de guerra a la costa nordeste, naufragaron dos, y la tercera arribó desmantelada a la isla Inagua, de las Bahamas. Aquella ciudad, que para lo heroico ha sido fecunda, dio a esa lucha el holocausto de una florida juventud.

Otra vez al destierro con la caída de Espaillet, pero ya el guerrillero, con un sable que es el primero en la República, más mandará y se impondrá que participará en la acción guerrera. Para eso ya está hecho Heureaux, crecido a su lado después de la Restauración, y dotado para suplirle ventajosamente. Concorre de esa manera Luperón a los posteriores derrocamientos de los presidentes González, Báez y Guillermo, y también preside el gobierno provisional establecido en Puerto Plata el año 1879.

El 86 sigue viendo en Heureaux al mismo pasado por la Primera Magistratura el año 82, y le ayuda dando disposiciones como Delegado del Gobierno en el Cibao, y se vuelve en Puerto Plata insuperable obstáculo para la radiante juventud insurrecta, necesitada de un buen cabecilla. Después, queda en Heureaux, como herencia, todo el prestigio del guerrillero. Pero convertido aquel en un detentador del poder, no hay ni puede haber espacio para Luperón en la República.

Las conspiraciones de los desterrados logran culminar en la insurrección llamada de los *bimbines*, el año 1893. Conciliáronse los más encontrados elementos: Ignacio María González, Casimiro Nemesio de Moya, Pablo López Villanueva, Horacio Vásquez, Eugenio Deschamps, Pablo Reyes, Agustín Morales; y reclamaron para la dirección de las operaciones a Gregorio Luperón ya veterano, y general por antonomasia. Este acudió a tierra haitiana para llenar su cometido, pero el gobierno le negó el asilo y apoyo prometido. Terminó ahí la manifestación del guerrillero. Su manera en esa actividad no era quizás la mejor. Planea en un instante y ejecuta seguido, a base de puro valor. Cae sobre el enemigo como rayo exterminador que va derechamente. No es fuerza que aguarda para moverse las oportunidades señaladas por la malicia o la estrategia empírica.

EL POLITICO.— Hay un modo de actividad en la vida pública que es un constante laborar para sí, apartándose intencionalmente el individuo del interés común. El empleo es una como presa de quien le desempeña, que, de grado, no soltaría nunca. Deriva de ella la placidez de una existencia fácil y comoda, reñida con el esfuerzo, el sacrificio y la responsabilidad, que deben ser constante norte de acción en quienes sirven a la comunidad. Servirse de la cosa, en vez de servir para hacerla

socialmente útil, es la divisa. Viciosa desviación de la democracia, que pone a fermentar los bajos sedimentos del espíritu, de donde saca el arte de la intriga las cuerdas de su malla, a expensas de la vergüenza y el honor. No es el curso de esa clase de política el proporcionado por Gregorio Luperón. Esa política fue precisamente el tormento de su vida pública, teniendo que fustigarla y combatirla en el tono acre de su manera temperamental. La política en él era lo que debía y debe ser: acción canstructiva, empeñada en remover y poner en marcha las fuerzas potenciales del organismo social para modelarlo y estabilizar su existencia, siendo ello la condición primordial para asegurar la felicidad de los asociados. Entendida de esa manera la política, el mando es condición transitoria que pone en las manos una pesada carga, para devolverla mejorada como satisfacción y orgullo personal. En lo dicho he glosado al margen de la ideología política del dominicano que desplegó la más extensa acción civilista, y tuvo el más elevado concepto de la libertad, no en sentido pasivo, sino dinámico.

Dentro de la desorientación general ofrecida por las actividades públicas del pueblo dominicano a raíz de consumada la Restauración, los importantes hombres nuevos no aquejados de ambición, y cuenta que eran pocos, se consultaban sobre los medios adecuados al encauzamiento ordenado de la República por vías de progreso. Se dolían de la incomprensión del interés nacional revelada por los políticos, casi todos patriotas de la última etapa. Figura central, porque a él iban de preferencia los lamentos, era Gregorio Luperón. Se respiraba ese estado de incertidumbre cuando nació y se propagó rápidamente el movimiento en favor de Buenaventura Báez, desligado enteramente de los hombres de la Restauración. Sin embargo, estos mismos lo apoyaron y siguieron. Luperón representó inmediatamente la orientación opuesta, si muy reducida, de valor efectivo como expresión de las ideas liberales y avanzadas que asomaron en el nacimiento de la República y se vigorizaron en la Restauración. Así que, viéndose al principio casi solo y obligado a tomar el camino del destierro, cuando retornó a los pocos meses a encabezar la revolución contra Báez, se encontró con la facción crecida con quienes naturalmente debían formarla, los de la Restauración.

La revolución de los triunviros deslindó pues en dos bandos el campo de la política. El ¡Viva! de los triunviros fue el primer grito pasional que pobló el ambiente político. Tenía la intención de reto lanzado al reaccionarismo de los anexionistas. Tomó la divisa azul, la cual pasó a ser el nombre definitivo de la bandera.

El gobierno transitorio del Triunvirato no tuvo un desenlace fatal, porque Luperón, el de más talla de los tres, en presencia del embrollo armado por la ambición de los compañeros, se impuso, cortó por lo sano, e hizo de manera que José María Cabral fuese electo Presidente de la República.

Tenido Luperón por el prohombre del partido azul, no fue, sin embargo, su cabeza o caudillo; a pesar de que tuvo esa creencia, sin desplegar la actividad requerida para ello. Caudillo no lo fue, ni lo sabía ser quien despreciaba el mando. Lo despreciaba porque se conocía a sí mismo, y sabía que para realizar su ideal de gobierno, el carácter suyo, hijo de los campamentos, apelaría inevitablemente a la violencia, pues no otro medio aceptaba para ser conducida la natural indisciplina del dominicano, de que él mismo era un acabado tipo. Pero no queriendo asumir aquella para él sagrada responsabilidad, y puesto a la vez en el caso de no poder eludirla en cuanto al deber de político y de patriota, satisfacía ese compromiso y aspiración arrogándose el papel de guardián, nada menos que exigente, de los sagrados intereses de la patria, reclamando la acción gubernativa para todo impulso de progreso, o interviniendo también en casos de violación de las libertades públicas del ciudadano. El Presidente Cabral fue el primero a quien le tocó sentir la acción de aquel control. Era época de frecuentes anomalías, por las deficiencias del medio y la necesidad defensiva del gobierno; así es que a Luperón le sobraban motivos para tener a menudo altercados con el Presidente.

El régimen de los seis años, en manos de sus enemigos, a su parecer también de la patria, no tuvo más tenaz combatiente. Cuando regresó al país, el Presidente era Ignacio María González. Residía en Puerto Plata, donde Eugenio María de Hostos tuvo su apoyo para publicar la revista LAS DOS ANTILLAS, notable por ser de quien era, y por la noble campaña que sostenía en pro de la libertad de Cuba y de Puerto Rico. Para un

gobierno hay intereses internacionales que está en su conveniencia no lesionar. Para Luperón, en tratándose de la libertad de un pueblo, no había interés político digno de serle sobrepuesto. El gobierno prohibió la publicación de la revista, y ya éste fue el principio de su caída... Funcionaban en las principales ciudades del Cibao sociedades políticas con el nombre de LA LIGA DE LA PAZ. En apariencia las animaba un espíritu de política de principios, pero íntimamente las impulsaba la desafección al gobierno. El fundador y animador de esas instituciones, Manuel de Js. de Peña y Reynoso, comulgaba con la política de Luperón. Fue éste agredido a tiros por gente del gobierno, y ahí se tuvo el pretexto del rompimiento; y González, acusado ante las Cámaras, acabó por renunciar. En los años siguientes, a excepción del tiempo en que estuvo Báez otra vez en el poder, afluyó a Puerto Plata una numerosa inmigración cubana, no faltando entre ellos héroes de primer rango como Antonio Maceo y Paquito Borrero, plenos de confianza en el hombre que los amparaba. Nadie en la República Dominicana se atrevió a tanto. El gran Antonio Maceo, en carta escrita desde uno de los países de su peregrinación, recordaba con elogios al amigo de la libertad cubana Gregorio Luperón.

Con motivo de la quijotesca actitud de este notable dominicano, es oportuno recordar que las autoridades españolas, de manera formal, en una entrevista tenida en Puerto Plata, se atrevieron a proponer la entrega de los conspicuos exilados cubanos a cambio de ex presidentes desterrados y de dinero. La oferta fue rechazada con corteses maneras no habitadas por Luperón en tales casos. Se concretó a reafirmar la calidad de su honor incorruptible. Precisamente, esos mismos protegidos suyos habían sido causa del pronunciamiento del mes de octubre del año 1879 contra el gobierno presidido por el general Cesáreo Guillermo, y de donde nació el gobierno provisional encabezado por Luperón.

Serías contrariedades sufridas por él y el partido azul desde hacía diez años, y el mismo incidente de los emigrados cubanos, le decidieron retener en sus manos, con carácter transitorio, la presidencia de la República, atento, desde luego, a afianzar la bandería. Es bueno ver en el poder a quienes predicán en nombre de los principios, para comprobar si son sinceros. Com-

prendió lo primero, que todo gobierno de la época, aun con el mejor programa civilista, no podía dejar de lado el problema de la fuerza, base de su estabilidad. Dió un decreto estableciendo la pena de muerte para quien tratase de subvertir el orden legal establecido. Una pifia para la pureza de los principios, y una inconsecuencia en él, que se había pasado los días más azarosos de su vida atenazeado por esa garra. Ahora creía en su eficacia. Era que a pesar de sus empeños civilistas, no podía, siendo hombre de armas, evadirse de lo que era enteramente propio de la época. El Padre Meriño repitió a poco esta inconsecuencia, y tocó el extremo de ejecutar lo decretado. Luperón instituyó el servicio militar obligatorio, pero creó una escuela para cada batallón, a fin de que los militares aprendieran a leer, escribir y contar. Pero el hombre de armas no pasó de ahí, y se puso frente a los problemas del pueblo con la alta comprensión de un estadista. Todo laboriosidad, como no podía dejar de serlo, en teniendo a su cargo cualquiera misión, atendió a cuantos reclamos del interés público llegaron a él. Se fue a la práctica de los medios impulsores del progreso social, y creó juntas de artes y oficios en los municipios, con mira al incremento industrial. Hizo instituir juntas de agricultura en cada cabecera de municipio, para facilitar la adquisición de tierras y los medios de cultivarlas. Estableció subvención para los periódicos publicados en el país y para los autores de obras nacionales el veinticinco por ciento de los gastos de impresión. El Congreso Nacional no tuvo trabas; fue dueño de sus deliberaciones. Lo mismo pasó con la Convención Nacional que elaboró la Constitución promulgada en mayo del año 1880. A Puerto Plata, residencia del Poder Ejecutivo, acudió una multitud de personas honorables de toda la República, a someter a la consideración del Presidente cuestiones de política, pero política social, no de intriga, que bien sabido se tenía todo el mundo lo inabordable del hombre por ese lado.

No por provincialismo dejó en Puerto Plata la residencia del Ejecutivo, sino por aversión al ambiente de intrigas propio de la Capital. Lo respiró el año 66 cuando el Triunvirato, y juró vivir eternamente alejado de su contacto. Sin embargo, el núcleo de la juventud idealista e ilustrada de la Capital lo admiraba. Con el poder en las manos y respaldado por la mayoría,

que lo era ya el bando azul, escogió legalmente al Padre Meriño para reemplazarle en el mando. Dentro de la facción, buscaba al hombre más adecuado a la continuación del organizado estado de cosas implantado por él. Declaraba sinceramente no poseer el lustre cultural requerido para seguir encaminando al pueblo por el sendero de su verdadero y alto destino. Estando la nave del Estado en manos expertas, le pareció llegado el momento de irse a Europa a ver de cerca y a vivir la civilización, con el fin, no de recrearse sino de ampliar las actividades internacionales de la República y estudiar métodos apropiados a la explotación de sus recursos naturales. Se le confió el cargo de ministro plenipotenciario cerca de las principales cortes del continente. Una representación de esa calidad en la persona de quien hacía de la República una entidad con fisonomía propia y dueña de su destino, fue la primera que tuvimos. Ostentó el mismo aire altivo inseparable de su persona, y cuantas oportunidades se le presentaron las aprovechó para exaltar las glorias de la patria. Las personalidades con quienes tuvo contacto, especialmente personajes de las cortes y estadistas, dispensaban su buena acogida al héroe de una guerra libertadora contra la monarquía española. Y Otto von Bismark, que, tras de concederle una audiencia, no le pudo recibir, por haber tenido la repentina necesidad de ausentarse, le dejó como grato recuerdo la pluma de fuente de su uso personal. La inmigración y mercados para los productos agrícolas de la República fueron de los temas preferidos en los países visitados.

Desde allá inclinó la balanza de la opinión pública en favor de Ulises Heureaux como candidato a la Presidencia de la República el año 1882. Sentía el orgullo de quien contempla en sus legítimos herederos la prolongación de las cualidades constitutivas de los motivos de preeminencia personal. Cuando finalizaba ese período de Heureaux estaba Luperón de regreso en el país. La sucesión de gobiernos era normal, dentro del partido azul, monopolizador entonces de la máquina política. Pero entre sus elementos había plena libertad de aspirar a la Primera Magistratura. No existía un caudillo, amo y dispensador único de la Presidencia. Corría el año 1884. Los aprestos para las nuevas elecciones nacionales fueron una manifestación de avance, la más apreciable en la lenta y escasa evolución tenida por el

civismo hasta esos días. Y eso que no estuvo exenta de exclusivismo, pues los baecistas o rojos estaban pasivos, faltos de asidero. Las elecciones nacionales del 80 y el 82 se resintieron de temor al enemigo, y hubo en ellas su buen poco de espíritu de fuerza vigilante, dispuesto a imponerse en caso de peligro. Las que ahora, en el 84, se iban a efectuar, contaban con un ambiente libre para escoger y discutir candidatos. La instalación de un comité prendía indescriptible regocijo en cada bando, que miraba en ello un recurso más para la consecución del triunfo. Los empleados públicos se resolvían por el candidato de su simpatía. Se conquistaban adeptos hasta en los recintos militares. La prensa era tribuna abierta a todas las discusiones de principios. Moya y Billini, los candidatos contendores, reunían cada uno por sí las mejores calidades requeridas para la formación de un gobierno ejemplar. Había en ellos juventud, lustre cultural, comprensión de los problemas nacionales, y elevado concepto de la misión de un gobernante.

Luperón se declaró por Moya; sin embargo, éste fue vencido. Ulises Heureaux, más conocedor del medio que Luperón, y que en sus adentros se reía ya del prestigio de su antiguo jefe, se tiró a la calle como quien dice, y sacó triunfador a Billini. Moya vencido quedó satisfecho, esto es, a la altura del civismo prevaleciente en la campaña electoral. Dos años después, el 86, se presentó la ocasión del desquite en unas elecciones de atmósfera no tan despejada como la anterior; y del fracaso de Moya pasó éste a la protesta armada. La juventud del 86, fautora de la revolución, repudió a Luperón y le hizo blanco de duros ataques. Ella no quería verle amigo de Heureaux, pero la diplomacia de éste, que aun no había sacado afuera las garras, daba para suavizar y engañar a Luperón. En los momentos de las acriminaciones hubo jóvenes que señalaron el peligro para la causa de enajenarse a Luperón, pero tal insinuación fue despreciada.

Iniciado el régimen de Heureaux, imaginado por Luperón como suyo, no tardó éste en arrepentirse; pero ya era tarde. No se podía desandar el tiempo y los acontecimientos para crear otro desenlace o finalidad. Se caía en los efectos inevitables de una ley desenvuelta al través de fenómenos sociales y políticos, a los que el mismo Luperón, a pesar de la mira y la intención

altas, había en parte concurrido. Rabia, grita y protesta, pero nada más le queda un camino expedito: el ostracismo. ¡Cómo le duele habérsele vuelto un monstruo terrible aquel orgullo de sus campañas de guerrero! Pero no hay cuidado, dice: "lo arrojaré del poder a balazos a ese bellaco opresor de la patria querida..." Conspira y busca los medios de organizar expediciones; cosa menos fácil ahora. Ante los obstáculos insuperables se consagra a una intensa labor de prensa contra la tiranía primero, y luego a la terminación de su obra histórica acerca de la República Dominicana desde la Restauración. De la espada a la pluma. Una y otra son caminos de la gloria. Sobre ese plano luminoso irguió la frente Luperón merced a la espada. La pluma fue un complemento, no para impulsarle tan alto, sino para dejar trazadas las proyecciones de su espíritu sobre el sinuoso sendero triunfalmente recorrido.

El político es el título de este aspecto que he venido considerando. Le recuerdo porque acabo de aludir a la obra NOTAS AUTOBIOGRAFICAS Y APUNTES HISTORICOS SOBRE LA REPUBLICA DOMINICANA. En ella está vaciado y ampliamente desarrollado su concepto de la política como ciencia de gobernar y hacer felices a los pueblos. Concepto vivido en la práctica y no acariciado en teoría, a pesar de haberlo aprendido en los libros. En eso y en los aportes a la posteridad histórica, se queda solo, es único entre nosotros.

EL PATRIOTA.— El sentimiento de amor a la patria le puso a volar tempranamente hacia las alturas. Fue un motivo de aliento para toda la vida, con la particularidad de que tuvo influjo preponderante sobre las demás exteriorizaciones de su alma. Para él, nada más sagrado ni más grande que la patria. En mirándola en peligro o deshonrada, se le agigantaban las potencias espirituales, y su verbo, hecho para dominar, subía de grado en fuerza de atracción. Esa postura fue la más intensa vocación de su espíritu.

La vida de libertad iniciada con la Segunda República debió haber sido un llano y firme caminar hacia la reafirmación de la conciencia colectiva como expresión de un sentido claro y preciso de la nacionalidad. Mas no sucedió así. Los desatinos de quienes acababan de aprender el valor de la libertad, daban claras muestras de incomprensión de la verdadera finalidad de

la vida social. El sentido de la nacionalidad estuvo en crisis, sujeto a las variantes de cosa inestable. Entre la minoría de selección, núcleo indispensable en todo agregado social, se erguía un personaje de mayores proporciones que quienes le rodeaban. Era el producto máximo de la Restauración, elaborado con la más nativa materia prima del pueblo como necesidad presente y futura de la integridad del mismo pueblo. Había patriotas, pero como Luperón, ninguno tan apasionado, exigente, escrupuloso, dinámico y combativo.

El bando anexionista, que no debió existir después de la campaña restauradora, fue una realidad, y hasta conquistó la voluntad de la mayoría del pueblo. Una ceguera de incompreensión contra la cual se jugó Luperón la vida incontables veces, ocasionándole por añadidura sus mayores odios personales. Los anexionistas fueron sus enemigos irreconciliables, y los restauradores o patriotas, personas privilegiadas en cuanto a merecer la mayor honra de la sociedad. Por el patriotismo entendido y vivido así, combatió sañudamente a Báez; no le concedió valer alguno a Gautier; reprendió a su compañero de armas José María Cabral; y tuvo rozamientos con González y con Guillermo.

Uno de los rasgos de superioridad moral en un espíritu es la ausencia de la envidia y el odio para juzgar a otros de la misma actividad y con quienes se estuvo en abierta oposición, o fueron compañeros de la misma causa. Para lograr esto hay que vencerse a sí mismo, y puesto en plano de ecuanimidad, pasar por alto los rasguños, punzadas y heridas granjeados en la lucha de los intereses humanos. Gregorio Luperón pasa por el único dominicano entre sus contemporáneos de la vida pública, que experimentó satisfacción y honra en dar a conocer a la posteridad los hombres de aquel escenario, moviéndole por sobre todas las consideraciones un espíritu de justicia. Sólo él nos habla de amigos y enemigos, sin que los pecados de unos y otros queden aplazados para que la posteridad se encargue de juzgarlos, como dicen a veces por ahí, y tampoco omite las virtudes negadas u olvidadas. Sobre Pedro Santana, a quien odiaba por principio, escribió el juicio más sereno y equitativamente ajustado al valer efectivo del personaje. Toda una generación careció de libertad de espíritu para juzgar sin odio a ese personaje. Y al presente, cuando la siguiente generación lleva rebasado el

meridiano de la vida, los espíritus que sin ataduras de prejuicios heredados o impuestos educacionalmente se ponen a precisar el valor intrínseco del hombre en su escenario, coinciden con Gregorio Luperón. Las cosas y personas de valer las miraba con sentimiento de dominicano. Por lo mismo, eran suyas, y como tal las defendía y ponía en alto.

**FACTOR RACIAL.**— En el suelo dominicano y dentro de la actividad predominante en la vida colectiva, el factor racial fue elemento de valor efectivo en el desarrollo de las individualidades. La pureza de raza no fue propicia a la exteriorización cabal de una vida. En el blanco faltó la energía propia de la superioridad de adaptación del criollo. En el negro hubo la intensidad de energía, pero faltó la luz del ideal, que pone alas en el espíritu y forma una amplia comprensión de la vida. El tipo de cruce racial fue el único que sirvió de conducto para las mayores potencialidades individuales. Parece haber en ello algún influjo o reclamo de las condiciones mesológicas, hijas de los trópicos. Ese tipo de cruce es el que aporta la mejor calidad de hombre criollo, de la misma correspondencia vital con el suelo que el fruto con el árbol de cuya savia forma sus tejidos y jugos.

Luperón pertenece a ese tipo. La escuela del mundo, la vida, fue su educador o modelador; obra gradual que el incentivo de la siempre llameante aspiración fue cincelandando. A este propósito es del caso recordar la sorpresa que causó en Puerto Plata el año 1874, a raíz del derrocamiento del Presidente Buenaventura Báez. Pasaba para Europa en un buque inglés que hizo escala en el puerto. Llevaba seis años fuera de la patria, empeñado en la árdua empresa de combatir a Báez. Sus compueblanos, admiradores y amigos, le agasajaron con una serenata a bordo. Mientras discurría la fiesta, Luperón, con la entusiasta cooperación de la oficialidad del barco, fue todo cumplimientos y atenciones para los festejantes, poniendo en sus maneras el aire aparatoso que le era habitual. Pero nada impresionó tanto como su despejo y soltura en la conversación, cuando no en inglés, en francés, tenida, acaso intencionalmente, con el capitán del buque o con pasajeros franceses. El periódico LA VOZ DEL PUEBLO, de aquella ciudad, que reseñó el acto, exclamaba: “¡Lo que se adelanta en la escuela del ostracismo...!” El Lupe-

rón conocido el año 68 al iniciarse el régimen de los seis años, no contaba todavía con tan apreciable recurso, adquirido a impulso de los reclamos de la lucha a que estuvo entregado en cuerpo y alma. El mismo escribir e ilustrarse sobre cuestiones sociológicas y de historia general, fue también adquisición del destierro.

Siguiendo un curso ascendente se han recorrido las exteriorizaciones predominantes de una individualidad en relación con el escenario social que la engendrara. El punto culminante es un vértice a donde van a parar todos los senderos recorridos. En ese punto de concurrencia, expresión sintetizada de la unidad de una vida, se descubren como primitivos móviles: la pasión de la guerra, el concepto del honor y la ambición de la gloria.

Tomado en la totalidad del ser, la condición general de superioridad se puede resumir como sigue:

Primero: Vigorosa superabundante de espíritu y de cuerpo.

Segundo: Un ideal de patria destacándose sobre el de libertad como uno de los móviles impulsores de la humanidad. Consecuencialmente: nobleza de intención en el fondo de la incesante actividad reclamada por la moldeación y progreso del organismo social.

Tercero: Espíritu independiente, sincero y abnegado.

Cuarto: Comprensión y amor de las cosas criollas, de cuyas cualidades y deficiencias era un acabado reflejo.

En Puerto Plata. Es el año 1883. Cualquiera tarde diáfana en aquella ciudad de ambiente luminoso, se veía transitar por las calles, en son de paseo, a un par de hombres. El uno encorvado al peso de los años, la piel mulata arrugada, el pelo grisáceo, el paso inseguro, los ojos vidriosos y la mirada cansada, como asomada al sepulcro. Se llama Pedro Eduardo Dubocq. El otro le hacía compañía y platicaba, llevándole del brazo. Era alto, de porte arrogante y en plenitud de virilidad, que contrastaba notoriamente con la figura del anciano. Su nombre: Gre-

gorio Luperón. Ya en lo alto, granjeados los honores con que soñara en los años adolescentes, llevaba del brazo a su protector, cercano para éste el fin de la vida. En el corazón del héroe ardía incesantemente una llama votiva por el hombre que le proporcionara a tiempo los medios de hacer lumbre para iluminarse por los cruzados senderos de la existencia. De todo ello queda una perenne lección, que es el triunfo del ideal.

Santo Domingo,  
junio 19 de 1963.

## PEDRO FRANCISCO BONO

Species plurimae,  
Uniam et magna veritas est,  
Et praevalent.

*Por J. Max Ricardo Román*

Pedro Francisco Bonó, el civilista por excelencia, formaba parte de esa pléyade de personajes que vivieron en la segunda mitad del siglo pasado, quienes tremolaron el pendón de las causas idealmente justas y laudables: Ulises Fco. Espaillat, Máximo Grullón, Benigno Filomeno de Rojas, Domingo Daniel Pichardo, Pbro. Dionisio de Moya, Román y Juan Luis Franco Bidó y José Desiderio Valverde, y otros, adalides que, antes de mirar la propia conveniencia e interés en el partido azul en el cual militaban, consideraban mejor los que atañían al conglomerado social del que formaban parte. Tal fué el altruismo y desprendimiento de ellos, aun cuando ambas virtudes se atenuaran en las vicisitudes y alternativas de la política implacable y sin corazón de esa época.

Don Pedro F. Bonó —alteza de miras, carácter firme e irreductible, y sobre todo, bien intencionado, liberal y progresista— era de la misma estirpe patricia y procera, que la de aquellos compañeros suyos cuyos nombres hemos mencionado antes, en las inacabables luchas fratricidas sostenidas contra el partido rojo o baecista. Así pues, describir la vida de este prócer es adentrarnos en la biografía de sus compañeros, por la singular similitud de puntos de contacto que existe entre ésta y las de aquellos. Tengo la seguridad de que mis conocimientos no están a la altura de esta ejecutoria que me he impuesto; pero me he arriesgado a la empresa de trazar un breve perfil biográfico del Señor Licdo. Bonó, lo más exacto, preciso y detallado que me sea posible con el escaso material informativo a mano.

Nació Don Pedro Francisco en la ciudad de Santiago de los Caballeros, el día del Señor del 18 de octubre de 1830 (a), en la casa que estuvo situada en solar de la esquina de las calles Sol y San Luis, y donde está ahora el inmueble que habitó Don Baduit M. Dumit. Hijo de la unión de los esposos Don José Bonó e Inés Mejía, hermana del Gral. Bartolo Mejía, y murió en San Francisco de Macorís el 15 de septiembre de 1906, a la edad de 76 años. Eran sus abuelos; Don Lorenzo Bonó y Doña Eugenia de Port. Don Lorenzo pasó a mejor vida a mano de los feroces y sanguinarios haitianos, y su viuda hubo de emigrar del Cabo Haitiano (Guarico) con su hijo José muy pequeño, disfrazado de hembra. Mad. de Port —mujer de espíritu esforzado— vió diezmada su familia, incendiados sus cafetales e ingenios por las huestes del Gral. Cristóbal, ya que el odio y la venganza animaban a los antiguos esclavos en una lucha sin cuartel, tras la libertad, que les era más preciada que la vida misma.

Adolescente, trabajó en el establecimiento comercial de Don Furcy Fondeur (1), al par que se ocupaba de sus estudios. Se asegura que uno de sus maestros, lo fué el ilustre prócer Don Juan Luis Franco Bidó, el héroe inmortal de Sabana Larga y Jácuba. Más luego, trabajó por cuenta propia, estableciéndose en la casa solariega (calles San Luis y Sol, acera Noroeste), la

---

a).—Primera página: Fecha de nacimiento de Don Pedro Fco. Bonó, según datos de su sobrino el Licdo. Manuel de Js. Bonó: el 18 de octubre de 1830. (Dato suministrado en el 1947).

Según su nieta Doña Carmen Añil y Bonó: El 1° de agosto de 1828, San Pedro Ad-Vincula. (Dato suministrado al Archivo Histórico de Santiago, 28 de junio de 1963).

Como el sobrino Licdo. Manuel de Js. Bonó estuvo directamente en trato con su tío Don Pedro Fco., éste le suministró la mayor parte de los datos que sirven de base a esta monografía, y por tal razón nos debemos a la primera fecha.

1).—Antigua calle Comercio, hoy España, acera Este, casa marcada con el N° 3 actualmente. Cuadra comprendida entre las calles LAS ROSAS (hoy 16 de Agosto), LA BARRANCA (hoy 27 de Febrero), de CUESTA BLANCA (hoy Duarte) y la referida calle Comercio. Es de suponer que tal establecimiento fuera una farmacia, y como tal lo vimos en nuestra niñez, allá para los novecientos y tantos.

En la lista de comerciantes de Santiago, nacionales y extranjeros, después de la guerra de la Restauración, tomada el 14 de mayo de 1864,

cual junto con las de las otras tres de las esquinas, pertenecían a su padre. Muy pronto llegó a adquirir una fortuna regular, la que perdió totalmente con el incendio del 6 de septiembre de 1863.

Después del crimen político cometido en la persona del Presidente Salcedo, se retiró a San Francisco de Macorís, donde levantó en la calle Colón una casita de tejamanil, revestida de tierra gredosa que le daba aspecto de pared. Hombre de múltiples actividades y conocedor de varios oficios y profesiones —polifacético, casi podría decir—: era buen médico y notable botanista; bienhechor, consolaba a los pobres, curándoles de sus males, mientras obtenía recursos de los pudientes, y en intertanto no quiso ejercer su profesión de abogado, prefiriendo en cambio, fundar una destilería para la cual preparaba personalmente sus ladrillos, y recogía la piedra caliza y las quemaba, ya que para esa fecha, no existían en Macorís ni caleros ni alfareros. En esos trabajos de preparación del material necesario, contó con la cooperación de su hermana Casimira.

Para aquella época dicho poblado estaba en sus comienzos, y tendría a unos cuantos santiagueses, veganos, mocanos y otros vecinos aledaños, contribuir a su población y progreso; así pues, nada es de extrañar la carencia de obreros —especializados o nó— y no habiendo latoneros, el mismo Don Pedro Fco. se preparaba sus envases, galones, sifones y todo lo necesario; no habiendo curtidores, él y su padre curtían las pieles, y se hacían los zapatos de la familia; también blanqueaba la cera de las velas que alumbraban su casa; del melado sobrante del alambique

---

por Don Pedro Gregorio Martínez, Gral. de Brigada, y Gobernador Civil y Militar de dicha Provincia, asistido del Secretario de ese Despacho, Sr. Agustín Franco Bidó, no figura el nombre de Don Furcy Fondeur como comerciante. Pero en otra lista, de los comerciantes anteriores a la guerra restauradora, figura el Sr. Coronel Furcy Fondeur como teniendo su establecimiento en la calle "El Vidrio" (hoy Mella), lo cual nos lleva a la conclusión de que en realidad el adolescente Pedro Fco. Bonó trabajara en este local, y no en el que estuvo ubicado en la calle "Comercio" (hoy España). Esta lista que parece ha sido extractada de documentos de la época, aunque no está debidamente autenticada. En esta lista aparece el Licdo. Pedro Fco. Bonó, en su calidad de comerciante, ubicado en la calle "Sol".

fabricaba el azúcar para el consumo doméstico; además preparaba excelentes jamones y chorizos. El mismo Don Pedro Fco. limpiaba su sombrero, que siempre usó de panamá; carpintero y ebanista construía sus muebles y en el patio de su casa, cosechaba las legumbres necesarias para su mesa, cual nuevo Cincinnati. Como la población carecía de reloj, construyó dos de sol, que señalaban la hora con la mayor exactitud a los particulares y oficinas públicas.

Como vemos, un entendido en muchos oficios y profesiones y otras actividades, este señor Bonó fué un hombre notable; ya que era: abogado, médico, botanista, hojalatero, sastre, zapatero, curtidor, carpintero, agricultor, político, economista, (2) publicista, (3) filósofo y comediógrafo (4).

---

2).—Como economista: Dice Don Eliseo Grullón en su artículo "Prócer y Restaurador", refiriéndose a Don Pedro Fco. "Hombre de ideas prácticas y de celoso patriotismo, combatió en nombre del porvenir económico de las regiones del Sur el establecimiento de los ingenios de caña por capitalistas extranjeros, sin las colonias fomentadas por los nativos; así como más tarde, objetó la construcción del ramal de vía férrea entre S. Fco. de Macorís y La Vega, fundado en la falta de producción para alimentarlo.

3).—Como publicista: Estamos muy lejos de tener las pretensiones de formular un juicio sobre la obra del escritor que había en Bonó: sólo diremos: que un hombre de su amplia cultura y de la vastedad de sus conocimientos sólo podía y debía esperarse excelentes monografías, tanto en el fondo como en la forma, como así lo era en efecto. Véase si no la serie de sus artículos, publicados en LA VOZ DE SANTIAGO, entre el 30 de octubre de 1881, y el 8 de enero de 1882, y titulado "APUNTES SOBRE LAS CLASES OBRERAS DOMINICANAS", en los cuales se destaca al economista y al civilista, bien orientados en pos de la superación social y económica del conglomerado. (Reproducidos por E. R. D., en PAPELES DE P. F. BONO, de próxima publicación).

4).—Con vistas a ridiculizar la inmoral y rapaz administración del Pte. Heureaux, escribió una comedia en la que figuraban como actores una serie de animales salvajes y domésticos, que simulaban los personajes del gabinete lilisiano y otros, y situaba las escenas habidas en la sabana de Angelina, próxima a S. Fco. de Macorís. Es lástima que el original de esta pieza teatral, no hubiese llegado a nuestras manos, ya que nos hubiera permitido una idea siquiera ligera del Sr. Bonó en su calidad de comediógrafo.

El hecho de haber fijado su residencia en Macorís, se debió a una visita que hizo su padre al lugar anteriormente; en que habiendo contemplado aquellos campos apropiados para la crianza del ganado —y como él mismo Don José era un entusiasta con la crianza— decidió establecerse allí, y por tal motivo, su hijo, al retirarse de Santiago y de la política, siguió a su progenitor, asentándose en la misma localidad que aquél.

Pedro Fco. Bonó era un hombre blanco, rosado, alto, elegante en el vestir, de maneras distinguidas, de rostro alargado, delgado, lampiño o rasurado, de facciones un tanto austeras, de ojos de mirar sereno, como su propia conciencia, labios firmes y apretados que revelan la entereza de su carácter, un poco apegado a sus ideas, de maneras sencillas aunque algo aristocráticas, sumamente caritativo, y de muy animada e instructiva conversación, tanto en castellano como en francés, que poseía a perfección, por ser este el idioma que usaban en su casa su abuela Mad. de Port, su padre Don José y sus hermanos. En lo personal era muy pulcro, ya que se cambiaba de ropa diariamente. Muy amante del estudio, vivía, como quien dice, entre sus fieles amigos, los libros; de ahí, sus conocimientos casi enciclopédicos.

Sus familiares: Hermanos: Alejandrina, Sixto, Carolina, M. Casimira y Manuel de Jesús Bonó.

Sus hijos: Florencia Fernández y María Casimira Bonó.

Es inconcebible que un hombre de la estructura moral, de sentimientos eminentemente cristianos, de una posición social y económica inmejorable, no hubiese pensado en la santidad y conveniencia del matrimonio, y se hubiese casado, contrayendo una completa unión favorable para ambas partes. Como no siempre hallamos la perfección en el individuo, este es sin duda, el punto débil en la personalidad de mi biografiado, pero sus razones tendría para ello, y como no las conocemos, debemos silenciar este detalle único que podría empañar la serie de buenas cualidades de Don Pedro Francisco Bonó. Pero en honor a la verdad, debemos decir, que si no tomó nuevo estado, en cambio, escogió a su propio hermano para encompadrar sirviendo de padrino a sus hijas, prueba fehaciente de que Bonó quería convivir con los suyos, lo cual lo situaba en la senda de las reparaciones morales y sociales y de su misma conciencia. De igual modo, y según nos aseguran sus familiares, Don Pedro Fco. convivió con sus her-

manas solteras María Casimira y Carolina, lo cual robustece lo dicho anteriormente.

Ahora hablaremos del hombre público:

Su bautismo de fuego lo tuvo en la memorable batalla de Sabana Larga en el 1856, ya que acompañó al General en Jefe de esa campaña, Don Juan Luis Franco Bidó, en calidad de Secretario Particular.

Compañero de Espailat, Valverde, de Rojas, Curiel, y otros, tomó parte activa en el movimiento del 7 de julio de 1857, al que calificó del más hermoso gesto cívico dominicano, y Diputado por Santiago al Soberano Congreso Nacional de Moca (5), y se asegura que esa misma noche, reunidos en la Fortaleza de San Luis el grupo de idealistas, procedieron a redactar el ponderado Manifiesto, en el cual se hacen cargos no sólo contra Báez sino contra Santana también, lo que prueba que estos civilistas estaban por emanciparse políticamente de las influencias absolutistas de ambos personajes, aun cuando la inconsecuencia y los intereses partidaristas dispusieran el malhadado regreso del Libertador. Como Diputado por Santiago, desempeñó su cargo con idoneidad y exactitud, ya que su palabra fácil y autorizada y su argumentación sólida le sirvieron de mucho para la presentación de sus mociones, proyectos y discusiones, las que, mediante diestra defensa y exposición conveniente le conquistaron el aplauso general y el de sus compañeros.

Después del triunfo de la contrarrevolución iniciada por Santana (30 de septiembre de 1858), en exilio voluntario se ausentó para los Estados Unidos de Norteamérica, en unión de sus amigos y compañeros de gobierno: Sres. Don José D. Valverde, Don Domingo Mallol, Don Ulises Fco. Espailat, Don Benigno F. de Rojas, y de otros. Al tomar ellos la goleta en Montecristi, el bote que en esa noche los condujo abordo fué despedido con una descarga cerrada, hecha por algún santanista desesperado; pero afortunadamente los proyectiles no hicieron blanco, y los ocupantes resultaron ilesos. En los Estados Unidos los señores visitantes aprovecharon su tiempo estudiando las instituciones,

---

5).—Fueron sus compañeros de Diputación los Sres. Macario de Lora y Juan Belisario Curiel.

las leyes, usos y costumbres, el idioma, etc., para alentar y fortalecer su espíritu de civilistas, y quizás para aconsejar y dictaminar para el futuro algún cambio institucional que favoreciera a nuestro país. Muy posible es que llegaran a darse cuenta, al establecer las comparaciones de rigor, de que la constitución de Moca era un instrumento demasiado avanzado para nuestro medio, en aquella época.

Meses más tarde, pudieron regresar al país, mediante los salvo conductos correspondientes que les otorgara el Libertador, cuando ya tenían el propósito de fijar residencias en Cuba, o en su defecto, en España.

De regreso al país, y durante la anexión, y hasta la revuelta restauradora, fué un opositor a tan nefando crimen, y al iniciarse ésta, tomó parte en todos los movimientos, desempeñando cargos de importancia, como veremos en el curso de esta monografía.

Su firma no autorizó el acta de pronunciamiento de Santiago de los Caballeros, el 24 de marzo de 1861, a favor de la anexión a España, crimen de lesa patria que muchos han querido justificar de mil maneras, especialmente los simpatizantes de Santana y de los tiranos. Esto no obstante, quizás si se viera precisado a prestar el juramento de fidelidad a S. M. Isabel II y a las leyes españolas, como es fama que le sucedió al Gral. José D. Valverde, entre otros, quien, desde un principio se negó a firmar dicho documento. Se vió favorecido con el Decreto Real del 1º de octubre de 1861, quedando autorizado a ejercer como defensor público, en unión de los señores: B. F. de Rojas, J. B. Curiel, R. Curiel, M. de Rojas, Ml. Ponce de León, D. D. Pichardo y V. Morel; pero se asegura que desde entonces Don Pedro Fco. no volvió a ejercer su profesión de abogado.

En la conferencia tocante a la capitulación de las fuerzas españolas en Santiago, que tendría lugar a las dos de la tarde del 13 de septiembre de 1863, de acuerdo con Luperón, éste designó a los Sres. Bonó, Espaillat, Pujol y R. Curiel, amigos suyos, sus representantes en dicha conferencia. Y ¿cómo podríamos imaginarnos a Luperón, que para ese entonces era un simple desconocido en el escenario político, contar con esa autoridad y arraigo como para imponer cargos y atribuciones a pró-

ceres de estatura moral y de ejecutorias muy superiores en varios aspectos a las de él mismo? (13 de septiembre de 1863).

En los comienzos de la Revolución Restauradora se presentaron una tarde a su oficina, Don Ulises Fco. Espaillat, Don Pablo Pujol y Juan Belisario Curiel a pedirle que redactara el Acta de la Independencia o Manifiesto de la Revolución, dictándole Don Ulises:

“Pierre, coje la pluma, que tú eres el historiador, y estás ante la Posteridad y escríbelo”.

En el primer Gobierno Restaurador tuvo el cargo de Comisionado de Guerra, el cual desempeñó ocho meses, o sea hasta el 12 de mayo de 1864. A fines del 1863, estaba residiendo temporalmente en San Fco. de Macorís, en calidad de asesor o proveedor de las fuerzas del Gral. Olegario Tenares. En vistas de los innumerables atropellos y violaciones cometidas contra los dominicanos por el Gobierno de Geffrard, en los que se vulneraba el derecho de gentes, el Gobierno Restaurador envió a Bonó, en calidad de enviado confidencial. El Presidente haitiano no lo recibió, ya que no quería malquistarse con el Gobierno Español, al que debió pagarle 200 mil pesos de indemnización; pero en privado se hizo informar del objeto de la comisión; pero nada de positivo consiguió o pudo conseguir el Gobierno de Santiago como resultado de esa misión. (18 de junio de 1864).

Bonó estuvo formando parte del 1er. Gobierno Restaurador hasta el asesinato del Pte. Salcedo (5 de noviembre de 1864), del cual protestó con toda la energía y entereza de carácter propias, exigiendo investigación y castigo para los culpables, lo cual motivó que el Gral. Polanco le advirtiera: “Bonó, por respeto a su personalidad no lo mando a fusilar por la actitud que Ud. ha tomado en la muerte del Gral. Salcedo, pero no continúe en esa actitud airada”, a lo cual él contestó: “Sé que si Ud. lo ordenara sería fusilado, y para no traicionar mis convicciones no sólo le hago entrega de las dos carteras que ocupó en su gobierno, a las que renunció en este momento, sino que me retiro a la vida privada, no volviendo a actuar en la política de mi país, mientras no sean los tribunales de justicia, los que llenen los trámites legales, y sean los únicos que puedan disponer de la vida de los conciudadanos”. Y de la puerta de la casa de Gobier-

no (6), salió para S. Fco. de Macorís, sin despedirse de su familia y amigos, porque ya su actitud era conocida y aprobada por gran número de prominentes compañeros, y no era otro su

---

6).—Casa de Gobierno: La casa de Mad. García, calle de La Cuesta de Las Piedras (actual calle Sánchez) haciendo esquina con la calle Las Rosas (actual 16 de Agosto), solar que ocupa la Escuela México, actualmente.

A pesar de que personajes prominentes de la Restauración han reconocido públicamente la inocencia de Salcedo, que algunos contemporáneos le hicieron de que estaba en tratos con los españoles, y que algunos historiadores de hoy persisten en sostener contra toda evidencia, les diré que aun cuando era de temperamento exaltado y dispuesto a la violencia, poseía en cambio, una nobleza de alma que se traducía en bondad y magnanimidad innatas en sumo grado. Y ¿a qué se debería esa protesta del insigne civilista Pedro Fco. Bonó —¿quién, es de suponer que conocería a Salcedo lo suficiente como para exponer su vida en dicha protesta...? A propósito de la inocencia de Salcedo, amén de los testimonios que le eximen de toda complicidad en el hecho que le imputan esos historiadores, tenemos lo que aseguran Don Domingo Ferreras, rojo baecista y el Gral. José D. Valverde, azul neto o cabralista. Me refirió en más de una ocasión el Sr. Antonio Ferreras, hijo de Don Domingo, lo siguiente, que varias veces le repitió su padre:

Que de regreso Salcedo de la campaña del Sur, y estando enfermo en su casa de familia (calle Las Rosas, actual 16 de Agosto N° 101), hubo una reunión de gobierno. Ocupaba él una hamaca y a su rededor se sentaban sus ministros o secretarios de Estado, y de buenas a primeras se suscitó una acalorada discusión con respecto al fracaso de la campaña, dirigida por el mismo Salcedo. Este, en un momento de violento exhabruto, quizás con miras de amedrentar sus compañeros, les imprecó en esta forma: "Señores, habrá que llamar a Báez para que acabe con esta vagabundería". "Expresarse en tal forma, un rojo como Salcedo, en medio de sus Ministros que eran todos azules, fué condenarse a sí mismo. ¿Pero qué hubiera sido de la revolución restauradora si hubiese venido Báez al país, a tomar posesión del mando, un españolizado como él, y con todo el prestigio de que gozaba entre los campesinos? Así pues, de que este fué un crimen político inevitable, pero lleno de salud para la causa nacional, no debe dudarse nada.

Don José Desiderio Valverde, un **as azul, rallé**, reiteradas veces le relató a su hijo Manuel D., que lo único que perdió a Salcedo fueron las faldas, ya esta fué la causa principal de que se desentendiera más de la cuenta de su gestión gubernativa, y que por otro lado, Salcedo fué un patriota íntegro como el que más, y que ningún contemporáneo ha estado de acuerdo con esa versión infame propalada por sus enemigos políticos.

deseo poner en entredicho a sus compañeros de gabinete, ni provocar perturbaciones, que pudieran perjudicar la revolución, y al llegar a los cerros de Matanzas, más allá de Marilópez, camino de Moca, volvió las bridas de su caballo y exclamó: "Santiago, mi ciudad querida, nunca más pisaré tus calles, sino hay sanción y castigo por el crimen que se ha cometido en el Gral. Salcedo". Y es fama que cumplió su voto, y que en toda su vida jamás volvió al pueblo de su nacimiento y de sus amores.

En cambio, ¿cuál de sus compañeros de gobierno protestó de ese crimen odioso, pero quizás necesario? Y ¿por qué?

Dice el Gral. Luperón, que él rehusó rotundamente al Ministerio de Guerra que le propuso Cabral, pero presentó a los honorables ciudadanos Don Pedro Fco. Bonó y Don Pablo Pujol, los cuales fueron nombrados por Cabral, Ministro de Justicia e Instrucción Pública el primero, y de Hacienda y Comercio, el segundo. Pero siempre silenció Bonó los motivos que le obligaron a aceptar dichas Carteras, al igual que la renuncia al poco tiempo de ocuparlas. Sólo decía que había sido compañero en las luchas patrias de Cabral, y por eso debía callar.

De acuerdo con mis informes más recientes, Don Pedro Fco. era completamente opuesto a la venta o empréstito que solicitaba de Washington el Gobierno de Cabral, para lo cual pondría en garantía la Bahía de Samaná, y para esas gestiones en los Estados Unidos el Gobierno había dado plenos poderes a Don Pablo Pujol.

Báez, en su política opresiva, queriendo siempre humillar al elemento contrario de valía moral o intelectual, o de prestigio militar o económico, manus militari obligó a Bonó a aceptarle el humilde puesto de Alcalde de S. Fco. de Macorís, pero él rechazó con la mayor dignidad los emolumentos de tal empleo. En el transcurso de los seis años de Báez, plenos de opresión y tiranía, Don Pedro Fco. acuñó esta frase: "Confíad en la libertad, en el Pueblo, y en la Providencia y esperad el castigo del tirano".

¿Se cumpliría su predicción debidamente?

Cuando Don Ulises Fco. Espailat una vez elegido Presidente de la República pasó por Macorís, con ideas de que le acompañara su compañero Bonó a ocupar el cargo de Secretario de Relaciones Exteriores, ofrecimiento que declinó, contestando en

cambio: "Ulises, ya sabes que te aconsejé no aceptar la Presidencia, y las razones que para ello te daba, me impiden aceptar el ministerio que me ofreces; es más, me permito rogarte que levantes la vista, y veas el nublado tan negro que tenemos delante, y si retornas a Santiago, no te mojarás". A lo que contestó Don Ulises: "Miro el nublado y el aguacero que producirá, y por ello vine a buscarte para decirte, la Patria nos pide que nos mojemos sembrando la buena semilla, y como hermano en ideales, juntos debemos desafiar la tempestad", a lo que contestó Bonó: "No puedo quedarme en seco mojándote tú, y como vas a sembrar te acompañaré en la faena, y para ello me puedes mandar el nombramiento de Inspector de Agricultura, pero sin sueldo".

El Gral. Gregorio Luperón, árbitro del partido azul o Progresista o Liberal, en dos ocasiones le propuso la Presidencia de la República a Don Pedro Fco. Bonó, el 5 de febrero de 1884 y el 12 de octubre de 1885. En la primera ocasión (y lo dice Luperón) declinó temeroso de que se repitiera la historia de lo sucedido con los civilistas Don José D. Valverde y Don Ulises Fco. Espaillat, quienes fueron víctimas de la más crasa inconsecuencia de los políticos y la ignorancia de la masa del pueblo. En la segunda ocasión, empeñado en conseguir candidatos para la presidencia, fué autorizado por su partido para seleccionar de entre los hombres más respetables, y al efecto envió comisiones cerca de Don Pedro Fco. Bonó, de Don Casimiro de Moya y de Don José Ml. Glas; pero temerosos estos señores de las ambiciones del Gral. Heureaux, que ya se perfilaba como leader omnipotente e insustituible, declinaron el honor que se les ofrecía, negándose a consentir que presentaran sus respectivas candidaturas. Las comunicaciones para Bonó y de Moya, llegaron vía de Santiago, y fueron comisionados para su entrega los jóvenes Manuel de Js. Ares y Gil, Leopoldo Malagón, y otro joven santiagués, quienes salieron para La Vega y S. Fco. de Macorís, desempeñando su encomienda a toda cabalidad (7).

---

7).—Me decía el Sr. Ares que los emisarios fueron paternalmente recibidos por Don Pedro Fco. quien los agasajó debidamente, y los hizo descansar en su casa por dos o tres días, mientras él meditaba la con-

El Pte. Heureaux, respetuoso como siempre con los héroes y próceres independentistas o restauradores, cada vez que visitaba a Macorís se apersonaba a la casa de Don Pedro Fco. a ofrecerle sus respetos y a inquirir de su salud, en una ocasión le dijo Bonó.

“General, el Gral. Luperón que siempre fué como su padre, está muy grave, y sería muy doloroso, que tan gran patriota muriera en el exterior”, a lo que contestó el Pte. Heureaux: “Sí, Don Pedro, me apena mucho la gravedad del Gral. Luperón y Ud. sabe como lo quiero y respeto, pero las veces que le he mandado a ofrecer que vuelva a su país, que tanto le debe, no me contesta”, a lo que replicó Bonó: “Si Ud. va personalmente a buscarlo no se negará”, replicando Heureaux en cambio: “Don Pedro, iría con mucho gusto, pero no me recibiría, y me insultaría”. Contestándole Bonó: “No lo creo, él sería sensible a esa demostración de Ud., y si le insulta no lo podría Ud. tomar como de un particular, porque siempre le quiso como un padre, y los padres tienen el derecho de regañar a sus hijos”.

Se ha transcrito este diálogo de las notas del Lic. Manuel Bonó, sobrino de mi biografiado, para que admiremos la nobleza de alma y los sentimientos cristianos que animaban a Don Pedro Fco., al aconsejar a Heureaux que fuera a St. Thomas en socorro de su antiguo preceptor y padre. Tal consejo fué seguido por Lilis, quien obtuvo la más completa aquiescencia y el perdón del agraviado reconocido y además el aplauso unánime de amigos y contrarios.

Sus compañeros de Santiago de todo su afecto e intimidad y con quienes convivía en su constante diario, lo fueron Don

---

testación de la carta al Jefe del Partido Liberal o Progresista, o sea Luperón.

Referencias:

Manifiesto del 7 de julio HISTORIA DE SANTO DOMINGO, por J. G. García, tomo II, pág. 243.

Acta de Independencia, 14 de septiembre, 1863. Historia de la Restauración, pág. 123. Por Pedro M<sup>e</sup> Archambault; y E. R. D., ACTOS Y DOCTRINA DEL GOBIERNO DE LA RESTAURACION, S. D., 1963; PROCERES DE LA RESTAURACION, S. D., 1963; y PAPELES DE PEDRO F. BONO, S. D., de próxima publicación, que recoge todos los escritos asequibles del Prócer.

Benigno Filomeno de Rojas, Don Ulises Francisco Espaillat, Don Pablo Pujol, Don Máximo Grullón, Don José María Silverio, Don Juan Belisario Curiel, Don Antonio Ureña, el Padre Valencia, y desde su retiro a Mocerís, y hasta su muerte, entre otros de la Capital, Don Emiliano Tejera, Don Mariano Cestero, Don Félix del Monte, Don Manuel de Js. García y Monseñor de Meriño.

Dice Don Eliseo Grullón en su artículo ya citado, “Después de haber brillado con luz propia en las altas esferas del poder, aquel buen ciudadano retiróse a la oscuridad de su hogar a dar a sus conciudadanos el ejemplo moralizador del trabajo, viviendo del modesto fruto de la diaria labor silenciosa, por varias décadas continuada”.

“Allí vino a buscarle la gran niveladora —la muerte— cuya aparición no debió sorprenderle, pues —muerto para la política, la historia había principiado para él— y al verla acercarse pudo sin duda recibirla sin sobresalto y con la sonrisa del sabio en los labios, diciéndole estas palabras, que forman el mejor comentario de la vida de un patriota: HE CUMPLIDO CON MI DEBER”.

Dice L.C. M. de San Fco. de Macorís, en su artículo titulado DON PEDRO FCO. BONO: “Tenía talento prodigioso y holgada hacienda para haber conquistado públicos elogios, pero obedeciendo siempre a la modestia que fué prenda valiosísima de su carácter, vió, con estoica indiferencia las vanidades del mundo, y se complació en formar fila entre el escaso número de almas generosas que cifran su mayor gloria en una obra de caridad; por eso, todo menesteroso encontraba en él consuelo para sus males, pan para saciar su hambre y ropa para cubrir su desnudez...” “Son tan pocos los hombres que pasan por el mundo como él... Son tantos los buenos que se van, que sentimos en el alma verdadera desolación...”

Sobre la losa que cubre su sepultura, ara sagrada de la dignidad y el patriotismo más acendrados, en vaso de alabastro encendería la llama votiva, para que eternamente alumbre a las generaciones de hoy y del mañana, esta sentencia de concisión latina y de atrevido relieve:

AQUI REPOSA UN CIUDADANO QUE CUMPLIO CON SU DEBER.

## INDICE DE PERSONAS, LUGARES Y MATERIAS

### A

Abreu, hermanos: 72  
Adón, Marcos Evangelista: 76, 77  
Alaska: 16  
Alfau, Abad: 76  
Alfau Durán, Vetilio: 4, 9  
Alvarez, Federico C.: 9  
América: 15, 49, 52, 53, 58, 62  
Angulo, corneta: 15  
Antillas: 27, 49, 58, 59, 62, 72  
Añil y Bonó, Carmen: 100  
Archambault, Pedro M.: 110  
Ares y Gil, Manuel de J.: 109  
Arroyo Bermejo, lugar: 33, 35, 77  
Atlántico: 16  
Azua: 31, 25, 51

### B

Báez, Buenaventura: 18, 26, 31, 40, 41, 43-49, 51, 56, 57, 60, 85, 86, 88, 89, 91, 96, 97, 104, 107, 108  
Bahamas, islas: 87  
Baní: 13, 34, 51, 78  
Barahona: 4, 13, 47, 51  
Batista, Antonio: 29  
Belser: 26  
Beras, Francisco Elpidio: 5  
Beras, monseñor Octavio A.: 4  
Betances, Ramón Emeterio: 48, 62  
Billini, Gregorio: 63, 94  
Bismark: 93  
Bobadilla, Tomás: 2  
Bonó, Alejandrina: 103  
Bonó, Carolina: 103, 104  
Bonó, Casimira: 101, 103  
Bonó, José: 100, 103

Bonó, Lorenzo: 100  
Bonó, Manuel: 110  
Bonó, Manuel de Jesús: 100, 103  
Bonó, María Casimira: 103, 104  
Bonó, Pedro Francisco: 11, 83, 84, 99-103, 105, 107-111  
Bonó, Sixto: 103  
Borbones: 20  
Borrero, Paquito: 91  
Bosch, Presidente Juan: 1-4, 6, 8, 9, 12, 15  
Brigman, J. H.: 77  
Buceta: 29  
Bueno, Alejandro: 7

### C

Caba, Antonio: 77  
Cabo Haitiano (Guarico): 29, 54, 100  
Cabral, José María :39, 40, 42-44, 57, 86, 90, 96, 108  
Cabrera, prócer: 12  
Cachimán: 26  
Cádiz: 25  
Cambronal: 26  
Campillo: 29  
Canadá: 16  
Capotillo: 1, 2, 6, 7, 11, 12, 15, 17, 20, 40, 55, 73, 86  
Caribe, mar: 51  
Casasnovas Garrido, Juan: 2  
Castellanos, Pedro: 24  
Cestero, Mariano: 111  
Cibao: 30, 32, 34, 36, 37, 63, 64, 69, 73, 78, 87, 88  
Cincinatus: 102  
Contreras, José: 15  
Contreras, Juan: 76, 77  
Cotuí: 13, 33

Cristóbal, general :100  
 Crombet, Flor: 62  
 Croswel, Abraham: 55  
 Cuba: 27, 48, 58, 59, 90, 105  
 Cumbre, lugar: 86  
 Curiel, Juan Belisario: 84, 104-106, 111  
 Curiel: R.: 105

## D

Dajabón: 7, 56, 65  
 David, lugar: 29  
 Deetjen, Alfredo: 84  
 Delmonte, Félix M.: 111  
 Delmonte, José Joaquín: 52  
 Deschamps, Eugenio: 85, 88  
 Dios: 14-16, 58, 67  
 Duarte, J. P.: 18, 20, 23, 25  
 Duarte, provincia: 9  
 Duboq, Pedro E.: 24, 72, 77, 98  
 Dumit, Baduí M.: 100  
 Duperrón, Nicolasa (Ver Lupe-  
 rón): 24

## E

Espailat, Ulises F.: 6, 11, 35, 38, 58-60, 83, 84, 87, 88, 99, 104, 106, 108, 109, 111  
 España: 26, 30, 32, 37, 39, 68, 72, 100, 105  
 Estados Unidos: 29, 43, 44, 45, 49, 50, 52-56, 64, 104, 108  
 Estrelleta: 26  
 Eugenio, doctor: 29  
 Europa :16, 24, 32, 49, 61, 62, 92

## F

Fernández, Florencia: 103  
 Ferrand, general: 20  
 Ferreras, Antonio: 107  
 Ferreras, Domingo: 107  
 Florentino, Pedro: 34, 35, 78  
 Fondeur, Furcy: 100, 101  
 Francia: 25, 26, 64

Franco Bidó, Agustín: 101  
 Franco Bidó, Juan Luis: 99, 100, 104  
 Franco Bidó, Román: 99  
 Franco Fondeur, Román: 4, 5

## G

Galdeano, coronel: 33  
 Galván, Manuel de J.: 76  
 Gambetta: 62  
 García, Federico de Jesús: 38, 41, 86  
 García, José Gabriel: 110  
 García, Mad.: 107  
 García, Manuel de Jesús: 111  
 Garibaldi: 62  
 Gautier: 96  
 Gavilán, Basilio: 97  
 Geffrard, general: 106  
 Glas, José Manuel: 84, 109  
 Gómez, Severo: 87  
 González, Ignacio María: 57-60, 87, 88, 90, 91, 96  
 Grant, presidente: 45, 51-56  
 Grullón, Eliseo: 102, 111  
 Grullón, Máximo: 58, 84, 99, 111  
 Guanuma: 17, 76  
 Guayubín: 6, 9, 13, 22, 29, 30  
 Guerra, lugar: 76  
 Guillermo, Cesáreo: 61, 62, 88, 91, 96

## H

Haití: 17, 26, 45, 50, 55  
 Harrison, presidente: 64  
 Hato Mayor: 13, 77  
 Henríquez Ureña, Max: 4, 5, 6, 9  
 Herrera, C. A.: 5  
 Heureaux, Ulises: 19, 20, 63-66, 86-88, 93, 94, 109, 110  
 Holanda: 64  
 Hood, Martin T.: 27  
 Hostos: 49, 58, 59, 66, 90  
 Hungría, generai: 44  
 Imbert, Segundo: 63

Inagua, isla: 87  
 Isabel II: 105  
 Islas Turcas: 41-43, 85

**J**

Jácuba: 100  
 Jamaica: 29  
 Jamao, lugar: 24, 26, 28, 30, 34, 72  
 Japón: 16  
 Jesucristo: 14  
 Jimenes, Manuel: 29  
 Joba, lugar: 77  
 Johnson, presidente: 44, 45

**K**

Kingston: 48, 49

**L**

La Canela: 17  
 La Herradura: 8  
 Lapeiretta de Brower, Ninón: 5, 9  
 Lares: 48  
 Las Carreras: 26  
 Las Lagunas: 30  
 La Vega: 13, 30, 32, 33, 37, 73, 76, 77, 102, 109  
 La Victoria: 76  
 Licari, escultor: 6  
 Lisandro: 24  
 Loma de Cabrera: 7  
 López Villanueva, Pablo: 88  
 Lora, Macario de: 104  
 Los Llanos: 76, 77  
 Londres: 27  
 Lovera, Miguel: 77, 85  
 L. C. M.: 111  
 Luperón, Gregorio: 8, 11, 21, 23, 24, 26, 28, 30, 43, 45-49, 51-63, 71-73, 75-79, 81-91, 93-98, 105, 108, 109, 110

**M**

Maceo, Antonio: 91  
 Mc Cabe, Aristy, Miguel Angel: 2

Macorís, región: 80  
 Mainardi Reyna, Virgilio: 4, 8  
 Maniel: 13, 78  
 Manzuela, Eusebio: 36, 76, 77  
 Malagón, Leopoldo: 109  
 Maluco: 77  
 Mallol, Domingo: 104  
 Marilópez: 30, 75, 108  
 Martínez, Pedro Gregorio: 101  
 Martínez, Rufino :5, 9, 67  
 Marty, Ignacio: 7  
 Matanzas: 108  
 Mathieu, banquero: 64  
 Majía, general Bartolo: 29, 100  
 Mejía, Inés: 100  
 Mella, Matías Ramón: 23, 35  
 Meriño, monseñor de: 12, 47, 55, 61, 62, 91, 92, 111  
 México: 29, 52  
 Moca: 13, 22, 27, 86, 104, 105, 108  
 Monción, Benito: 8, 12, 29, 30, 35, 36, 38, 73, 79  
 Montecristi: 13, 29, 35, 36, 43, 104  
 Monte Plata: 36, 76  
 Morales, Agustín: 88  
 Morel, Vicente: 105  
 Mota, Fabio A.: 5  
 Mota, Santiago: 77  
 Moya, Casimiro de: 63, 84, 85, 88, 94, 109  
 Moya, Pbro. Dionisio de: 99

**N**

Neiba: 13  
 New York: 49  
 Norteamérica: 25

**O**

Ocoa, lugar: 34

**P**

Palo Hincado: 17  
 París: 63, 65

Paso del Muerto: 36  
 Pastoriza Espaillat, Tomás A.: 8  
 Paulo VI: 14  
 Peña, Lucas de: 29  
 Peña y Reinoso, Manuel de J. de: 90  
 Peralta de Aybar, Antera: 2  
 Piantini, Carlos: 10  
 Pichardo, Domingo Daniel: 99, 105  
 Pichardo, Guelito: 86  
 Pimentel, Pedro A.: 12, 21, 36, 38, 39, 41, 46, 57, 73, 79, 86  
 Plutarco: 24  
 Polanco Brito, monseñor Hugo: 12  
 Polanco, Gaspar: 8, 21, 30, 36-38, 73, 79, 106  
 Polanco, Juan Antonio: 29  
 Ponce de León, M.: 105  
 Port, Eugenia de: 100  
 Priego, escultor: 6  
 Puerto Plata: 4, 6, 10, 11, 13, 22, 24, 27, 28, 30, 34, 36, 39, 41-43, 50, 57, 59, 60, 63, 66, 72, 73, 75, 80, 85, 88, 91, 92, 97, 98  
 Puerto Rico: 27, 48, 58, 59, 63, 90  
 Puig, José Augusto: 6  
 Pujol, Pablo: 84, 106, 108, 111

**R**

Reina Victoria: 51  
 Reyes, Ignacio: 29  
 Reyes, Pablo: 88  
 Ricardo Román, J. Max: 99  
 Rincón, lugar: 26  
 Roca, Esteban: 73  
 Rodríguez Castellanos, Fabio T.: 4  
 Rodríguez Demorizi, Emilio: 4, 5, 11, 39, 49, 53, 59, 102, 110  
 Rodríguez, Manuel: 39, 75  
 Rodríguez Objío, Manuel: 7, 29, 31, 32, 36, 37, 40, 42-50, 54, 85

Rodríguez, Santiago: 12, 20, 21, 29, 35  
 Rojas, Benigno Filomeno de: 11, 31, 38, 79, 83, 84, 99, 104, 105, 111  
 Rojas, M. de: 105  
 Rojas, Pedro: 77  
 Russell, lord: 27

**S**

Sabana del Vigía: 35, 77  
 Sabana Larga: 26, 100, 104  
 Sabaneta: 6-8, 13, 29, 30, 35, 73  
 Saint Thomas: 20, 44, 48, 65, 66, 110  
 Salcedo, José A.: 30, 31, 33-37, 79, 101  
 Salcedo, Juan de Jesús: 86, 106-108  
 Salmave: 43  
 Samaná: 13, 43, 44, 48, 50-52, 54, 56, 64-66, 108  
 San Cristóbal: 13, 25, 34, 78  
 Sánchez Félix, Buenaventura: 4  
 Sánchez, Francisco del R.: 15, 23, 38  
 Sánchez, María Trinidad: 25  
 Sánchez Ramírez, Juan: 17, 19  
 San Francisco de Macorís: 13, 77, 86, 100-103, 106-111  
 San José de las Matas: 29  
 San Juan: 28  
 San Marcos: 50  
 San Pedro, lugar: 77  
 Santana, general Pedro: 15, 17, 19, 25-27, 29, 32, 33, 67, 69, 76, 77, 82, 96, 104, 105  
 Santiago, ciudad: 4-6, 8, 10-13, 15, 17, 22, 25, 27, 29-31, 34, 35, 39, 41, 44, 58, 59, 70, 73, 76-78, 80, 85, 86, 100, 103, 104-106, 108-110  
 Santiago de Cuba: 48  
 Santo Domingo, ciudad: 2-4, 7, 9, 10, 29, 40, 65, 73, 76, 79; isla: 45, 55

Santomé: 26  
Santos, Tito: 77  
Saona: 51  
Seibo: 77  
Seward: 49  
Sila: 24  
Silverio, José María: 111  
Sillón de la Viuda: 76  
Simó, Manuel: 5, 9, 10  
Suero, Juan (Cid Negro): 36, 76,  
77  
Sumner Welles, Charles: 44, 45,  
55, 60  
Sur, región: 13, 102, 107

**T**

Tatem Mejía, Antonio Jaime: 2  
Tejera, Emiliano: 111  
Tenares, Olegario: 9, 77, 106  
Tolentino Dip, Hugo: 5, 9, 23  
Torres, Norberto: 29  
Troncoso, Dionisio: 73, 77  
Troncoso Sánchez, Pedro: 5, 9  
Trujillo: 20  
Trujillo, tiranía de: 19

**U**

Ureña, Antonio: 111

**V**

Valdés Dalmasí, Francisco Ma-  
nuel: 2  
Valencia, Padre: 111  
Valverde, José Desiderio: 26, 99,  
104, 105, 109  
Vásquez, Horacio: 88  
Víctor Hugo: 62

**W**

Washington: 53, 108  
Westendorp, casa: 64  
Wos y Gil, Alejandro: 63

**Y**

Yamasá: 76  
Yásica: 28  
Yerbabuena, lugar: 36

## INDICE

AÑO CENTENARIO DE LA RESTAURACION. Ley . . . . .	1
COMISION NACIONAL DEL CENTENARIO. Decreto . . . . .	3
PROGRAMA DE ACTOS . . . . .	7
Mons. H. E. Polanco Brito, Obispo de Santiago, CENTENARIO DE LA RESTAURACION . . . . .	12
Juan Bosch, Presidente de la República, EN EL CENTENARIO DE LA RESTAURACION . . . . .	15
Dr. Hugo Tolentino, PERFIL NACIONALISTA DE LUPERON . . . . .	23
Rufino Martínez, LUPERON EN LA HISTORIA DOMINICANA . . . . .	67
Dr. J. Max Ricardo Román, PEDRO FRANCISCO BONO . . . . .	99

*Numerarios fallecidos:*

Lic. Emilio Prud'homme.— Mons. Dr. Adolfo A. Nouel.—  
Lic. Manuel Ubaldo Gómez.— Félix E. Mejía.— Dr. Pedro Hen-  
ríquez Ureña.— Lic. Arturo Logroño.— Dr. Federico Henríquez  
y Carvajal.— Lic. Julio Ortega Frier.— Lic. Cayetano Armando  
Rodríguez.— Lic. Manuel A. Peña Batlle.— Dr. Manuel de Js.  
Troncoso de la Concha.— Rev. Fray Cipriano de Utrera.— Dr.  
Vicente Tolentino Rojas.

*Correspondientes fallecidos:*

Pedro M. Archambault.— Luis E. Alemar.— Lic. Gilberto  
Sánchez Lustrino.— Pedro R. Spignolio.— Lic. Manuel Ubaldo  
Gómez hijo.— Lic. H. E. Ashton.— Ing. Francisco A. Gómez.

*Dirección:*

Calle Mercedes N° 50.  
Santo Domingo, R. D. (Teléfono: 9-4584).